DESCUBRIMIENTO

Y CONQUISTA DE LA AMERICA,

O

COMPENDIO

DE LA HISTORIA GENERAL

DEL NUEVO MUNDO,

POR EL AUTOR DEL NUEVO ROBINSON:

TRADUCIDO DEL FRANCES, CORREGIDO Y MEJORADO

POR D. JUAN CORRADI.

TOMO I.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1803.

A SU ALTEZA REAL

EL SERENISIMO SEÑOR

INFANTE DE ESPAÑA

D. CARLOS DE BORBON

EN SEÑAL

DE OBSEQUIO, VENERACION Y RENDIMIENTO

D. JUAN CORRADI.

EL TRADUCTOR.

De todas las obras escritas por el célebre Aleman Mr. Campe para instruccion y entretenimiento de la juventud, ninguna hay mas recomendable, que la que tiene por título DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA. Dióla el autor como por continuacion del NUEVO ROBINSON; pero con la diferencia de ser aquella una fábula para la enseñanza de los niños, y esta una historia real y verdadera, puesta en forma de diálogo y estilo de novelas, á fin de hacerla mas agradable á los jóvenes, para quienes principalmente se compuso.

Desde el punto en que llegó á mis manos formé el designio de traducirla, considerando quan útil sería el resúmen de unos sucesos que por

muchos títulos merecen nuestra atencion; pues siendo la América un pais en que los Españoles hiciéron un papel sumamente brillante, y con el qual tuviéron y tienen infinitas relaciones, no es menos necesario saber su historia, que estar impuesto en la de España. Animóme á emprender este trabajo, que al parecer ofrecia pocas dificultades, el ver que justamente faltaba un compendio de la Historia general de Indias, y que qualquiera que aspiraba á instruirse en ella tenia que repasar obras voluminosas, y la mayor parte confusas é incómodas para la juventud. Noté que el método de Campe era el mas á propósito para instruir y deleytar, pues reune los adornos y atractivos de una novela instructiva con la veracidad de la historia, las noticias correspondientes de

geografía y la moralidad de los hechos.

Y no hay duda que si al método y órden hubiera correspondido la imparcialidad y exâctitud, no me habria sido dificultoso presentar al público, en nuestro idioma, esta especie de compendio sin alterarle: pero quando principié á comprobarle con nuestros historiadores, hallé que aunque el autor Aleman no se aparta de ellos en lo substancial, sucede que en lo accesorio á veces exâgera, otras trueca las especies, y varias equivoca el sentido, ó bien de propósito, ó bien por descuido. Omite ademas muchas circunstancias que no debian pasarse en silencio, y refiere otras enteramente inútiles: no expresa en muchos pasages las épocas precisas, suprime los nombres de muchas personas principales, y no anda escaso

en recalcarse quando trata de algun desórden cometido por los Españoles: sistema ordinario de casi todos los Extrangeros que han escrito de las cosas de América.

En vista de lo qual pensé desde luego enmendar estas faltas con notas; pero advirtiendo despues la dificultad y los inconvenientes que habria aun en esto, me propuse hacer una traduccion tan libre, que pudiese la obra aspirar en algun modo al mérito de original.

Para esto tuve que consultar prolixamente á nuestros historiadores de mas opinion: cotejé sus relaciones; las combiné con madurez, y quando los hallé discordes, dí regularmente la preferencia al de mas fama, menos una que otra vez, que tuve por conveniente ladearme á lo mas verosímil. Con todo, nada omito que me-

rezca saberse; expongo los bienes y los males con igual imparcialidad; pero de ciertos males solo lo que basta (como dice Muñoz en el prólogo á su historia incompleta del Nuevo Mundo) para detestarlos, sin que parezca recrearme en su exposicion, ó querer se recreen otros en su lectura.

En conseqüencia de todo lo expuesto no hay que extrañar que se encuentren en el discurso de este compendio períodos enteros copiados de nuestros historiadores mas célebres, como Herrera, Garcilaso, Solís y otros, mayormente quando habiendo hallado muchos traducidos á la letra por el autor Aleman, juzgué sería mejor restituirlos á su original, que volverlos á traducir; porque no es tal mi presuncion, que dexase de conocer que así ganaria infinitamente

el estilo, en el qual de esta forma se hallarán, á lo menos de quando en quando, retazos expresados con mas elegancia y pureza de la que alcanza mi pluma.

Reduciéndose toda la historia de las Indias, como dice Solís en la de México, á tres acciones grandes, que son el primer descubrimiento de Colon, la conquista de Nueva España por Cortés, y la del Perú por Pizarro, va dividida la obra en tres partes, tratando en cada una respectivamente de estos tres hechos, pero con tal enlace y claridad al mismo tiempo, que basta su lectura para instruir á qualquiera mas que medianamente en la historia general del Nuevo Mundo. En virtud de esta division, consta igualmente de tres tomos. Contiene el primero la vida de Cristóbal Colon y todas las circunstan-

cias de su admirable descubrimiento: el segundo los hechos heroycos de Hernan Cortés en Nueva España, y lo que obró hasta su muerte; y el tercero la conquista del Perú por Francisco Pizarro, con lo mas memorable que sucedió en aquel Imperio, concluyendo con dexar ya sujeta al dominio de los Españoles casi toda la América. Cada tomo lleva el retrato del héroe principal, y un mapa de aquella parte de América de que trata, tanto mas necesario para la inteligencia de esta historia, quanto el fin del autor es dar tambien una idea exâcta de la geografía de aquel pais.

Qualquiera que sea el éxîto de este mi corto trabajo, me daré por satisfecho con que merezca la indulgencia del público, en cuyo obsequio no he ahorrado esmero ni fati-

ga, siendo mi primer anhelo el mayor acierto y la utilidad de la juventud, para quien principalmente escribo.

INTRODUCCION.

Juntábanse varios niños en una casa de Madrid á recibir las sabias lecciones del padre de otros, el qual despues de enseñarles lo concerniente á una perfecta educacion, solia referirles ó leerles, como por via de recreo, algunos cuentos, historias ó novelas morales, que contribuyesen á perfeccionar sus esmeros. Entre las varias obras de esta clase que les leyó, ninguna agradó tanto á los niños como las aventuras del nuevo Robinson, escritas en aleman por Mr. Campe, y traducidas al castellano por D. Tomas de Yriarte; por cuya razon determinó entretenerlos con una especie de traduccion de otra obra que el propio autor compuso, como á continuacion, y por el estilo de aquella, con el título de *Descubrimiento de la América*, juzgando que en ella hallarian sus tiernos oyentes aun mas placer y utilidad que en la primera, tan-

to por ser historia real y verdadera, quanto por tratar de sucesos nacionales. Con este objeto convocó á los niños para el dia siguiente, en que se dió principio á la empresa de esta manera.

RELACION I.

ANTONIO. Nicolas, Carlota, Fernando, ea venid, venid apriesa.

NICOLAS. ¿Qué hay?

ANTONIO. Apriesa, apriesa; que vengan tambien los demas, que papá nos va á contar otra vez alguna cosa.

TODOS. ¿Sí?

LUISITO. ¿Con efecto, papá, hemos de llamar á los otros?

EL PADRE. Sí, ya puedes hacerlo.

CARLOTA. Ve corriendo.

LUISITO. ¿Y qué es lo que ha resuelto contarnos?

ANTONIO. Eso es lo que todavía no se sabe; sin embargo me figuro que será otra historia como la de Robinson.

LUISITO. ¡Qué bueno!

Llegan corriendo Fernando, Juan, Federico, Henrique, Matias, y dicen:

¿Es cierto, papá, que nos quiere vmd. contar algo?

EL PADRE. Sí, hijos mios, siempre que os agrade el oirme.

TODOS. Mucho, papá, mucho.

CARLOTA. Pero ¿quiere vmd. hacerme el favor de aguardar á que llame á mamá? porque si no tendrá vmd. que volver á principiar.

EL PADRE. Tienes razon: es preciso que madre nos acompañe. Ve, pues, á buscarla.

ANTONIO. Verás, Fernando, como sin duda será alguna historia por el estilo de la de Robinson.

ALGUNOS. ¡Oxalá!

Llega toda la familia; cada uno toma asiento, y el padre despues de un rato de silencio principia de esta suerte.

EL PADRE. Ea pues, hijos mios, ¿qué os parece que os voy á contar ahora?

JUAN. ¡Ay! ¿y quién puede adivinarlo?

EL PADRE. Seguramente ninguno

de vosotros; no obstante, creo que con lo que os diga presto lo acertareis. He de hablaros de uno de los hombres mas célebres que ha habido; de un hombre que ha hecho el descubrimiento mas grande y útil de quantos hasta ahora se han conocido; de un hombre á quien somos deudores de una infinidad de noticias y comodidades; en una palabra de.... Vaya, ¿de quién juzgais que os voy á hablar?

FERNANDO. De Pedro Hele.

EL PADRE. ¿Por qué de ese mas bien que de otro?

FERNANDO. Porque es un hombre tambien bastante célebre, pues fue el primero que ideó hacer reloxes de faldriquera.

MATIAS. Con efecto, y se llamaban entonces huevos de Nuremberga (1).

HENRIQUE. ¡Cáspita! como si no

(1) Ciudad libre de Alemania en el círculo de Franconia.

hubiese cosa de mas utilidad que esa.

CARLOTA. ¿Sabeis, hermanitos mios, lo que creo? que papá quiere hablarnos de aquel hombre de Brunswik, que inventó los tornos para hilar, que ya no me acuerdo como se llamaba.

NICOLAS. El que tú quieres decir es Jurgens.

ANTONIO *con ironía.* Mejor sería de Moumo, el inventor de esa cerveza de Brunswik, que tiene su nombre.

FERNANDO. Segun lo que veo, papá, ninguno de nosotros lo sabe.

EL PADRE. Es preciso pues, que yo mismo os lo diga. Ese hombre tan famoso se llama Colon.

TODOS. ¡Ola!

JUAN. Seguramente oiremos una historia muy bonita: yo ya he leido algo de ella.

EL PADRE. Me persuado que os ha de gustar. Vamos pues; manos á la obra.

A mediados del siglo XV, y por los años de 1446, ó 1447 nació en Génova, ciudad de la Italia, un

cierto Cristóbal Colombo, ó Colon, como él quiso llamarse despues de establecido en España. El nombre de su padre fue Domingo, en lo qual se conforman todos los que han escrito de él; pero en las demas circunstancias han estado hasta ahora discordes. En el dia parece averiguado su orígen, pues un historiador moderno dice, que Domingo Colon (1), aunque ciudadano de Génova, tenia fábricas y tienda de texidos de lana, no alcanzando á la honrada subsistencia de su casa las posesiones del corto patrimonio que le habian dexado sus mayores en el Ducado de Placencia.

Desde la mas tierna edad manifestó Cristóbal la mejor disposicion para todo lo que constituye un excelente marino y un hombre grande. Era intrépido, vivo, y enemigo del descanso y de la molicie. Despreciaba los manjares delicados, que al paso que halagan el paladar, perjudican á

(1) Muñoz, Historia del Nuevo Mundo.

la salud; aborrecia la ociosidad y las frivolidades, y todos sus anhelos se dirigian á adquirir aquellos conocimientos que algun dia pudiesen proporcionarle el ser útil á sus semejantes.

Como le dixesen que para seguir con aprovechamiento la carrera de las ciencias era necesario estudiar antes la lengua latina, por los muchos libros excelentes que hay en este idioma, se aplicó á él con tanto ardor, que en poco tiempo se halló en estado de dedicarse al estudio de las ciencias por que tanto anhelaba. No es ponderable la atencion con que entonces escuchaba á sus maestros: por manera que hizo tan rápidos progresos en la Geografía, Geometría, Astronomía y Dibuxo, que á la edad de catorce años pudo entregarse al exercicio de la navegacion con todas las luces de que necesita un buen Capitan de Navío.

Ved aquí, hijos mios, como todos los que aspiráron á ser hombres grandes principiáron á distinguirse

desde sus tiernos años; en lo qual se verifica un adagio aleman, que dice que la rama destinada á ser arco empieza temprano á encorvarse. Alegraos pues, si así como Colon experimentais en vosotros un noble deseo de haceros algun dia famosos; pero en el caso de que no os sintais animados de tan sublimes pensamientos, procurad con empeño excitarlos sin dilacion, pues con poco que tardeis, puede ser que se pase irrevocablemente el tiempo oportuno para adquirir las calidades que se requieren para distinguirse y hacerse apreciable.

Mas volvamos á nuestro Colon: quien desde luego hizo su aprendizage en el Mediterráneo, pues la navegacion de sus paisanos no se extendia entonces á mucho mas. Este á la verdad era un campo muy limitado para quien anhelaba por efectuar lo que nadie, antes que él, habia siquiera imaginado, por lo qual buscó y encontró la ocasion de hacer navegaciones mas largas. Despues de un viage

en el Océano septentrional, que contribuyó mucho á extender sus conocimientos, entró al servicio de un Capitan de Navío pariente suyo, que á su costa habia armado algunas embarcaciones para cruzar ya contra los Turcos, ya contra los Venecianos.

LUISITO. ¿Qué quiere decir cruzar?

EL PADRE. Navegar en cierto parage determinado, yendo y viniendo para explorar los navíos enemigos, y apresarlos tambien si se presenta la ocasion.

En una de estas expediciones sin duda Colon hubiera perdido la vida, á no habérsela conservado la Providencia para mayores y mas gloriosas empresas. Ya habia dado el abordage con la nave que él mandaba á otra veneciana, con quien sostuvo un obstinado combate, en el qual manifestó un valor sin igual, quando se prendió fuego á las dos á un mismo tiempo. Me figuro que no ignorareis lo que es abordage.

MATIAS. Por abordage entiendo

quando un navío se aferra con otro, de modo que ya no pueden separarse, para venir á las manos con arma blanca, y que las tripulaciones pelean hasta que se rinda una de las dos.

EL PADRE. Lindamente. Contemplad ahora qué desgracia tan grande será quando se manifieste fuego en dos embarcaciones enganchadas de esta manera, y que no hay otra á mano para huir y librarse de las llamas.

En este caso se halló Colon: sin embargo no penseis que se aturdiese á vista de tan inminente peligro. Léjos de esto, conservó toda su serenidad y presencia de espíritu; y arrojándose intrépidamente al mar, se asió de un remo que flotaba sobre las aguas, con cuyo auxílio alcanzó la playa que distaba dos leguas. Salvóse en la costa de Portugal, y despues de haberse recobrado algun poco, se puso en camino para la capital de aquel Reyno (1).

(1) Aunque Fernando Colon afirma que

CARLOTA. Que es Lisboa.

EL PADRE. Con efecto: circunstancia que seguramente contribuyó á ponerle en el glorioso camino que holló despues, y en la qual hallamos una nueva prueba de las miras benéficas que tiene la Providencia aun quando nos envia algun infortunio. Escuchadme, y se os hará palpable la verdad de esta proposicion.

Los Portugueses eran entonces los navegantes mas hábiles y atrevidos del mundo. En el descubrimiento de las Islas de Porto-Santo y de la Madera halláron la recompensa de sus trabajos, y de la noble osadía con que se aventuráron á internarse mas que otra nacion alguna en el Océano Atlántico, muy poco conocido en aquellos tiempos. Animados luego del vivo deseo de hacer otros nuevos descubrimientos, concibiéron el gran de-

esta fue la causa del establecimiento de su padre en Portugal, el Señor Muñoz, refiriéndose á Sabelico, dice que este suceso fue posterior.

signio de buscar por mar un paso á la India.

NICOLAS. Me figuro que no tardarian mucho en encontrarle.

EL PADRE. ¿Cómo te parece eso tan fácil?

NICOLAS. No tenian mas que exâminar el mapa de nuestro hemisferio, y al punto verian que era necesario navegar desde luego lo largo del Africa, doblar á continuacion el Cabo de Buena-Esperanza, y despues volver á subir al otro lado del Africa misma, y hete aquí la India.

EL PADRE. Hablas muy bien, amigo; y á la verdad es cosa singular que en otro tiempo hayan tenido que descabezarse un siglo entero por hallar lo que nosotros ahora encontramos á primera vista.

JUAN. ¿Qué extraño es eso? Nosotros tenemos ya el mapa del Africa, y sabemos que se puede doblar el Cabo.

EL PADRE. ¿Oyes, Nicolas, lo que dice tu amigo? ¿Con que segun eso

la gente de entonces no tenia la carta del Africa, é ignoraba que se podia montar el Cabo?

JUAN. Seguramente que sí: por eso mismo trabajaban por ver si era posible pasar á la India dando vuelta al Africa.

ANTONIO. Ademas sabemos por la Geografía antigua, que antes no se conocia de toda el Africa mas que la parte septentrional, y una pequeña punta de la Etiopia; y los antiguos ignoraban enteramente si la tierra acababa en alguna parte por el lado de Mediodia, ó si se extendia hasta el Polo antártico.

EL PADRE. Pues siendo así, mi querido Nicolas, creo que si los dos hubiésemos vivido entonces, no habríamos tenido en el particular mas luces que los demas; porque lo mismo hubiera sido para el caso, como si en el dia nos preguntaran, ¿si se puede ir á la India, y de qué manera, dando vuelta al América septentrional, ó rodeando la Europa y el Asia por la

parte del nord-este? Ea pues, ¿sabrias tú satisfacer á esta pregunta con todos tus mapas?

NICOLAS. No, señor.

EL PADRE. ¿Y por qué no?

NICOLAS. Porque las cartas no demuestran si al norte del América y del Asia hay un mar del todo navegable.

EL PADRE. ¿Y por qué no lo demuestran?

NICOLAS. Porque sus autores lo ignoran quizá ellos mismos.

EL PADRE. Muy bien: pero ¿por qué lo ignoran? No tienen mas que leer las relaciones de los viages que se han hecho por aquella parte.

NICOLAS. Puede ser que todavía no se haya hecho ninguno.

EL PADRE. Este es el caso. ¿Comprehendes ahora por qué trescientos y tantos años hace fue necesario principiar con hacer algunas tentativas, á fin de averiguar si se podia dar vuelta al Africa para ir á la India por el mar?

NICOLAS. Ya lo comprehendo.

EL PADRE. Así que Colon llegó á Lisboa, logró por sus luces y talentos la amistad de muchos marinos célebres, entre los quales se habló varias veces del plan que cada uno habia ideado para descubrir un tránsito á la India.

MATIAS. Pero ¿qué camino llevaban entónces para ir á ella?

EL PADRE. Los Venecianos eran en aquel tiempo los únicos que hacian el comercio de aquella parte del mundo. Recibian las producciones de aquel pais por el mar Roxo y el Mediterráneo; pero como estos dos mares estan separados por un istmo de considerable extension, así que las embarcaciones llegaban á él, era necesario descargarlas para llevar los géneros, ó bien por tierra, ó por canales, en barcos de menos porte hasta Alexandría de Egipto, de donde luego se enviaban á Venecia por el Mediterráneo.

La necesidad de descargar y volver á cargar, igualmente que las con-

ducciones por tierra desde el mar Roxo hasta Alexandría, debian precisamente ser unas trabas muy incómodas para el comercio de la India, por cuya razon era natural que se mirase como empresa de la mayor importancia el descubrimiento de un camino por mar.

Agregóse por casualidad otra circunstancia á las que contribuyéron á colocar á Colon en la brillante carrera que luego habia de seguir con tanta gloria; y fue la de haberse casado con la hija de un Capitan de Navío de los que tuviéron parte en el descubrimiento de Porto-Santo y la Madera. Proporcionóle semejante enlace los diarios, mapas y papeles de tan hábil navegante; y el exámen asíduo que hizo de ellos dió mayor fomento á la inclinacion que tenia á semejantes empresas, y avivó en él los deseos de hacer un viage á las islas recien descubiertas. Embarcóse con efecto para la Madera, donde por el discurso de algunos años siguió un comer-

cio muy lucrativo, freqüentando las islas Canarias, de los Azores, y la costa del Africa.

LA MADRE. ¿Y en todos esos viages llevó consigo á su esposa?

EL PADRE. Creo que no, supuesto que ningun historiador habla de ello.

LA MADRE. Pues dexémosle que viage solo tambien esta tarde. Venid, hijos; las tareas del jardin nos aguardan.

CARLOTA. Vaya, mamá, lo mismo hacia vmd. quando oíamos la historia de Robinson. Justamente quando el cuento está en lo mejor, entonces nos llama vmd.

FERNANDO. Dexa, Carlota, que mamá lo hace con el fin de excitarnos á la moderacion.

CARLOTA. Sí, pero.....

TODOS. Vamos, vamos; al jardin, al jardin.

RELACION II.

EL PADRE. Mientras Colon con cortas travesías navegaba en las aguas de las Canarias, cavilaba continuamente en un plan, que su talento activo le habia sugerido desde su establecimiento en Lisboa. ¿Es posible, decia á veces entre sí, que para ir á la India no ha de haber un camino mas corto que el que buscan los Portugueses al rededor del Africa? Si saliendo de Europa se navegase siempre al oeste por el Océano atlántico, ¿no se habia de llegar por fin á una tierra, que sin duda seria la India misma, ó que por lo menos confinaria con ella? ¿No es redonda la tierra? Pues si lo es, ¿por qué no puede Dios haber criado en el hemisferio opuesto un pais habitable? ¿Es por ventura verosímil que allá todo sea mar? No por cierto. La India seguramente es mucho mas grande que lo que se cree, y quizá se extiende lar-

go trecho al Este hácia la Europa; por lo qual navegando constantemente al poniente es imposible que se dexe de encontrarla.

Aunque esta fue la primera y principal razon que le induxo á creer que al otro lado de nuestro globo habia tambien tierras, corroboraban su opinion otras reflexîones y observaciones, y con especialidad las siguientes particularidades.

Habiendo penetrado un dia el patron de una embarçacion portuguesa muy adentro en el mar atlántico hácia el oeste, encontró algunos pedazos de madera primorosamente labrados, y traidos allí por los vientos occidentales; de lo que infirió Colon que habia al poniente alguna tierra habitada.

Ademas, su concuñado Pedro Correa, que tuvo algun tiempo la Capitanía general de Porto-Santo, le dió noticia de haber traido alli los mismos vientos otros maderos parecidos á los anteriores, y algunas cañas de ex-

traordinaria magnitud, como las que Ptolomeo describe en lo último de la India.

Algunas mas se habian encontrado tambien, una que otra vez, en las costas de los Azores. Me persuado que os acordareis donde estan situadas estas islas.

FERNANDO. En el Océano atlántico, entre la Europa y la América; y si no me engaño se llaman tambien las Terceras.

EL PADRE. Tienes razon. Pues á las costas de estas islas habian arrojado los vientos occidentales algunos árboles ó cañas de la especie indicada; pero lo que dió mas fundamento á las conjeturas de Colon fue el haberse hallado un dia en la misma playa dos cadáveres de una figura tan particular, que en nada se parecian á los Europeos, ni á los habitantes del Asia ó del Africa.

Combinó Cristóbal todas estas observaciones: las meditaba noche y dia; y cotejándolas con las noticias

que halló en los escritores antiguos y modernos acerca de la India, llegó á mirar ya sus conjeturas como cosa de convencimiento.

Sin embargo, acordándose de que podia engañarse, y que quatro ojos ven mas que dos, fue tan modesto para desconfiar de sus luces, que consultó á un Médico florentin, llamado Pablo Toscanelli, hombre que por su penetracion y conocimientos lograba entonces merecidamente la reputacion de sabio.

Complacióse Toscanelli con la carta de un navegante de tanto saber, y satisfizo á su curiosidad en tales términos, que si bien no añadió claridad alguna á la propuesta teoría, la confirmó con su autoridad, aplaudió el intento, y puso espuelas para executarlo.

Desde entonces resolvió Colon firmemente poner en execucion el plan que de largo tiempo traia en su mente; pero como este exîgia unos gastos muy superiores á sus fuerzas,

se vió obligado á proponerle á alguna Potencia.

Prefirió su patria, segun creen graves historiadores, y de consiguiente expuso á la República de Génova sus ideas, ofreciéndole sus servicios y futuros descubrimientos, y solicitando los auxîlios necesarios; pero no alcanzando el Senado la solidez de sus razones, menosprecio su mérito, y desechó sus ofertas, calificándolas por sueños de una imaginacion enferma y acalorada.

Léjos de desanimarse Colon, cumplidas ya las obligaciones de buen patricio, dirigió sus miras á Portugal, para proponer su proyecto á una Corte que acababa de señalarse en empresas de aquella clase. De hecho fuéron escuchadas con atencion en Lisboa sus proposiciones; mas despues de haberle sacado poco á poco todo el plan, cometiéron con él una accion que seguramente no debia esperarse.

Determinados á usurparle el honor que le resultaria de los grandes

descubrimientos que meditaba, se mandó aprestar á toda priesa una carabela, y se encargó á otro la execucion de lo que él habia proyectado.

Carecia el comisionado del valor y saber que se requeria; y así despues de haber surcado muchos dias infructuosamente los mares occidentales, volvió á Lisboa, burlándose del discurso de Colon, y enteramente desesperanzado.

ANTONIO. ¡Quánto me alegro!

EL PADRE. ¿De qué?

ANTONIO. De que esos perversos Portugueses no consiguiesen engañar al pobre Colon.

EL PADRE. De eso seguramente debemos alegrarnos; pero tambien es mal hecho, hijo mio, insultar á una nacion entera, llamando perversos á todos los Portugueses, solo porque tres ó quatro mal intencionados aconsejasen, trescientos años hace, á su Rey una maldad, reprobada quizá por el resto de la nacion.

ANTONIO. Hablo de aquellos que tuviéron la culpa.

EL PADRE. En éste caso no dexas de tener razon, porque á la verdad fue una supercheria muy reprehensible la que cometiéron. Sintióla vivamente Colon, y propuso dexar un Reyno en que le habian tratado tan mal. Temiendo que le detuviesen, salió secretamente de Portugal, dirigiéndose á España, para probar si sus designios lograban mejor ventura.

Sin embargo, rezelando que aquí tambien pudiesen ser desechadas sus propuestas, envió á su hermano Bartolomé (á quien habia comunicado sus ideas) á Inglaterra, para que negociase en favor de su proyecto.

Reynaba entonces en España Fernando el Católico, Príncipe que no entraba ligeramente en negocios graves, sino con mucha premeditacion y deliberacion muy madura; y aunque la Reyna Doña Isabel su esposa era de un carácter mas fácil, dependia de tal modo del Rey, que sin aprobacion suya era imposible que emprendiese cosa alguna.

Para mayor desgracia de Colon estaba el Rey ocupado en la conquista de Granada: circunstancia que por los gastos considerables que ocasionaba, no permitia que se adoptase tan fácilmente un proyecto en que era necesario invertir quantiosas sumas.

No obstante, recibiéron los Reyes á Colon con grandes demostraciones de aprecio, y escucháron con agrado su propuesta: pero antes de determinar juzgáron conveniente sujetarla al exâmen de varios inteligentes; y por casualidad recayó la eleccion en sugetos destituidos de las luces necesarias, los quales hiciéron á Colon las mas absurdas y ridículas objeciones. Decian unos que el mar entre la Europa y la India era de tanta extension, que, aun suponiendo la navegacion mas feliz, no bastarian tres años para llegar á lo último del Oriente: otros, refiriéndose á la redondez de la tierra, sostenian que si se navegase siempre al Occidente se baxaria tanto, que luego seria imposible volver atras por

mas que fuesen favorables los vientos, porque seria como subir por una montaña: otros finalmente reputaban por inverosímil que supiese mas un nuevo navegante que tantos sabios como habia producido antes el mundo, y que si realmente hubiera habido tierras habitadas al otro lado del globo, hubiesen quedado ignoradas por el discurso de tantos siglos.

Necesitó Colon de toda su prudencia para no propasarse al oir tales absurdos, y satisfizo completamente y con la mayor moderacion á tan descabelladas dificultades. Pero léjos de adelantar en su pretension, tuvo el desconsuelo de saber que se habian dado los informes mas contrarios á su proyecto, en virtud de los quales, despues de cinco años de solicitud, mandáron los Reyes que se le respondiese, que mientras durase la guerra no podian acudir á otra empresa ninguna.

Si el sentimiento de nuestro héroe fue grande al ver frustradas unas es-

peranzas en que tanto se complacia, no lo era menos su constancia; y así, en vez de abandonar su designio, se dirigió al Duque de Medinasidonia, y segun dicen, tambien al de Medinaceli, Señores acaudalados, que tenian comodidad de navíos y marineros en estados propios; pero los dos, ó bien fuese por falta de confianza, ó de espíritu, desecháron su proposicion.

HENRIQUE. A la verdad causa mucha lástima el ver á ese pobre hombre despreciado de todos con un proyecto tan excelente.

JUAN. Lo que á mi mas me admira es que no se aburriese y abandonase su intento.

EL PADRE. Si tal hubiera hecho, no habria sido el hombre grande que era. Los ánimos elevados, hijos mios, por muchas que sean las dificultades que encuentren, nunca abandonan el camino que puede conducirlos á un término glorioso: pueden sí afligirlos la ingratitud y el menosprecio de sus semejantes, pero jamas desanimarlos y

reducirlos á la inaccion; pues en qualquier contratiempo que sufran, ó á la vista de qualquier obstáculo que se le oponga, solo tienen presente la empresa que se han propuesto. Esta es la marca infalible por la qual se distinguen los hombres realmente grandes y virtuosos.

De esta clase se mostró nuestro Colon; quien haciéndose superior al disgusto que sin duda le causaria el ver despreciados sus talentos, y su plan desechado, determinó desde luego pasar él mismo á Inglaterra á esforzar la demanda del hermano, de quien aun no habia recibido noticia alguna.

Este en su viage tuvo la desgracia de caer en manos de corsarios que le hiciéron esclavo; y aunque al cabo de algunos años consiguió recobrar la libertad, y pasar por fin á Inglaterra, fue con tanta necesidad y pobreza, que para poder presentarse con alguna decencia á la Corte se vió obligado á construir cartas marítimas, en lo que

era muy perito, y venderlas.

Uno de los que mas habian favorecido á Colon era el Padre Fray Juan Perez de Marchena, Guardian del antiguo Convento de la Rábida, Religioso de virtud y ciencia, y de bastante instruccion en la Cosmografía y Náutica. Este desde luego se habia hecho amigo suyo, le habia hospedado en su Convento, y descargado de un gran cuidado, tomando al suyo la crianza y sustentacion de un hijo que tenia, llamado Diego, á quien amaba en extremo.

Antes pues de emprender su viage, se fue de Sevilla á la Rábida por su hijo, para dexarle en Córdoba, y despedirse de su constante amigo Fray Juan. El instruido Religioso, que desde el principio habia comprehendido la solidez de las ideas de Colon y mirado el negocio con entusiasmo, le suplicó que se detuviese hasta que él mismo pasase á verse con la Reyna, á la qual habia confesado varias veces, y cuya bondad y deferencia á los Pa-

dres espirituales era bien notoria.

Cedió Cristóbal á las instancias de su amigo, quien inmediatamente partió al campo de Santa Fe, donde se hallaba la Corte estrechando la rendicion de Granada, y peroró con tal energía, que las cosas mudáron de semblante; de manera que Colon fue llamado, la Reyna le recibió con bondad, y ya sus amigos se lisonjeaban de haber vencido, quando todo volvió otra vez á descomponerse.

Desconfiando el Rey de la solidez del proyecto, consultó de nuevo á los mismos á quienes antes habia encargado el exâmen de aquel negocio; y como estos se mantuviesen en el dictámen primero, no quiso el Rey oir hablar mas del particular, é hizo tanto con la Reyna, que esta no pudo negarse á desistir igualmente de toda negociacion con Colon: quien por consiguiente abatido y humillado, se vió hecho un objeto de escarnio para los palaciegos serviles, y de complacencia para los envidiosos que ya habian

puesto mal gesto á los principios de su fortuna; y sin duda le hubieran quitado la vida el pesar y la indignacion, á no haber sido su alma mas fuerte que todas las adversidades á que tuvo que hacer frente por algunos años.

CARLOTA. Ahora díganos vmd., papá, ¿qué especie de gente son los palaciegos serviles que acaba de nombrar?

EL PADRE. En las Cortes, querida Carlota, hay como en todas partes, mezclados entre hombres de bien, algunos pícaros, que solo saben adular, calumniar, envilecerse, y escarnecer á los sugetos de mérito que tienen la desgracia de desagradar al Soberano: estos son los que yo llamo palaciegos serviles.

CARLOTA. Dios nos libre de ellos.

EL PADRE. Animóse nuestro esforzado Colon, y resolvió firmemente apelar al último arbitrio que le quedaba, y era el ir á ofrecer al Rey de Inglaterra una parte de mundo, que tres Potencias sucesivamente habian despreciado. Mientras se disponia para

el viage, tuvimos la felicidad de tomar á Granada, último asilo de la dominacion de los Moros en España, acontecimiento que llenó al Rey y á la Reyna de gozo; y como el corazon humano, quando está poseido de la alegría, se inclina con mas facilidad á la condescendencia, dos amigos de Colon, hombres ilustres, cuyos nombres inmortales debe repetir con veneracion la posteridad, tratáron de sacar partido de las circunstancias, y volviéron por última vez á hablar á la Reyna con la mayor eficacia y energía en favor del proyecto.

FERNANDO. ¿Y cómo se llamaban esos dos hombres?

EL PADRE. El uno Alonso de Quintanilla, Contador mayor, y el otro Luis de Sant-Angel, Escribano de raciones de la corona de Aragon. Los dos trabajáron con tanto empeño, y ponderáron tanto la utilidad de la empresa, que ya no pudiéron los Reyes resistir mas á tan vivas instancias y exhortaciones.

Despachóse por tanto un mensagero en busca de Colon, y no hallándole, porque ya habia partido, corrió en seguimiento suyo. Habiéndole alcanzado á dos leguas de Granada, le conduxo á la Corte, donde fue recibido con tales muestras de agrado y benignidad, que le hiciéron olvidar los sinsabores pasados. A continuacion expuso las condiciones con que se aventuraria al mar para descubrir nuevas tierras; y habiendo sido del agrado y aprobacion de los Reyes, vio por fin logrados y satisfechos los deseos en que hacia tanto tiempo que ardia.

TODOS. Bueno, bueno. ¡Quiera el Cielo que no se le frustren sus esperanzas!

CARLOTA. ¿Con que se pondria en camino al instante?

EL PADRE. Eso lo sabreis mañana.

TODOS. Vaya pues, mañana.

RELACION III.

NICOLAS. Vamos presto, papá; que parta Colon al momento, no sea que con la dilacion encuentre nuevos obstáculos.

EL PADRE. No, hijos, no tengais rezelo, pues esta vez se halla la negociacion en un estado, que ya no es posible desbaratarla. Ya está otorgada la contrata entre él y los Reyes, por la qual, sin contar otros artículos, le prometen que si halla islas y tierra-firme en el Océano, tendrá para sí y sus herederos perpetuamente el Almirantazgo de ellas: que será Virey y Gobernador general de todo lo que por su industria se descubriere; y que ademas se le dará el diezmo de las ganancias en todos los efectos y frutos que por qualesquiera medios se adquirieren dentro de los límites de su Almirantazgo.

LUISITO. Segun eso ¿le veremos dentro de poco muy rico?

MATIAS. Bastante le ha costado al pobre.

EL PADRE. Proveyóse luego con gran presteza todo lo conducente á la expedicion; pero las naves con que debia emprenderse eran tan pequeñas y de tan mala condicion, que solo Colon podia tener valor para aventurarse con ellas á surcar un mar enteramente desconocido. La una, nombrada Santa María, era la capitana donde habia de tremolar el Almirante su bandera; la segunda se llamaba Pinta, y la tercera la Niña; siendo las últimas dos tan pequeñas, que apenas llegaba su porte á quarenta toneladas.

Hiciéronse provisiones para un año, y la tripulacion de toda esta gran esquadra no pasaba de noventa hombres, á los quales añadiendo algunos empleados y aventureros, componian un total de ciento y veinte personas.

Todos los gastos del armamento no ascendiéron á diez y seis mil ducados: cantidad que pareció entonces tan exôrbitante, que por este solo motivo

se hubiera quizá abandonado la empresa, si Colon no se hubiese ofrecido á contribuir con la octava parte, aunque en virtud de este desembolso estipuló que la percibiria igualmente de las utilidades que produxese aquel viage.

HENRIQUE. ¿Pues qué? ¿tan pobre era entonces la Monarquía que no podia disponer de una cantidad tan corta?

EL PADRE. En aquellos tiempos, Henrique mio, tenian mas valor cinco ducados que en el dia ciento, porque habia mucho menos dinero: ademas que no te causará tanta admiracion semejante escasez, si reflexîonas que debian precisamente tener agotado el erario Real las largas y continuas guerras contra los Moros, cuya dominacion en España se acababa entonces de exterminar.

Ea pues, hijos, disponeos á presenciar la salida de nuestro valeroso Colon. Ya todo está pronto, y las naves se hallan surtas en el puerto de Palos, pequeño pueblo de Andalucía:

tened un rato de paciencia, y le vereis dentro de poco levantar las anclas entre las bendiciones de un inmenso concurso.

NICOLAS. ¿Y por qué no al instante?

EL PADRE. Porque como Colon no solo era un navegante intrépido y hábil, sino tambien buen cristiano, conoció que debia implorar antes la bendicion del Criador del mar y de todo el universo, para el logro de la empresa que meditaba, y en la qual tenia un sumo interes, por ser su fin principal el que con este motivo se propagase entre los salvages, á los quales el Todopoderoso fuese servido guiarle, el conocimiento de un Dios único y verdadero.

En cuya conseqüencia, quando ya todo estuvo dispuesto para la partida, marchó seguido de las tres tripulaciones, que le acompañáron procesionalmente, á un Convento inmediato, donde confesó y comulgó con la mayor edificacion, siguiendo su exemplo todos los demas. Llenos entonces de con-

fianza en la proteccion del Altísimo, volviéron al puerto, y el dia siguiente por la mañana, que fue el tres de Agosto del año mil quatrocientos noventa y dos, se hiciéron á la vela en el nombre de Dios, y acompañados de las aclamaciones de un número inmenso de circunstantes.

TODOS. ¡Viva, viva! enhorabuena!

EL PADRE. Tomó Colon la derrota, conforme su plan, para las islas Canarias; pero á los quatro dias sobrevino un contratiempo, que aunque frívolo en realidad, hubiera podido echar á pique toda la empresa, si Colon hubiese sido tan supersticioso como sus compañeros. Soltóse el timon de la Pinta, y segun se sospechó por industria de algunos, que arrepentidos de haberse dexado inducir á emprender un viage tan peligroso, deseaban que hubiese motivo para volver á España: casualidad que la gente miró como un presagio muy funesto; de forma que todos principiáron á exclamar que sin recurso alguno eran perdidos, si no retroce-

dian inmediatamente. Preguntóles Colon el motivo de sus temores, á lo que respondiéron que con lo que acababa de suceder les manifestaba el cielo los males que los aguardaban, si no desistian de la idea de proseguir un viage tan arriesgado.

A la verdad, replicó Colon, no comprehendo qué razon hay para inferir que Dios quiere, por medio de tan leve acontecimiento, anunciarnos desastres: segun lo que yo alcanzo, un timon roto no significa otra cosa sino que es necesario renovarlo.

El Almirante, se dixéron los marineros al oido unos á otros, es un libertino, que no cree en los avisos del cielo.

Sospechó el advertido General lo que pensaban, y juzgó conveniente el desimpresionarlos de una supersticion que otra vez pudiera amedrentarlos. Entró pues con ellos en una discusion instructiva, demostrándoles que era repugnante á la razon el mirar qualquiera cosa que fuese como un presagio de lo por venir, porque Dios jamas nos

habia prometido que nos anunciaria con señales lo que habia de sucedernos. Por lo contrario, añadió, manifiesta el cielo no menos bondad que sabiduría en ocultarle al hombre su destino; por tanto es una necedad querer adivinarle por medio de unas supuestas señales, que no tienen la menor relacion con él. Lo que debe hacer un hombre juicioso y cristiano es cumplir exâctamente con las obligaciones de su estado; ponerse en manos de la Providencia, y no tomarse pena por lo que ha de venir. Sea esta máxîma, compañeros mios, la norma de nuestra conducta en todo el tiempo de nuestro viage.

Si Colon con semejantes amonestaciones no disipó enteramente los supersticiosos temores de los marineros, consiguió por lo menos disminuirlos; y sin otro suceso notable prosiguiéron su camino hasta la gran Canaria, donde diéron fondo.

Despues de haber reparado los navíos lo mejor que pudiéron, y hecho

víveres frescos, levantáron las áncoras el seis de Setiembre, para internarse en un piélago inmenso, que todavía nadie habia surcado; por lo qual podreis imaginaros cómo palpitarian los corazones de aquellas pobres gentes.

Caminaron muy poco el primer dia por las muchas calmas; pero al siguiente perdiéron de vista las Canarias. Fixad ahora, hijos mios, la atencion en un hombre, de quien únicamente estan pendientes desde este punto todos sus compañeros, y descubrireis en Colon tal elevacion y grandeza de ánimo, que sin duda os infundirá amor y respeto á su persona.

Apenas desapareció de sus ojos la tierra, quando principiáron todos á desanimarse; y como si solo entonces entendieran adonde iban, se espantáron de lo arduo de la empresa, suspirando y llorando como quien se contempla perdido. Solo Colon, semejante á una roca azotada por las olas embravecidas, conservaba toda su serenidad y firmeza, y manifestaba tal confianza

del feliz éxîto de su expedicion, que el hombre mas cobarde no hubiera podido menos de cobrar ánimo en su presencia. Afeóles desde luego su pusilanimidad, y despues los consoló con tan largas esperanzas de grandes y opulentas regiones, que todos se alentáron de nuevo, prometiéndole que le seguirian adonde quiera que los conduxese. Sin embargo, previendo Colon por esta prueba de debilidad de su gente lo que podia suceder en adelante, se dispuso para qualquiera acontecimiento.

Desde entonces pasaba la mayor parte del tiempo en el alcázar con una atencion incesante al astrolabio, y la sonda en la mano.

MATIAS. ¿Qué cosas son el astrolabio y la sonda?

EL PADRE. La sonda es un gran pedazo de plomo, que los marinos llaman escandallo, asegurado de una cuerda muy larga, á la qual dan el nombre de sondalesa. Echan el plomo al mar, y á medida que va baxando, dexan que corra la sondalesa, la qual reco-

gen así que el escandallo llega al fondo, y con esto miden la profundidad del mar en aquel parage.

MATIAS. Pero dígame vmd. ¿por qué los navegantes tienen tanto empeño en conocer la profundidad del mar?

EL PADRE. A que si reflexîonas un poco lo aciertas tú mismo.

MATIAS. Con efecto; me parece que me ha ocurrido. Si no hay bastante agua, el navío encalla, y entonces todo se perdió; por cuya razon se ven precisados á observar de continuo si hay suficiente profundidad.

EL PADRE. ¿Ves tu quantas cosas puede uno comprehender por sí mismo, parando un poco la consideracion? ¿Ahora querrás saber qué es astrolabio?

MATIAS. Tendré mucha complacencia en que vmd. me lo explique.

EL PADRE. Bien; pero antes me has de responder á una pregunta que voy á hacerte. ¿Yendo tú, por exemplo, desde Madrid al Pardo, podrás saber en el camino quánto has andado?

MATIAS. Muy fácilmente.

EL PADRE. ¿Y cómo?

MATIAS. Contando los pasos, ó bien mirando atrás: para eso no es menester ser bruxo.

EL PADRE. No dices mal; pero los navegantes quando estan en alta mar, donde no ven mas que cielo y agua, ¿tienen acaso la misma facilidad para saber en qué parage se hallan, y quántas leguas han andado?

MATIAS. No por cierto.

EL PADRE. No obstante, no dexarás de conocer que les debe importar mucho el saberlo.

MATIAS. Seguramente.

EL PADRE. Porque ignorando donde estan, ignoran igualmente hácia donde han de dirigirse para arribar al puerto que buscan. Pues bien, ¿de qué medio te parece á tí que se sirven para saber eso en alta mar?

MATIAS. Lo ignoro.

EL PADRE. Vaya pues, venid todos conmigo á la sala grande... Exâmina tú ahora el techo con atencion, y hazte

cargo de los varios adornos que tiene.

MATIAS. Ya está hecho.

EL PADRE. Ahora voy á vendarte los ojos; luego te haré dar varias vueltas hasta que pierdas el tino y no puedas acertar donde estés.

Hace el padre lo que ha indicado, y prosigue.

Echa pues la cabeza bien atrás, de conformidad que quando yo te destape los ojos solo puedas ver el techo. Así va bien: observa ahora con cuidado (*quitándole el pañuelo de los ojos*), para si puedes decirme en qué parage de la sala nos hallamos.

MATIAS. En la esquina donde está el forte piano.

EL PADRE. ¿Cómo lo conoces?

MATIAS. Porque advierto justamente sobre mí un roseton, que antes noté donde estaba colocado.

EL PADRE. ¿Con que tú por medio de la observacion del techo puedes saber en qué parage te hallas? ¿no podrán tambien conocer de igual modo los navegantes el sitio en que estan?

MATIAS. Me parece que no es muy dificultoso; pues observando ellos el cielo, así como yo observé el techo, podrán indicárselo las estrellas.

EL PADRE. Perfectamente. Pero la elevacion del cielo, hijos mios, es tan grande, que una estrella que ahora está perpendicularmente sobre nuestra cabeza, parece que está lo mismo aunque hayamos andado muchas leguas: ademas que las estrellas no permanecen siempre en una misma situacion, sino que al parecer varian de un lado á otro del cielo, así como el sol y la luna. Ya ves pues que no es posible gobernarse por ellas con tanta perfeccion como tú lo has executado por el techo; por lo qual para que puedan servir de norma segura, es preciso acudir al arte, y á varios instrumentos construidos ingeniosamente; y entonces se servian de uno, por cuyo medio se medía con bastante exâctitud la situacion de las estrellas y sus distancias, sin necesidad de subir adonde estan, y es el mismo de que os he hablado, y

que se llama astrolabio: pero es necesario que adviertas que ya no se hace uso de él, pues se han substituido otros instrumentos mas perfectos, como son los que se llaman de reflexîon.

MATIAS. Ya estoy plenamente enterado.

EL PADRE. Pues volviendo á nuestra historia, pasaba Colon la mayor parte del tiempo sobre cubierta, tanto para hacer las observaciones necesarias tocantes á la profundidad del mar y al rumbo de los navíos, quanto para mandar él mismo lo que se habia de hacer, empleando muy pocas horas en el descanso de su cuerpo. No obstante, en presencia de su gente mantenia siempre un semblante sereno, y que manifestaba confianza; se privaba de todas aquellas comodidades que no podian disfrutar los demas, y solo se le distinguia del mas ínfimo marinero por sus luces muy superiores á todas las de sus compañeros, como tambien por su inalterable intrepidez, con la qual aun infundia mas aliento en los teme-

rosos que con sus enérgicos razonamientos. Solo un hombre de esta clase era capaz de executar una empresa que no necesitaba de menos valor, de menos conocimientos, ni de menos arte.

Pero ya basta por hoy: mañana haremos que nuestros navegantes prosigan su camino.

RELACION IV.

EL PADRE. Antes de continuar, hijos mios, es necesario que os instruya en una cosa que pide toda vuestra atencion.

TODOS. ¿Y qué es, papá?

EL PADRE. Siguiendo el hilo de nuestra historia, quizá tendré que mentar alguna vez la longitud y latitud, por lo qual deseo que sepais perfectamente lo que significan estos dos términos.

HENRIQUE. Hace tiempo que lo aprendimos.

ANTONIO. Vmd. mismo nos lo ex-

plicó quando principiamos á estudiar la Geografía.

EL PADRE. Me alegro que lo tengais presente, pues alguno de los mas antiguos podrá ocupar mi lugar, y explicárselo á esos dos niños que aun no han oido hablar de tal cosa.

HENRIQUE. Con mucho gusto; pero para eso es menester primero ir por un globo.

EL PADRE. Creo que no será necesario: he aquí un pequeño planisferio ideado por mí, que juzgo podrá servirnos. Vaya, ¿quién de vosotros quiere hacer de maestro?

TODOS. Yo, yo.

EL PADRE. Pues ya que todos os ofreceis, es preciso que yo escoja. Vamos, Henrique, tú que eres el mayor aproxîmate; y vosotros tened cuidado para corregirle, en caso de que se equivoque.

HENRIQUE. Ea, Carlota, acércate, y tú tambien, Luisito: atencion, que voy á enseñaros qué es lo que en Geografía se llama longitud y latitud.

LA MADRE. El preámbulo es bastante serio.

HENRIQUE. Como que hago de maestro, conviene que sostenga el carácter que me corresponde. Mirad, hijos, esta figura representa la mitad de la tierra.

LUISITO. Muy bien.

HENRIQUE. Ya sabeis que la tierra es redonda.....

CARLOTA. Y yo sé tambien como se prueba; primero porque su sombra es redonda, y luego porque.....

HENRIQUE. Poco á poco, niña; no tanta precipitacion. Eso no es ahora del caso; básteos saber, que la tierra, segun la opinion mas recibida, es redonda como una bola, aunque resulta de las últimas observaciones y medidas astronómicas ser algo aplanada hácia los polos. La figura que teneis á la vista representa uno de sus lados. En esta tierra redonda hay dos puntos uno enfrente de otro, como aquí los veis indicados con los números 1 y 2, y se llaman los polos de la tierra. Sobre el

de arriba cae casi perpendicularmente una estrella llamada septentrional ó del norte, y por esta razon se llama el polo septentrional ó ártico, al contrario del otro, que se llama meridional ó antártico. ¿Lo habeis comprehendido?

CARLOTA. Hasta aquí no hay dificultad alguna. El punto superior se llama el polo septentrional ó ártico, y el inferior meridional ó antártico.

HENRIQUE. Grandemente. Volved ahora á mirar el mapa. En lo que hace el medio de la bola hay una línea ó círculo, que la divide en dos partes iguales, y que aquí está señalada con las dos letras A y B.

LUISITO. ¿Hay con efecto en la tierra semejante línea?

HENRIQUE. No por cierto. Nosotros los sabios somos los que la hemos imaginado, suponiendo que da vuelta todo al rededor de la tierra.

CARLOTA. ¿Y á qué contribuye eso?

HENRIQUE. Ten paciencia, y lo sa-

brás. Esta línea se llama equador ó línea equinoccial.

CARLOTA. ¿Por qué se le da ese nombre?

HENRIQUE. Porque no solo por medio de ella se divide la tierra idealmente en dos partes iguales, sino tambien porque quando el sol se halla perpendicularmente sobre este círculo, los dias y las noches son iguales, que es lo que significa la palabra equador. Todo el espacio pues, que señala esta línea al rededor de la tierra, esto es, desde A hasta B, y luego desde B, por el lado que no se ve, hasta llegar otra vez á la letra A, es lo que se llama la longitud de la tierra. ¿Lo habeis entendido?

LOS DOS. Todo, todo.

HENRIQUE. Con eso ya está explicado el primer punto: ahora os queda por aprender qué es latitud. Vamos pues. ¿Veis esas líneas que empiezan en el polo septentrional, y acaban en el meridional? Esas son las que señalan la latitud de la tierra, y se llaman meridianos.

LUISITO. ¿Por qué los llaman meridianos.

HENRIQUE. Porque todos aquellos parages, por los quales pasa una misma línea de estas, tienen mediodia á un mismo tiempo, y esto en el momento en que el sol está precisamente enfrente de ella. ¿Me explico con claridad?

CARLOTA. Mucho, señor catedrático.

HENRIQUE. Me alegro que me entendais. Uno de estos muchos meridianos que encontrais aquí, y de los quales se pueden trazar quantos se quieran, se llama el primero. Daremos este título aquí en nuestro mapa á ese que es un poco mas grueso que los demas, y tiene muchas pequeñas intersecciones. ¿Le veis?

LOS DOS. Este es.

HENRIQUE. Quando pues alguno pregunta á quántos grados de longitud se halla un sitio determinado, quiere saber quánto dista del primer meridiano, bien entendido que el espacio debe medirse de occidente á

oriente; si por lo contrario se trata de la latitud, es como preguntar quánto hay desde aquel sitio al Equador. ¿Está eso claro?

LOS DOS. Muy claro.

HENRIQUE. Aquí advierto en nuestro pequeño planisferio un navío; si yo os preguntara en qué longitud se halla, ¿qué significaria eso?

CARLOTA. Seria como preguntarnos quanto hay desde él al primer meridiano.

HENRIQUE. Esto es, midiendo hácia el este, y dando vuelta á la tierra hasta llegar al primer meridiano. Pero dime tú, Luisito, si yo continuara preguntando á quantos grados de latitud está el navío, ¿qué es lo que desearia saber?

LUISITO. Quánto dista del Equador.

HENRIQUE. Grandemente: celebro vuestra aplicacion.

EL PADRE. Y yo tu habilidad en enseñar. Venid, niños, dad un abrazo á vuestro maestro por haberos instruido con tanto acierto; y yo te doy otro

en recompensa de que has desempeñado tan ayrosamente mi oficio.

NICOLAS. Papá, me parece que Henrique ha omitido alguna cosa.

EL PADRE. ¿Y qué es lo que ha omitido?

NICOLAS. Que el Equador y los meridianos estan divididos en grados.

EL PADRE. Ve pues tú á ocupar su lugar, y procura explicarles tambien ese otro punto.

NICOLAS. Haré lo que pueda. Ya veis que el Equador y el primer meridiano estan cortados por muchas líneas pequeñas que forman unos intervalos iguales: cada uno de estos se llama un grado, y es un espacio de veinte leguas (1). El Equador se divide en trescientos sesenta de estos grados, y un meridiano de un polo á otro en ciento ochenta; por consiguiente, quan-

(1) Aunque los Geógrafos regularmente hacen entrar en cada grado diez y siete leguas y media españolas, he juzgado conveniente seguir el método de los marinos, que cuentan veinte en cada uno.

do se dice, por exemplo, que tal ó tal parage está á los trescientos treinta grados de longitud, no se quiere significar otra cosa, sino que principiando á contar los grados del Equador desde el indicado parage, y dando vuelta á la tierra, siempre de occidente á oriente, hasta llegar al primer meridiano, se hallará que son trescientos y treinta. Y si luego se añade que el mismo parage está á los ocho grados de latitud, es como si se dixese, que contando los grados del meridiano, desde el Equador hasta el susodicho parage, se encontrarán ocho.

EL PADRE. Bravo. Tambien Nicolas ha merecido que se le dé un abrazo.

NICOLAS. Esto se llama ganarlo á poca costa.

EL PADRE. Veamos pues á quántos grados de longitud y latitud está el navío que he bosquejado aquí en mi mapa. Principiemos por los grados de longitud. Es necesario desde luego que contemos hácia el este los grados del Equador, desde el sitio en que es-

tá el navío, hasta que lleguemos al primer meridiano; pero como esta figura solo representa un lado de la tierra, no podemos contarlos todos en redondo; por lo que es forzoso que nos remitamos al autor del mapa, quien, como veis, ha puesto debaxo del navío el número 340, que son sus grados de longitud. Vamos ahora á los grados de latitud. Aquí nada nos impide que contemos los grados del meridiano, desde el Equador hasta el punto en que se halla el navío; y así decimos uno, dos, tres, quatro y cinco; ya llegamos: el navío pues, según esta cuenta, está á los cinco grados de latitud. ¿Os habeis hecho cargo?

CARLOTA Y LUISITO. Todo lo hemos comprehendido perfectamente.

EL PADRE. Me alegro. Este conocimiento os servirá mucho en adelante, porque quando en la continuacion de nuestra historia os diga que Colon se hallaba á tantos ó tantos grados de latitud ó de longitud, entendereis lo que

significa. Solo una cosa hay que notar todavía antes que vuelva á coger el hilo de mi narracion, y es, que quando se trata de la latitud de la tierra tocante á la parte superior del Equador, se llama latitud septentrional, para diferenciarla de la que corresponde á la parte inferior, hácia el polo antártico, que se llama latitud meridional.

Volvamos por fin á nuestros navegantes.

JUAN. ¡Gracias á Dios!

EL PADRE. Al dia siguiente de haber salido de las Canarias, no adelantáron mas que diez y ocho leguas por falta de viento; pero previendo Colon, que solo lo largo del camino bastaria para intimidar á los marineros, recurrió al inocente artificio de ocultarles las leguas que andaban cada dia, y así no les declaró mas que quince.

A los once de Setiembre, sexto dia de su navegacion, hallándose á trescientos cincuenta y un grado, y treinta minutos de longitud, contando

desde la isla del Hierro, una de las Canarias, que es como decir á ciento cincuenta leguas (1) de esta isla al oeste, en la misma latitud septentrional, viéron un trozo de árbol de nave, que parecia haber sido llevado de las corrientes; cosa que mirándola los marineros como indicio de tierra inmediata, contribuyó á tranquilizar sus espíritus.

Duróles poco el consuelo, porque habiendo caminado unas cincuenta leguas mas, notáron un fenómeno que los consternó sobremanera, y dexó tambien suspenso y admirado á su Comandante.

(1) Habiendo sentado ya que en cada grado entran veinte leguas, parece que ahora debian resultar ciento sesenta, porque la distancia real de las naves á la isla es de ocho grados y treinta minutos, que multiplicados por veinte, producen ciento setenta; por tanto es de advertir, que la diferencia consiste en que los grados de la equinoccial contienen mas ó menos espacio segun el paralelo; y así estos grados no pueden tener una medida fixa como los del meridiano.

ALGUNOS. ¿Qué es lo que advirtiéron?

EL PADRE. Ya no ignorais que la principal guia de los navegantes es la aguja, porque tiene la singular propiedad de indicar siempre con la punta el norte. Con esto los marinos distinguen de noche y de dia los quatro puntos cardinales del mundo, y conocen hácia donde han de gobernar. Sin un auxîlio de esta clase, que hasta entonces se habia encontrado seguro é infalible, hubiera sido mas que temeridad emprender un viage tan largo, y enteramente desconocido.

En este supuesto os hareis cargo fácilmente de quan confuso se quedaria Colon y atemorizada su gente, al advertir de improviso que la brúxula (llámase con este nombre la aguja puesta ya en equilibrio, y colocada en su caxa correspondiente) no miraba á la estrella polar como solia, sino que declinaba para el nor-oeste.

Acercaos, niños: aquí teneis una brúxula, que traigo conmigo para ha-

ceros el hecho demostrable. ¿Veis? La aguja comunmente está siempre en la disposicion que ahora, esto es, vuelta la punta directamente al lado en que de noche vemos la estrella polar: entonces se ladeó á la izquierda ó al poniente un grado de estos que estan señalados aquí todo al rededor; fenómeno de que ni Colon, ni otro navegante alguno hasta entonces habia tenido noticia, por lo que seguramente no era extraño que les causase tanta admiracion.

CARLOTA. ¿Y en qué consistiria eso?

EL PADRE. Tan dificil nos es en el dia á nosotros responder á esta pregunta, como lo fue en aquel tiempo al mismo Colon, sin embargo de que desde entonces hasta ahora se ha observado tantas veces semejante declinacion, ó variacion de la aguja, como llaman los facultativos, que se han formado tablas de los parages en que suele suceder. No es este, hijos mios, el solo secreto que aun queda por des-

cubrir en la naturaleza; y este debe ser un nuevo estímulo para empeñaros en adquirir muchos conocimientos, pues ¿quién sabe si la Providencia ha reservado para alguno de vosotros la gloria de rasgar el velo que hasta ahora ha ocultado á los hombres la causa de semejante fenómeno?

FEDERICO. Quando yo tenga mas instruccion he de trabajar mucho para penetrar este misterio.

MATIAS. Yo he de hacer lo mismo.

TODOS LOS DEMAS. Yo tambien, yo tambien.

EL PADRE. Enhorabuena, hijos; pero si quereis que vuestros esmeros no sean vanos, es necesario desde luego que os apliqueis incansablemente á las Matemáticas y á la Física, estudios que yo os proporcionaré mas adelante.

Consternados y confusos estaban los compañeros de Colon. Pareciales un espacio inmenso lo que dexaban andado, á pesar de que su caudillo habia suprimido en el cálculo á lo menos la tercera parte del camino; y figurándo-

se entonces que toda la naturaleza se habia trastornado, se llenáron de terror al ver que tambien iba á faltarles la aguja, que contemplaban como el único auxîlio que les quedaba.

Colon, á quien nunca faltaban recursos para animar á sus pusilánimes compañeros, forjó al punto una razon aparente de aquel inesperado acontecimiento, con la qual logró satisfacerlos, alentar en ellos la esperanza, y persuadirlos á que prosiguiesen su camino.

He aquí que ya los teneis en la region de los vientos generales.

NICOLAS. ¿Qué quiere decir eso?

EL PADRE. Creo que te acordarás todavía qué es lo que se entiende por trópicos.

NICOLAS. Son aquellos dos círculos que se consideran en la esfera á los dos lados del Equador, paralelos con él, y sobre los quales se halla el sol perpendicularmente quando tenemos el dia mas largo, ó el mas corto.

FERNANDO. Quando el sol está perpendicularmente sobre el superior de

esos dos círculos, tenemos el dia mas largo del año, y quando hiere perpendicularmente el inferior, tenemos el mas corto.

EL PADRE. Perfectamente. Aquí tambien en nuestro pequeño planisferio podeis ver los dos círculos indicados: el de arriba está señalado con las letras C y D, y el de abaxo con E y F. En el espacio pues que encierran estas dos líneas, corren constantemente en alta mar unos mismos vientos, á saber, de oriente á occidente, y estos son los que se llaman vientos generales.

Esta circunstancia, generalmente conocida en el dia, no lo era antes de Colon, pues aun no se habia ofrecido ocasion de experimentarla; y así el haber observado entonces que las naves eran impelidas con invariable constancia por el viento del este, causó nuevos sobresaltos á los marineros. ¿Cómo podremos, decian, volver ya á España si corre sin cesar este viento?

Llenábalos de terror semejante reflexîon, y otro fenómeno, que se pre-

sentó despues, acabó de aterrarlos. Encontráronse de repente con la superficie del agua cubierta de cierta yerba que formaba unas praderias de inmensurable extension, y en partes con tanta abundancia que retardaba el curso de los navíos. Y sin embargo de que algunos se alegraban, creyéndola indicio de tierra próxîma, los mas, temiendo que fuesen escollos ó baxíos en que pudiesen encallar, murmuraban poco mas ó menos en estos términos: he aquí que ya hemos llegado á lo último del mar navegable: debaxo de esta yerba se ocultan sin duda tierras anegadas, ó peñas en que se estrellarán nuestras naves quando menos lo esperemos. ¡Ay tristes de nosotros! ¿en qué pensábamos quando nos dexamos persuadir á seguir á un temerario?

Terrible á la verdad era el lance; pero el ánimo y la presencia de espíritu de Colon jamas se desmintiéron. ¡Qué insensatos que sois, dixo á sus compañeros, quando os asustais de una cosa que precisamente debia infun-

diros esperanza de haber conseguido ya el fin de vuestros deseos! ¿Os parece por ventura que la yerba se cria en medio del mar? ¿No es mas verosímil que estemos cerca de alguna tierra, cuya costa la haya producido.

Con esta noticia abrió la tripulacion tanto ojo, y como al mismo tiempo viesen venir de la parte del oeste varios páxaros, recobráron el ánimo y la esperanza, prosiguiendo tranquilamente su camino.

RELACION V.

NICOLAS. Tardará todavía mucho Colon en descubrir la tierra que busca?

EL PADRE. Oh! aun le quedan muchas dificultades que vencer. Con efecto, muy presto se desvaneció la esperanza que habian infundido en los marineros la yerba y el vuelo de las aves; y á pesar de que ya dexaban andadas setecientas leguas, no parecia tierra alguna. Por fortuna nadie iba en los navíos, excepto Colon, que supiese

medir con exâctitud la derrota, por lo qual continuó en ocultarles una gran parte del camino, contando para ellos solo quinientas ochenta leguas.

Pareciales, no obstante, inmensa semejante distancia, y de consiguiente renováron los clamores y las murmuraciones. Tan presto detestaban su facilidad en haber dado crédito hasta entonces á las quimeras de Colon, tan presto tachaban á los Reyes de crueles por haber expuesto la vida de tantos vasallos en la execucion de una empresa temeraria é inasequible. Juzgaban haber manifestado bastante valor, para que nadie los notáse de cobardes por haber tratado ya de su propia conservacion; y finalmente convinièron todos en que era necesario pensar en volver á España, siempre que el viento general del este lo permitiera, obligando al Almirante á que desistiese de su insensato proyecto, y no faltó quien dixo que para quitar contiendas era lo mejor echarle al mar con disimulo, publicando luego que él desgraciadamen-

te se habia caido por mirar las estrellas, en la persuasion de que vueltos á España, nadie se metería en inquirir la verdad acerca de la muerte de un despreciable arbitrista.

Vió Colon sin acobardarse la tempestad que le amenazaba. Persuadido de la exâctitud y solidez de su plan, y lleno de confianza en la proteccion divina, se presentó á los amotinados con semblante sereno y tranquilo, á manera de quien tiene motivos de satisfaccion; y despues de haberlos reprehendido con dulzura por la pueril timidez que manifestaban, se valió de todos los medios que le sugiriéron su conocimiento del corazon humano y su enérgica eloqüencia, para reanimarlos, y reducirlos de nuevo á obediencia; y ya con palabras blandas, ya con promesas magníficas, ya con la nota de poquedad y cobardía, ya con severas amenazas en uso de su autoridad, procuraba alentar á unos, despertar en otros el pundonor, y contener á los sediciosos.

Tienen las almas grandes como por

privilegio la facilidad de manejar lo mismo que la cera los corazones de los demas hombres; ¡y quan feliz y digna de envidia sería la especie humana, si todos los que estan dotados de talentos esclarecidos, solo los empleasen, á imitacion de Colon, en utilidad y provecho público! Consiguió él con efecto sosegar otra vez la gente amotinada, y el Cielo mismo acudió á socorrerle; pues cesando el viento del este, que hasta entonces habia permanecido constante, se levantó tal oesnoroeste, que era fácil advertir que ya podian dar la vuelta quando quisiesen. Hízoselo patente el General, y como al mismo tiempo concurriesen otras circunstancias que infundian nuevas esperanzas de tierra inmediata, prometiéron unánimes obedecer sus órdenes, y sin otra contradiccion por entonces se prosiguió navegando.

Un dia Martin Alonso Pinzon, Capitan de la Pinta, que iba delante, se detuvo para decir á Colon, que creia haber divisado tierra á unas quince le-

guas al norte. A la palabra tierra, se entregó toda la gente á los mayores extremos de gozo, instando con eficacia al Comandante para que mandase gobernar hácia aquella parte; pero tan persuadido estaba Colon de que el Capitan se engañaba, que de ninguna manera quiso condescender con lo que se le pedia; y por consiguiente, sin hacer caso de las murmuraciones de la tripulacion, insistió en su ruta al poniente, la misma que segun su plan habia seguido sin interrupcion hasta entonces.

MATIAS. ¿No le parece á vmd. que en eso habia su poquito de terquedad?

EL PADRE. ¿Cómo terquedad?

MATIAS. ¿No podia haber dado gusto á su gente con andar aquellas quince leguas?

EL PADRE. No, querido Matias; una vez que estaba seguro de que no era cierto el descubrimiento, no debia condescender de ningun modo, porque de hacerlo inferiria la gente que no tenia seguridad en lo que afirmaba; y

siendo la confianza de sus compañeros una cosa para él de suma importancia, procuraba por todos los medios posibles conservarla : ademas, que si una vez llegaban á conseguir que cambiase de resolucion, no hubieran dexado de importunarle con pretensiones de igual clase, siempre que se les hubiese antojado. Por estas razones determinó firmemente no apartarse un punto de un plan formado con toda la reflexîon y madurez, y por el éxîto se conoció que su determinacion habia sido acertada.

A otro dia viéron muchos alcatraces y otros páxaros marinos; y creyendo Colon que no podian volar muy léjos, no estuvo ageno de tener esperanza de tierra; pero echada la sonda, y no hallando fondo con doscientas brazas, se desvaneció la concebida esperanza, puesto que la profundidad del mar ordinariamente se disminuye al paso que se acerca á la playa.

La tarde siguiente se dexáron ver varias avecillas de canto, algunas de

las quales posáron sobre las vergas, donde permaneciéron toda la noche, y desapareciéron luego al abrir el dia, dirigiéndose al oeste : poco despues viéron igualmente un rabo de junco.

LUISITO. ¿Qué es un rabo de junco?

EL PADRE. Es un ave del tamaño de una paloma, á quien los Franceses llaman páxaro del trópico, porque se encuentra regularmente en aquellas partes de la tierra que estan comprehendidas entre los dos trópicos.

No tardó mucho en presentárseles otro objeto, que por nuevo y singular excitó toda su admiracion. Levantóse volando de la superficie del agua una bandada de pescadillos, á los quales por esta razon llamáron golondrinas ó voladores, y algunos de ellos se dexáron caer en los navíos; de suerte que pudiéron cogerlos, y exâmináron admirados las largas aletas de que se servian para volar. El mismo dia al anochecer hallâron de nuevo el mar cubierto de yerba, y reputándolo por indicio de tierra inmediata, se de-

xáron llevar otra vez de la lisonjera esperanza de haber llegado ya al término de tan larga y penosa navegacion.

Pero parecia que este suspirado instante se iba cada dia alejando; y quanto mas los indicios habian lisonjeado la expectacion de los marineros, tanto mas se acrecentó su afliccion, quando despues de haber navegado otros varios dias sin descubrir tierra alguna, viéron tambien esta vez frustradas contra toda apariencia sus esperanzas.

Manifestóse entonces en los tres navíos un descontento general con muestras de sedicion peligrosa. Perdido el respeto á la autoridad del General, prorumpiéron los marineros en abiertas murmuraciones; y los Oficiales mismos, que siempre habian sido de parte de Colon, se declaráron entonces tambien contra él.

Estrechado por todos lados, y abandonado de todo el mundo, se halló entre los tumultuosos vayvenes de las amotinadas tripulaciones, lo mismo

que aislada encina expuesta al furor de violento huracan, resistiendo con admirable entereza á los insolentes extremos de los sublevados, que pedian su perdicion, ó (lo que aun mas duro le parecia) que desistiese de su proyecto. Procuró por última tentativa sosegarlos con promesas y amonestaciones; pero fuéron vanos todos sus esfuerzos, pues la desesperacion y el furor se habian apoderado de tal modo de la gente, que ninguno de los medios de que otras veces se habia valido con fruto, produxo el mas mínimo efecto. Ya no era creido; y no solo no hacian caso de sus promesas ó reprehensiones, sino que le amenazaban con la muerte, si al punto no mandaba birar de bordo para tomar el camino de España.

En tan funesta situacion, se vió precisado á ceder á la necesidad, y prometer á los amotinados que los complaceria, con condicion de que le obedeciesen aun por tres dias, ofreciéndoles que si en este corto plazo

no descubrian tierra, daria infaliblemente la vuelta para Castilla.

Sin embargo de que era muy grande la alteracion de los sediciosos, no pudiéron dexar de conocer que la proposicion era razonable; por cuyo motivo se conformáron con ella, y el convenio se ratificó por ambas partes con todas las formalidades posibles (1).

Persuadido estaba el Almirante á que no aventuraba mucho con semejante negociacion, porque los indicios de tierra se multiplicaban de tal conformidad, que ya tenia por cierto que la alcanzaria antes del término estipulado. Con efecto, ya habia dias que hallaban fondo con la sonda, y el color de la tierra que sacaban indicaba la proxîmidad de alguna playa. Presentábanse con direccion al oeste bandadas

(1) Don Juan Muñoz en su primero y único tomo de la historia del Nuevo Mundo duda con fundadas razones de la verdad de este hecho, que el autor aleman sacó al parecer del Cronista Oviedo: Herrera tampoco hace mencion de tal circunstancia.

numerosas de avecillas, que manifestaban ser de poco vuelo: pescáron una tablilla, una caña, un baston con ciertas labores prolixas, yerba arrancada de la ribera, y una rama de espino con sus majuelas coloradas y frescas. Ademas advertian que el ayre estaba mas fresco y oloroso, y que los vientos variaban con mucha freqüencia, especialmente de noche: apariencias todas de que no estaba léjos el instante en que la paciencia y constancia de Colon habian de ser galardonadas.

Con efecto, semejantes indicios infundiéron en él tal seguridad de que estaba cerca de tierra, que el dia siguiente al anochecer, despues de los rezos acostumbrados, habló á todos generalmente de los beneficios que Dios les habia hecho llevándolos seguros en tan largo viage, les encargó que estuviesen vigilantes, y luego mandó acortar de velas, temiendo dar en la costa aquella noche. Acordóles igualmente de nuevo la merced de treinta escudos anuales que habia ofrecido la

Reyna al que primero viese tierra, prometiéndole ademas por su parte un vestido de terciopelo. Con esto pasó la gente toda aquella noche sobre cubierta en una perplexîdad imponderable, y con los ojos fixos hácia la parte donde esperaba descubrir la suspirada tierra.

En este estado juzgo conveniente que los dexemos por ahora: mañana veremos si pareció finalmente la tierra, ó si quedáron frustradas tambien esta vez sus esperanzas.

TODOS. ¡Papá, papá!

EL PADRE. ¿No quereis que suspenda aquí la narracion?

TODOS. ¡Oh! no, señor: háganos vmd. la gracia de proseguir.

ANTONIO. Es el pasage que mas interesa.

EL PADRE. Vaya pues, continuemos. Serian las diez de la noche, quando á Colon, que se hallaba en el castillo de popa, se le figuró ver á lo léjos una luz como de antorcha. Llamó de secreto, para que la mirasen, primero á

un criado de la Casa Real que iba con él, y luego al Veedor de la Armada; y ambos no solo la divisáron, sino que advirtiendo que por intervalos subia y baxaba, se ocultaba y volvia á parecer, discurriéron que alguno la llevaba en la mano.

Igual conmocion fue la de Colon, al notar aquel fuego, á la que experimentaria qualquiera de vosotros, si no habiendo tenido noticia en mucho tiempo de sus padres, se abriese en este instante la puerta, y los viese asomar de improviso. En toda la noche pudo cerrar los ojos, teniéndole desvelado la idea halagüeña de que presto cogeria el fruto de sus largas meditaciones, lograria la recompensa de tantos trabajos, peligros y dificultades felizmente vencidas, y de que sus incrédulos compañeros conocerian patentemente que su plan no era quimérico, y que él no era un vano arbitrista.

En efecto, dos horas despues de la media noche se oyó de improviso por la parte de la Pinta, que llevaba la

delantera, la dulce expresion á grito herido de *tierra, tierra*, que acompañada con otras mil voces de júbilo, y con el estruendo de la artillería, arrebataba las almas, é inundaba los corazones de inexplicable alborozo. Sin embargo, como tantas veces se habian engañado, no podian desechar enteramente los melancólicos rezelos, que de quando en quando se mezclaban con los arrebatos de la alegría. De esta manera, fluctuando entre el temor y la esperanza, aguardáron el dia, para cerciorarse con sus propios ojos, que no era un sueño lo que pasaba por ellos.

Tan largas como se le hacen al enfermo que no puede dormir las horas penosas de la noche, otro tanto se les hiciéron en aquella ocasion á nuestros navegantes: cada minuto les parecia una hora, cada hora un dia; y por fin, despues de una incómoda expectacion, viéron blanquear el oriente, rayó el alba, y ya la tripulacion de la Pinta principió á entonar el *Te Deum*. No bien le oyéron los que iban en las

otras dos naves, quando derramando un torrente de lágrimas, y arrebatados de gozo, pobláron igualmente el ayre de expresiones de accion de gracias, pues ya tenian á la vista la tierra por que tanto habian anhelado.

Cumplida esta primera obligacion con el Autor de toda felicidad, acuden en tropel á cumplir del mismo modo con su General, á quien habian tan gravemente ofendido. Penetrados de arrepentimiento y veneracion, se echan á los pies de aquel héroe (que á ellos tambien les pareció tal entonces), pidiéndole todos perdon por los disgustos que le habian dado. No desmintió Colon tampoco esta vez su carácter, pues la facilidad con que les perdonó, y la dulzura con que les prometió echar en olvido su falta, no fuéron menos admirables y heroycas que la firmeza que habia opuesto á sus contradicciones.

FERNANDO. ¿Y qué parte de la América es la que descubriéron?

EL PADRE. Eso el mismo Colon lo

ignora todavía. Dexemos que salga á tierra, que tome lengua, y luego lo sabremos tambien nosotros. No se os olvide mañana traer aquel mapa de la América que está sobre mi bufete.

RELACION VI.

LUISITO. He aquí, papá, el mapa que nos mandó vmd. ayer que traxéramos: pero ¿en qué consiste que, si no me engaño, tiene una construccion diferente de la de todos los que he visto hasta ahora en los libros de Geografia?

EL PADRE. Consiste en que esta carta, así como las demas de que me valdré para que conozcais la situacion de las varias y extensas provincias, de que haré mencion en el discurso de esta historia, está construida sobre la proyeccion llamada de Mercator, que inventó en 1545 el Español Alonso de Santa Cruz, Cosmógrafo de Cárlos V, y adoptó despues en 1569 Gerardo Mercator, natural de la ciudad de

Güeldres, en el Pais-Baxo. Los Ingleses atribuyen injustamente la invencion de estas cartas, que comunmente se llaman esféricas ó reducidas, á su compatriota Eduardo Wrigt en 1599. En ellas se representan los paises de un modo inverso al de las proyecciones ordinarias, en las quales los grados de latitud son iguales con muy corta diferencia, y los de longitud ó paralelos van disminuyendo desde el Equador hasta los polos, donde se reducen á cero; en vez de que en la proyeccion esférica los grados de los paralelos son iguales entre sí, y los del meridiano crecen desde el Equador hasta los polos.

Todos los marinos de Europa hacen uso de esta proyeccion en sus cartas, porque realmente merece preferirse á quantas se han discurrido hasta hoy, como lo demuestra la Trigonometría esférica.

En las cartas ordinarias no es posible determinar á punto fixo la distancia de un pueblo á otro, al paso que

en estas se consigue con la mayor facilidad y exâctitud; porque prescindiendo del método geométrico que hay para este efecto, el mas expedito, y cuyo resultado es el mismo, sobre una diferencia casi imperceptible, consiste en poner el compas en los dos puntos, cuya distancia se quiere saber; y acudiendo luego con él precisamente á aquella parte de la escala que está enfrente de ellos, el espacio que abrazan las dos puntas es infaliblemente la distancia que se busca; advirtiendo que las leguas son de las de veinte al grado, y que forzosamente se debe pasar el compas á aquella parte de la escala que está enfrente de los dos puntos, cuya distancia se pretende medir, y no mas arriba ni mas abaxo; pues siendo desiguales en este género de construccion los grados de latitud, lo son tambien los espacios de las leguas que les corresponden, y así no es indiferente tomar la medida en esta ó en aquella parte del tronco de la escala.

Prosigamos ahora nuestra historia.

Observad, hijos, todas estas islas, que se llaman en general las Lucayas. La que veis aquí entre ellas fue la primera que descubrió Colon: se llamaba Guanahani, y es en el sentir de un historiador de opinion la que hoy se dice de Watlin. Nombróla Colon la isla de San Salvador, así para dedicar á Jesucristo las primicias de sus descubrimientos, como para indicar que aquella tierra le habia salvado.

Quedóse un rato la gente admirando aquel mundo hasta entonces desconocido, y que hermoseado en aquel punto por los primeros rayos del sol, alegraba en extremo la vista, ofreciendo el aspecto risueño de un pais llano, ameno, cubierto de verdes arboledas, y regado por varios arroyos, que con su curso tortuoso realzaban la belleza de aquella perspectiva.

Por fin, mandó Colon que echasen las lanchas al agua, en una de las quales entró él mismo, dirigiéndose á la orilla entre los ecos de una música marcial, y acompañado de los xefes

principales, y de alguna gente armada, que tremolaba la bandera de la empresa.

Al paso que se acercaban á la orilla, acudian de todas partes los naturales del pais, atraidos de la novedad y admiracion que causaba en ellos la vista de las naves europeas. Llegados al parage del desembarco, Colon con el estandarte Real tendido fue el primero que puso el pie en aquel mundo que acababa de descubrir.

HENRIQUE. ¡Válgame Dios, y qué afectos experimentaria entonces!

EL PADRE. Solo quando tú, Henrique mio, hayas igualmente ideado, resuelto y executado algun gran proyecto, expuesto á mil peligros y fatigas, podrás hacerte cargo de cómo estaria el corazon de Colon al entrar en un pais, cuyo descubrimiento le habia costado tantos desvelos, pesares y humillaciones.

Al tomar la deseada tierra, todos la besáron, rociándola con lágrimas de alegría, y puestos de rodillas, recono-

ciéron al ilustre descubridor por Almirante y Virey, jurándole de nuevo una entera obediencia. Despues de estos primeros extremos de gozo, plantáron en la playa una cruz, delante de la qual cumpliéron segunda vez con la sagrada obligacion del agradecimiento á Dios, y luego con la solemnidad necesaria tomáron posesion de la isla en nombre de los Reyes Católicos por la corona de Castilla.

Mientras duraban estas ceremonias, se agolpaban los isleños al rededor de los Españoles, observando con admiracion y silencio ya los navíos, ya á los seres extraordinarios, que surcando las olas habian ido en ellos; y no sabian que pensar de lo que estaban viendo, pues nada entendian de todos aquellos actos y disposiciones.

Y quanto mas miraban, mayor era su confusion y asombro. El color de los Europeos, sus rostros barbados, sus vestidos, armas y ceremonias, todo era para ellos nuevo y maravilloso; pero con especialidad quedáron sobremane-

ra espantados, quando oyéron el estruendo de las armas de fuego, que tal impresion hiciéron en ellos, que últimamente sacáron por conseqüencia, que aquellos extrangeros, cuyas armas eran rayos y truenos, no podian ser de la clase de los mortales, sino de una especie superior á la humana, é hijos del sol á quien ellos adoraban, que se habian dignado de baxar á visitarlos.

LUISITO. ¿Con qué aquella gente tenia al sol por Dios?

EL PADRE. Sí, hijo mio: algunos Americanos, esto es, aquellos que eran menos rudos, fuéron sorprehendidos de tal modo de la belleza del sol, de su fuego vivificador del Universo, y de su curso metódico, que le tuviéron por el ser mas benéfico y poderoso de todos, en fin por el mismo Dios. Otros por el contrario se habian forjado uno ó mas dioses de figura humana, y otros eran tan torpes y de tan corto alcance, que aun no les habia ocurrido parar la consideracion en la causa del mundo y de sus diarias revoluciones. Todos,

pues, estos infelices no tenian conocimiento alguno de Dios, y vegetaban sin tratar de saber su orígen, ni lo que sería de ellos. ¡Desventurados!

Si con la presencia de los Españoles quedáron atónitos los Indios, no era menos la admiracion de aquellos, al ver tantos objetos nuevos y extraordinarios. Yerbas, plantas, árboles, animales, todo era de una especie diferente de las que tenemos en Europa. Los hombres por su aspecto y sus costumbres parecian de otra clase: tenian el color aceytunado, los cabellos negros, gruesos y tendidos, el rostro sin barbas, mediana estatura, extraña fisonomía, y la cara y otras partes del cuerpo abigarradas de blanco, negro y colorado. Iban todos desnudos, y solo para engalanarse llevaban en la cabeza algunos adornos formados de plumas, y otros de oro y conchas en las orejas, y colgados de un agujero hecho en las narices. Manifestáron desde luego timidez y reserva; pero así que Colon principió á distribuir entre ellos cuen-

tas de vidrio, sartas de abalorio, cascabeles, gorros y otras baratijas, cobráron tal confianza, que quando los Españoles volviéron por la noche á las naves, los fuéron siguiendo infinitos de ellos en sus canoas, ó barquillas hechas de troncos excavados, tanto por curiosidad, como por adquirir otras buxerias. Regularmente daban en trueque ovillos de algodon bien hilado, dardos cuyas puntas eran de espinas de pescado muy duras, papagayos y frutas de todas clases; y era tal su anhelo por lograr alguna cosilla europea, que recogian con mucho empeño qualquier casco de redoma, ó vaso de loza que encontraban en la cubierta, y cedian gustosos una arroba de algodon por pocos tantos de cobre que de nada podian servirles. Solo la novedad y el recibir semejantes frioleras de mano de los hombres del cielo, las hacia tan apreciables á los ojos de aquellos idiotas.

El tercer dia reconoció Colon con las lanchas toda la costa de aquella

isla, acompañado de una infinidad de Indios que le iban siguiendo, unos nadando, otros en canoas, y otros por tierra. Preguntóles por señas de donde adquirian los pedacitos de oro que traian pendientes de las narices, y dié-ron á entender que no le habia en aquel pais, sino en otro situado al sur, que le producia en abundancia; por lo qual resolvió ir en busca de las ricas tierras que le indicaban aquellas gentes.

FEDERICO. ¿Pues tán codicioso era Colon?

EL PADRE. No diré eso; pero como habia prometido á los Reyes, y á los que iban con él, que descubriria un pais donde pudiesen enriquecerse, tenia empeño en cumplirles la palabra. Embarcóse pues otra vez, llevando consigo siete de aquellos isleños, para que le sirviesen de intérpretes y de guia, y dirigió al sur.

Encontró en el rumbo varias islas, y solo reconoció las tres mayores, á las quales llamó Santa María de la Con-

cepcion, Fernandina, é Isabela: pero tampoco hallando en ellas oro alguno, y viendo que la gente deseaba navegar al sur en busca de él, no se detuvo mucho en el reconocimiento de estas islas, y prosiguió la derrota.

Viéron en una de ellas algunos perrillos que no ladraban, y matáron uno de aquellos lagartos anfibios de extraordinaria grandeza y horrible aspecto, que se llaman Iguanas.

Despues de corta travesía avistáron una isla muy vasta, que se diferenciaba de todas las que hasta entonces habian descubierto, no solo por su grande extension, sino tambien por la calidad del terreno. Léjos de ser llana y uniforme como aquellas, ofrecia á la vista montes y valles, interpolados hermosamente con espesos bosques, fértiles campiñas, y caudalosos rios. Colon mismo dudó desde luego si sería una isla grande, ó parte del continente; y solo despues de algunos dias llegó á conocer que era realmente isla, y que los naturales la llámaban en su

idioma Cuba. Allí la teneis en el mapa entre los veinte, y veinte y tres grados de latitud septentrional.

Aquí dió fondo Colon á la boca de un gran rio, con deseo de tomar conocimiento del pais y de los habitantes. Mas estos así que viéron los navíos, desamparáron precipitadamente sus cabañas, huyendo á los montes: solo uno tuvo espíritu para allegarse á las naves en una canoa, y entrar á bordo. Recibióle el Almirante con agasajo, y despues de haberse grangeado su inclinacion por medio de algunos regalos, le envió á tierra con uno de los que habia llevado de Guanahaní, y solamente dos Españoles con encargo de reconocer el pais, y ganar la confianza de los habitantes, temiendo que aumentase en ellos el miedo mayor número de gente.

Entre tanto hallándose los navíos en mal estado, juzgó necesario carenarlos. Ya sabreis lo que quiere decir eso.

HENRIQUE. Sí, señor: repararlos, tapando todos los agujeros, y dándoles

un nuevo baño con brea: sé igualmente, que para esta operacion por lo regular se ponen los navíos en seco.

EL PADRE. Es cierto. Despues de haberse internado unas doce leguas, regresáron los dos Españoles, y diéron al Almirante su informe en estos términos.

Hemos encontrado una gran parte del pais, que acabamos de reconocer, muy cultivado, y todo él sumamente fértil: sus campiñas producen en abundancia maiz, y una especie de raices, que tostadas se comen como el pan. Llegados á una poblacion de unas cincuenta casas de madera, y cerca de mil personas, viniéron á recibirnos los principales; y luego que supiéron por los Indios que nos acompañaban quiénes éramos, nos entráron de la mano en el pueblo, donde nos aposentáron en la casa mayor y mas espaciosa que habia; nos presentáron dos asientos labrados en figura de un animal quadrúpedo, cuya cola levantada servia de respaldo, y con los ojos y las orejas de oro. Así que nos sentamos en ellos, se sen-

táron igualmente los Indios en el suelo al rededor de nosotros, nos besáron las manos y los pies, y nos diéron tales muestras de respeto y veneracion, que era fácil comprehender que nos consideraban como gente venida del cielo. Luego nos hiciéron comer raices cocidas, semejantes en el sabor á castañas. Reparamos que todos los que nos rodeaban eran hombres; mas á breve rato saliéron estos, y entráron á repetir la misma escena las mugeres. Por último, quando tratamos de volvernos, se ofreciéron muchos de ellos á acompañarnos; pero solo permitimos que nos honrasen el Cacique ó Rey, y su hijo, que han venido con nosotros, dando órden antes por todas partes de que se nos tributasen los mas grandes obsequios.

De esta manera acabáron su relacion los comisionados; y el Almirante manifestó á los dos Príncipes el mas vivo agradecimiento, regalándolos y tratándolos á bordo con los mayores miramientos.

Quando les preguntó por la tierra en que se hallaba el oro, le indicáron el oriente, y extrañaban en extremo que los hombres blancos mostrasen tanta ansia por un metal, que para ellos no tenia valor alguno, y que solo les servia para sus galas. Los Europeos por su parte no se admiraban menos de la sencillez de aquellos pobres isleños, y reputaban por rudeza el desprecio que hacian de él. Por último, Colon, en virtud de los informes nuevamente recibidos, apresuró su salida de aquella isla, en demanda del pais de las minas, objeto de sus deseos, y que los Indios llamaban generalmente Haytí.

Al dexar á Cuba, el dia 19 de Noviembre, se llevó consigo doce naturales de aquella isla, para traerlos á España, los quales se separáron de su patria con la mayor indiferencia, porque Colon se esmeró en darles buen trato, á fin de que se mantuviesen gustosos en los navíos.

Vióse obligado á bordear, por mo-

tivo de los vientos contrarios.

FERNANDO. Lo mismo que hizo el Capitan de la embarcacion en que íbamos nosotros quando fuimos á Mallorca.

EL PADRE. Con efecto, tuvo del mismo modo, que hacer giros con la nave á un lado y á otro sobre los costados alternativamente, porque el viento no le permitia navegar en línea recta. Aprovechando esta circunstancia el Capitan de la Pinta Martin Alonso Pinzon, como su navío era mas velero que los demas, guió adelante, con intento de aportar primero que todos á la tierra del oro, para cargar con lo que pudiese antes que llegasen los otros.

El Almirante, que adivinó su intencion, le hizo señal de que volviese á conserva; pero Alonso despreciando las órdenes de su General, continuó en los medios que juzgaba oportunos para apagar la sed de oro que le consumia, y por la qual faltó á la debida obediencia.

JUAN. ¡Qué proceder tan perverso!

NICOLAS. ¿Cómo se hacen esas señales?

EL PADRE. Suelen hacerse, bien tirando algunos cañonazos, bien izando ciertas banderas, ó bien sirviéndose de qualquiera otra cosa que pueda distinguirse á lo léjos; por cuyo medio el Comandante de una esquadra comunica sus órdenes á los demas Capitanes de Navío.

Viendo pues Colon, que no habia remedio, sufrió con paciencia el desastre; y pareciéndole peligroso el mantenerse en mar, por estar el tiempo muy cerrado, volvió con los otros dos navíos á la isla de Cuba, donde dió fondo en una ensenada, empleando los dias que tuvo que permanecer allí en proseguir reconociendo aquel pais, que por todas partes ofrecia un aspecto fértil y delicioso. Una de las particularidades que advirtiéron los Españoles en el modo de vivir de los naturales, y que desde luego les repugnó sobremanera, fue el verlos comer unas

arañas muy grandes, gusanos engendrados en maderos podridos, y pescados á medio cocer, á los quales sacaban antes los ojos para tragárselos crudos.

Así que lo permitió el tiempo, partió Colon en busca de Haytí, y en seguimiento del desobediente Pinzon. Para lo primero, solo tuvo que andar diez y seis leguas, pues el dia seis de Diciembre llegó á Haytí. Esta isla, á quien apellidó la Isla Española, por habérsele figurado su terreno y sus vistas parecidas á las de España, es de casi todas las tierras que hasta entonces habia descubierto la única que ha conservado el mismo nombre que él le puso.

ANTONIO. Pero ¿no se llama tambien Santo Domingo?

EL PADRE. Sí, porque despues se edificó en ella una ciudad con este nombre, que llegó á ser la capital de la isla.

Al llegar los Españoles huyéron los habitantes á los bosques. Por lo que toca á la Pinta, ninguna noticia

se pudo adquirir acerca de su paradero ; por lo tanto dexó el Almirante muy presto el surgidero en que habia dado fondo, y gobernó al norte sin perder de vista la costa.

El dia siguiente surgió en otra ensenada, y consiguió la amistad de los naturales, por medio de una muger, á quien prendiéron los marineros. Halagada con dádivas y caricias, hizo á sus paisanos una pintura tan lisonjera de los Españoles, que al instante acudiéron en gran número, con el objeto de obtener regalos iguales á los que ella habia recibido.

Estos isleños, en quanto á la figura y á las costumbres, en nada se diferenciaban de los de Guanahaní y Cuba. Iban desnudos igualmente que ellos, y tenian el mismo color aceytunado. No eran menos tímidos y simples, ni menos tratables y obsequiosos. Admirándose de todo lo que veian, pensaban tambien ellos, que los Españoles eran hombres venidos del cielo: gastaban en sus galas mas oro que los

otros; pero hacian igualmente tan poco aprecio de él, que se juzgaban dichosos con poderle dar en trueque de cuentas de vidrio, cascabeles, alfileres, y otras baratijas de esta clase. Quando Colon volvió á informarse acerca del pais en donde encontraria oro, le indicáron la parte oriental; y en conseqüencia se hiciéron los Españoles á la vela, con la esperanza de que presto hallarian un manantial de inmensas riquezas.

RELACION VII.

EL PADRE. Apenas fondeáron en otra bahía de la misma isla, quando el Cacique de aquella comarca, que ya tenia noticia de los hombres blancos, pasó á visitar en persona al Almirante. Traia un numerosísimo acompañamiento, y quatro hombres le llevaban en andas; sin embargo, no dexaba su Real persona de vestir el mismo ropage que sus vasallos.

No tuvo reparo alguno en pasar

á bordo; y dexando la comitiva sobre cubierta, entró en el castillo de popa con solo dos ancianos, que parecian sus consejeros, á tiempo que el General estaba comiendo. Sentóse á su lado con no menos compostura que franqueza, y los dos ancianos se colocáron á sus pies. Colon le hizo servir algunas viandas y de beber; pero él solo probaba un poco de cada cosa, y se la enviaba luego á los suyos que habian quedado afuera.

Levantadas las mesas, regaló al Almirante algunas planchitas de oro, y un cinto primorosamente labrado; y Colon por su parte le dió un collar de ámbar, unos zapatos colorados, un paño de sobremesa, y una redoma de agua de azahar; lo qual agradó tanto al Cacique, que en los extremos de su agradecimiento indicó al Almirante, que podia disponer de todos sus estados.

Los modales de este Monarca en cueros eran muy magestuosos para con los suyos, y en extremo familiares pa-

ra con los Españoles. Lo miró todo con mucha atencion, manifestándose admirado de las cosas extraordinarias que veia en los navíos. Al anochecer pidió que le conduxesen á tierra, en lo que se le obedeció al instante; y para confirmarle en el asombro, y la idea grandiosa que habia concebido de los Españoles, mandó el Almirante que se le despidiese con salva de artillería, lo qual acabó de persuadirle á que los hombres blancos eran de estirpe divina, puesto que tenian á su disposicion los truenos y los rayos; y á tal punto llegó la veneracion de sus vasallos para con tan augustos huéspedes, que besaban las huellas que dexaban estampadas en la arena.

Pero como todavía esta comarca no era la que encerraba las minas del oro por que tanto anhelaban, mandó Colon dar la vela para adelantar mas al este. Tan concordes eran las noticias que habian adquirido, que por todas ellas juzgaban que hallarian el oro en cierta provincia montuosa, que depen-

dia de un Cacique muy poderoso. Envióle el Almirante una embaxada, y convidado con las instancias mas vivas, se apresuró por pasar á verle. ¡Ay! si hubiera sabido lo que habia de sucederle en esta corta travesía, á buen seguro que no se hubiese dado tanta priesa, y quizá hubiera renunciado todo el oro del mundo á trueque de no pagarle tan caro.

LUISITO. ¿Qué le sucedió?

EL PADRE. En este nuevo viage se habian adelantado las naves hasta una punta de tierra, donde estando las aguas en total sosiego, mandó Colon aferrar las velas á una legua de la costa. Como habia ya dos dias que no dormia, reclamó la naturaleza sus derechos, y así despues de haber encargado el timon al piloto, con órden expresa de no abandonarle, se acostó á cosa de las doce de la noche. Apenas quedó dormido, quando creyéndose la tripulacion libre de todo riesgo, á exemplo del General, hizo otro tanto. El piloto igualmente, que en tan-

ta calma no contemplaba que pudiese haber peligro alguno, no tuvo reparo en fiar, contra la órden expresa de su xefe, el timon á un muchacho, é ir á descansar como los demas; de modo que un grumete inexperto era el único que velaba á bordo del navío.

Mientras todos estaban entregados á un profundo sueño, lleváron las corrientes poco á poco hácia la costa el navío; el qual de improviso retembló con tal violencia, que el mozo, asustado, dexó el timon, dando grandes gritos. Despertó el Almirante á las voces, y saliendo á la cubierta, advirtió que la nave hábia tocado en un baxío. Consternados y aturdidos los marineros, perdiéron el ánimo; y solo Colon conservó bastante presencia de espíritu y serenidad para dar las disposiciones necesarias para salvarla, si fuera posible. Mandó por tanto, á toda diligencia, tender una áncora por popa, á fin de apartarla de las peñas con el cabrestante.

FEDERICO. ¿Qué es tender una áncora?

EL PADRE. Se llama tender una áncora quando los marineros la llevan en el bote á cierta distancia del navío, y por la parte de popa la echan al mar: afianzando luego el cable á una especie de torno, que se llama cabrestante, y que está puesto en medio de la cubierta, al paso que dan vuelta al torno con unas palancas, se le va enroscando al rededor el cable, y de consiguiente el navío se acerca al parage en que se halla el áncora, apartándose de donde estaba encallado.

Esto es lo que mandó Colon que se hiciese; pero tan sobresaltada estaba la gente, que los mas, en lugar de obedecer, solo pensáron en su propia salud, huyendo en las lanchas á la Niña, que distaba media legua á barlovento; mas rehusando el Capitan recibir á unos hombres que faltaban á su obligacion y abandonaban á su xefe, se viéron precisados á volver á la nave encallada.

De nada aprovecharon entre tanto los recursos de cortar el árbol, y alijarla, echando al mar las cosas menos necesarias, pues se abrió por debaxo, y principió á hacer agua en tanta abundancia, que fue preciso desistir del empeño de salvarla. Metióse el Almirante con la tripulacion en las lanchas que habian acudido á socorrerle, y á fuerza de remos alcanzó á la Niña.

El dia siguiente informó al Cacique de la desgracia que acababa de sucederle, y le pidió el auxílio de sus vasallos para sacar á tierra lo que pudiese.

Manifestó Guacanagarí, que así se llamaba el Cacique, el mayor sentimiento al oir la infausta noticia, y con los ojos bañados en lágrimas, acudió en persona á socorrer á los Europeos, acompañado de toda su gente. Agenos aquellos buenos isleños de aprovecharse del contratiempo para extraviar algunos efectos, hiciéron los mayores esfuerzos por salvarlo todo.

Juntáron aceleradamente un gran número de canoas, y trabajando con eficacia una infinidad de ellos, consiguiéron sacar á tierra las cosas mejores y de mas precio, que habia en la nave.

Mandó luego el generoso Guacanagari, que se pusiesen todas juntas cerca de la poblacion, hasta que se desocupasen dos casas grandes para encerrarlas; y de tiempo en tiempo enviaba un comisionado á Colon, para que le alentase, ofreciéndole de su parte todo quanto tenia en sus estados. Dispuso tambien que guardase los efectos librados alguna gente armada; aunque era inútil semejante precaucion, porque todos sus vasallos sentian tanto la desgracia de los hombres blancos, como si les hubiese sucedido á ellos mismos.

Colon, en su informe á la Corte, hizo una pintura muy ventajosa del carácter de estos Indios. Es una gente, decia, tan blanda, honrada y mansa, que puedo asegurar á vuestras Alte-

zas, que es imposible que haya hombres mejores en el mundo. Aman á sus semejantes como á sí mismos; sus modales son apreciables, y siempre tienen la risa en el semblante.

CARLOTA. ¿Cómo es que decia á vuestras Altezas, y no á vuestras Magestades?

EL PADRE. Porque aquel era el tratamiento que tenian entonces nuestros Reyes. Sin embargo de que van desnudos, proseguia, puedo asegurar que muchas de sus costumbres son muy dignas de aplauso. El Rey es servido con grande ostentacion, y su trato es tan noble, que causa placer el verle; como igualmente es digna de admiracion la memoria de sus vasallos, y su deseo de saberlo todo, y de inquirir las causas y los efectos de las cosas.

LA MADRE. Niños, ¿qué os parece de esos isleños?

TODOS. Que son muy guapos. ¡Qué buena gente!

LA MADRE. Y son salvages, hom-

bres que no han recibido educacion alguna, y que ni siquiera conocen á Dios.

EL PADRE. ¡Ay, hijos mios! ¡quán vergonzoso sería para nosotros el que tuviésemos menos humanidad que ellos, y un corazon menos benéfico que el suyo! ¡Quántos mas medios y auxîlios para hacer buenas obras nos ha proporcionado la Providencia á nosotros, que á aquellos pobres Indios faltos de toda instruccion! Procuremos pues, hijos, procuremos hacernos dignos de tantos beneficios. ¿Qué seria de nosotros, si comparados algun dia con alguno de aquellos buenos isleños, nos halláramos inferiores á él en bondad y rectitud de corazon?

Despues de un rato de silencio, continuó el padre de esta manera.

Enterado Guacanagarí de lo mucho que los Españoles apreciaban el oro, les hizo presente de varios pedazos de este metal, para indemnizarlos en cierto modo del desastre padecido, prometiéndoles que mandaria traer

mucho mas de un parage, que él llamaba Cibao. No pocos de sus vasallos lleváron tambien bastante porcion de él, considerándose dichosos con poderle trocar por baratijas de Europa. Uno de ellos llegó un dia con un pedazo de medio marco en la mano izquierda, y así que tomó con la derecha un cascabel que le alargó un Español, dexó caer el oro, y echó á huir precipitadamente, pensando habérsela pegado al Europeo.

Principiaba la gente de Colon á aficionarse á aquel país, mientras él se deshacia en continuas y penosas cavilaciones. Reflexionando que la nave mejor habia naufragado, que el desleal Pinzon no parecia, y que el único navío que le quedaba era tan pequeño y averiado, que ni podia contener á toda la gente, ni era prudencia arriesgarse en él á un viage tan largo como el de España; no sabia qué hacerse en tan apurada situacion.

Despues de haberlo meditado con madurez, determinó por fin, que él

se embarcaria con una parte de la tripulacion, y arrostrando los peligros, procuraria volver á España, para hacer á la Corte una relacion circunstanciada de sus descubrimientos, dexando en la Española la demas gente en calidad de una Colonia. Aplaudiéron todos semejante resolucion, y desde luego se ofreciéron muchos á quedarse: el mismo Guacanagarí celebró la determinacion, teniendo á mucha dicha, que algunos de los extrangeros de estirpe divina se dignasen de permanecer en su tierra, y defenderla de sus enemigos.

ANTONIO. ¿Con que Guacanagarí tenia algunos?

EL PADRE. Segun lo que él dixo, habia varias islas al sueste, habitadas por una nacion feroz y bárbara, que llamaba Caribes, quienes de quando en quando hacian incursiones en su pais; y cómo sus vasallos no se hallaban en estado de hacerles frente, no les quedaba mas recurso que huir á los montes.

Prometióles Colon que los protegeria; y para darles una nueva prueba de la excelencia del arte militar europea, dispuso varias escaramuzas, de que se admiráron mucho los Indios; pero sobre todo se asustáron tanto, quando mandó disparar la artillería de la nave hundida, que se dexáron caer al suelo como amortecidos, tapándose la cara con las manos. No menos atemorizado se mostró Guacanagarí; pero Colon le tranquilizó, asegurándole que solo emplearia aquellos rayos contra sus enemigos los Caribes: y para que notase el efecto de aquellas bocas de fuego, mandó tirar un cañonazo en un costado de la embarcacion encallada, con lo qual, pasando la bala de una parte á otra, saltó visiblemente en el agua. No es fácil explicar el asombro que causó semejante experiencia en el ánimo del Cacique; quien se volvió luego á su casa muy pensativo, y cada vez mas persuadido de que sus huéspedes eran habitantes del cielo, y que como tales disponian á su grado de

los truenos y de los rayos.

LUISITO. ¿Cómo podian entenderse, ignorando respectivamente el idioma los unos de los otros?

EL PADRE. Hablábanse por señas y gestos, valiéndose ademas de una que otra palabra suelta, que recíprocamente habian pillado; y aunque á la verdad este era un idioma muy imperfecto, bastaba en muchos casos para comunicarse mutuamente sus ideas.

Varios dias empleáron los nuestros en la construccion de un fuerte, en lo que los ayudáron con admirable eficacia los oficiosos isleños. Cada vez que el Almirante baxaba á tierra, le festejaba Guacanagarí con nuevos obsequios, que Colon por su parte pagaba con otras tantas liberalidades. Recibióle un dia el Cacique con una corona de oro en la cabeza, y le conduxo á una casa adornada primorosamente segun su estilo, en donde quitándose la corona, se la colocó en la cabeza á su venerado huésped, quien en retorno le vistió un manto magnífico, que habia estrena-

do aquel dia, le puso al cuello una sarta de cuentas de vidrio, y un anillo de plata en el dedo, haciéndole calzar ademas unos borceguíes encarnados: mutuas demostraciones de aprecio, que acabáron de consolidar la amistad que subsistia entre los dos.

Concluyóse en diez dias la fortaleza, al cabo de los quales escogió Colon de entre los que deseaban quedarse treinta y nueve hombres, y nombró por caudillo de ellos á un Diego de Arana, sugeto de circunstancias. Encargóles que obedeciesen puntualmente á su Capitan; que procurasen conservar de todos modos la buena opinion que Guacaganarí y sus vasallos tenian de ellos, y que se dedicasen á aprender la lengua del pais; y dió el nombre de Navidad al parage en que los dexaba.

Embarcado finalmente en su frágil buque, se hizo á la vela el 4 de Enero del año de 1493, entre las aclamaciones de los que quedaban. ¡Qué empresa tan arriesgada! ¡qué atrevimiento preten-

der atravesar el Océano, tan poco conocido entonces, con una sola embarcacion maltratada, y casi inservible! Confieso que esta vez temo mucho por su vida.

NICOLAS. Si por lo menos le acompañase con su navío el infiel Pinzon, pudieran en caso de necesidad socorrerse recíprocamente.

EL PADRE. El paradero de Pinzon era un misterio, pues de ninguna manera habia podido el Almirante adquirir noticia de él; por lo qual rezelaba, ó que hubiese perecido, ó que ya caminase para Europa, á fin de ser el primero en llevar las nuevas de los grandes descubrimientos recien hechos, y quizá tambien con el intento de disfamarle en la Corte, y usurparle las recompensas que habia merecido: sospecha por la qual se le hacia mas visible la necesidad de apresurar su regreso á España, para desbaratar con su presencia tan dañados designios.

Entre tanto, para precaver qualquiera duda que pudiese nacer en la

Corte, en órden á la verdad de su relacion, llevó unas muestras de todo lo mas particular que se hallaba en las tierras descubiertas. El oro con especialidad fue lo primero, como la cosa mas apetecida; algunos naturales de cada isla donde habia fondeado; varios páxaros desconocidos, y otras curiosidades propias para dar una idea de la importancia de sus descubrimientos.

Navegando al este, costeó desde luego la Española para reconocer de paso otros parages de aquella isla. El dia siguiente de haber salido del puerto de la Navidad, divisando á lo léjos un objeto, que le parecia navío, gobernó hácia aquella parte, y se encontró, quando menos lo esperaba, con el honrado Pinzon, á quien habia buscado inútilmente por el discurso de seis semanas; de lo que se alegráron no poco él y su tripulacion.

Pasó Martin Alonso á bordo del navío del Almirante, y procuró disculparse, alegando la fuerza del viento, que le habia obligado á separarse con-

tra su voluntad; y sin embargo de que Colon conocia la futilidad de semejante excusa, usó de indulgencia, inclinándose á ella, no menos por su carácter generoso, que por prudencia. Aparentó dar crédito á los descargos de Pinzon, y le restituyó á su gracia, holgándose sobremanera de no verse ya precisado á fiar la noticia de sus descubrimientos á una sola embarcacion, y esta en mal estado.

FERNANDO. ¿Y ese Pinzon donde se detuvo tanto tiempo?

EL PADRE. Él tambien en la isla Española, para adquirir oro con los rescates, pero en otras partes de la costa; y de consiguiente no hizo ningun nuevo descubrimiento.

LA MADRE. Ea, hijos, para que vosotros tambien tengais motivo de alegraros del descubrimiento de la América, esta tarde hemos de merendar solo con producciones de aquella parte del mundo.

TODOS. ¿Qué han de ser?

LA MADRE. Primeramente una xí-

cara de excelente chocolate.

ALGUNOS. ¿Y luego?

LA MADRE. Un platillo de dulce de....

ALGUNOS. ¿De coco?

LA MADRE. No. De plátano de India.

TODOS. Guapo, mamá, guapo.

EL PADRE. Viva Colon, á quien debemos tantas cosas buenas.

TODOS. Viva, viva.

RELACION VIII.

EL PADRE. Vaya, hijos mios, acompañemos á Colon en su viage de vuelta á España.

ALGUNOS. Vamos pues, papá.

EL PADRE. Impelia ya los navíos, como si los llevase en alas, un vientecillo fresco del oeste, que se levantó muy oportunamente, y la tripulacion alborozada se hallaba ya con el pensamiento en España, entre un tropel de curiosos, admirados con la relacion de las maravillas del Nuevo Mundo.

LA MADRE. ¡Que no pueda yo ponerlos en tierra en un instante, para

que sin mas tardanza se desahoguen, refiriendo sus aventuras!

EL PADRE. Yo tambien de muy buena gana lo haria; pero veo hácia el occidente formarse una tempestad que me hace temblar; y lo peor es que aunque deseo llevarlos á algun puerto, no hay por desgracia tierra alguna entre la Isla Española y la España.

FERNANDO. Sí, señor, ahí estan las Terceras.

EL PADRE. Tienes razon; y pudieran seguramente refugiarse á ellas, si me fuera posible hacer que llegasen á tiempo; pero lo malo es que todavía estan á mas de cien leguas de distancia, y la tormenta se acerca á toda priesa. El cielo se obscurece cada vez mas, y los marineros turbados, aguardando con perplexîdad las resultas, tienen los ojos puestos en el Almirante, que con su acostumbrada intrepidez da las órdenes correspondientes.

Entumécese poco á poco el vasto Océano; las naves corren separadas á

discrecion de las olas, rechinan las xarcias, y cruxen los mástiles con el bramido de los vientos. Ya alternan rápidamente los relámpagos y las tinieblas, suenan á menudo los truenos, y la lluvia á manera de torrente inunda los navíos. La tormenta por fin se declara de las mas furiosas y porfiadas; la atmósfera se muestra encendida, un trueno alcanza al otro, gime el mar con estrépito horrendo, y las frágiles naves, entregadas al arbitrio de las olas embravecidas, ya suben con rapidez á las nubes, ya se sepultan precipitadamente en los abismos. El terror y el espanto se apoderan de las tripulaciones: unos puestos de rodillas con las manos levantadas piden al Cielo, que los libre de aquel peligro; otros descoloridos, sin aliento y sin voz, tienen el aspecto de cuerpos inanimados; y todos por último hacen voto de salir descalzos en procesion y trage penitente á qualquier Iglesia dedicada á María Santísima en la primera tierra á que arriben. Pero parece sordo á sus

clamores el Cielo: continuamente fluctuan entre la vida y la muerte, y cada ola que se levanta juzgan que es la que viene á sumergirlos. En vano emplea Colon con la mayor presencia de espíritu los medios que la prudencia y la práctica le sugieren; en vano procura alentar á los marineros y animarlos á maniobrar, porque ya les faltan enteramente las fuerzas, al paso que la tormenta prosigue con un furor que inutiliza todos los esfuerzos. Conociendo por último que ya no hay que esperar en arbitrio humano, se retira angustiado á su quarto: ¿y qué os parece que haria en él?

ALGUNOS. Encomendarse á Dios.

EL PADRE. Con efecto. Lleno de filial sumision levantó los ojos y las súplicas al Cielo, pidiéndole, no la conservacion de su vida (pues en quanto á esto se puso en las manos de quien se la habia dado), sino solo el feliz éxîto de un designio, que formó al perder toda esperanza de vida.

JUAN. ¿Qué resolvió hacer?

EL PADRE. Nada afligia tanto á este hombre, que preferia la utilidad de sus semejantes á su propia exîstencia, quanto el pensar que de su naufragio resultaria la pérdida de todas las noticias que se proponia traer á Europa, y se malograrian sus piadosos deseos de extender entre aquellos salvages el conocimiento de un Dios único y verdadero. Traspasábale el corazon semejante pensamiento; por lo que puso todo su conato en buscar el modo de evitar esta desgracia, que reputaba por la mayor de todas, y lo intentó de la manera siguiente. De este modo de portarse podreis inferir qual seria la grandeza de ánimo de un hombre, que en riesgo tan evidente de perder la vida, conservaba tanta serenidad y espíritu para tomar una determinacion tan sabia y de tan premeditada execucion.

Escribió en un pergamino las noticias mas importantes acerca de su viage y descubrimientos; cerróle despues con su sello, y puso la direccion

á los Reyes de Castilla, con la oferta de mil ducados á quien se le entregase sin abrir. Envuelto luego en un pedazo de encerado, y cubierto todo de cera, lo metió en una cuba, y lo echó al mar con disimulo, para que no desmayase mas la gente al notar semejante precaucion.

FEDERICO. ¿Con qué fin hizo eso?

HENRIQUE. No me parece difícil acertarlo. Juzgaria que el mar arrojaria la cuba á alguna playa.

EL PADRE. Y que en este caso alguno la encontraria, y despues de haberla abierto, remitiria el envoltorio á su destino. Otro igual puso en otra cuba, que conservó en su quarto para facilitar el hallazgo, si se sumergia la nave mas cerca de la costa de Europa. Ahora os pregunto, hijos mios, ¿quién de vosotros tendria en igual situacion semejante presencia de ánimo?

FERNANDO. Creo que ninguno; á lo menos yo no la tendria.

ALGUNOS. Yo tampoco.

EL PADRE. Pues ¿quereis saber de

qué medios se valió Colon para adquirir tanta entereza?

MATIAS. Nos dará vmd. mucho gusto con decírnoslo.

EL PADRE. Siendo niño como vosotros, quando tenia qualquier disgustillo, ó le sucedia alguna desgracia, se exercitaba no solo en no perderse de ánimo, y en no dexar que el miedo le acobardase, sino en pensar al instante en los medios de evitar ó remediar el mal. Léjos de abandonarlo todo al cuidado de los que le educaban, buscaba él mismo el modo de quedar ayroso, sin necesitar de que otros le ayudasen. Siempre que podia valerse de sí solo, jamas mendigaba auxîlio ageno para qualquiera empresa que traxese entre manos, y aborrecia en extremo aquellos hombres corrompidos, afeminados y desidiosos, que todo lo dexan al cuidado de otros, sin incomodarse para sí, ni para los demas. Con esto, y con tener una vida laboriosa, activa, y al mismo tiempo christiana, adquirió insensiblemente el hábito, no solo

de no aturdirse y no acobardarse en ningun peligro por grande que fuera, sino tambien de aplicarse inmediatamente á discurrir el modo de salir del lance con valor y prudencia. Ved aquí, hijos mios, cómo habeis de gobernaros, si quereis llegar á ser hombres grandes como él.

FERNANDO. Así lo hemos de hacer, papá.

LUISITO. Antonio, mañana no tienes que venir á ayudar á vestirme; yo solo me lo pondré todo: ¿lo oyes?

ANTONIO. No temas que yo te inste para lo contrario.

LUISITO. Sí, sí, yo me vestiré solo: ¿no es así, papá?

EL PADRE. Cierto, si quieres ser otro Colon; pero si tienes ánimo de vivir arrinconado como una miserable vieja, entonces.....

LUISITO. Dios me libre de eso.

LA MADRE. Vaya, con esas digresiones nos apartamos de Colon, y yo estoy en ascuas hasta saber lo que ha sido de él y de su gente.

EL PADRE. Volvamos pues á ellos: mas ¡ay! que su situacion es todavía la misma. Prosigue la borrasca tan furiosa como antes, y para aumentar el horror de la muerte que aguardan de un instante á otro, ha entrado la noche mas obscura de quantas se han visto. Ninguna estrella parece, el cielo y la tierra estan envueltos en espantosas tinieblas, y un solo instante no cesa la furia del viento. En tal conflicto estuviéron fluctuando entre la vida y la muerte, hasta que por fin.....

ALGUNOS. ¡A Dios, pobre Colon!

EL PADRE. Hasta que por fin pasó aquella tenebrosísima noche, y con los primeros rayos del sol la tripulacion, en cierto modo resucitada, divisó tierra á lo léjos.

TODOS. ¡Gracias á Dios!

EL PADRE. No pudo el mismo Almirante determinar desde luego qué tierra seria aquella; pero así que se acercáron mas, halló que era una de las islas de los Azores.

FERNANDO. ¡Por fin ya podrán to-

mar puerto! ¡Qué miedo tenia yo!

EL PADRE. Aunque está la tierra á la vista, amigo mio, aun no han llegado á ella, pues como el viento continúa con fuerza, es muy peligroso acercarse á la costa; por tanto, á pesar del ansia que tenian todos de arribar, se viéron precisados á bordear quatro dias con gran trabajo. La Pinta no parecia, y no era fácil adivinar si habria perecido, ó si Pinzon, aprovechándose segunda vez del tiempo, se habria separado del General, para ser el primero que traxese á España la noticia del descubrimiento. Por último, abonazó algun tanto, y aprovechando el Almirante la ocasion, se acercó á la costa, y dió fondo.

No tardáron los Portugueses en llevar á bordo refrescos, admirándose de que hubiese escapado aquel navichuelo de tan deshecha borrasca, é indagáron de donde venian, y qué direccion llevaban. Informados por otra parte los nuestros de que á poca distancia habia una ermita, dedicada á

la Vírgen Madre, ordenó el Almirante que desembarcase la mitad de la tripulacion para cumplir el voto hecho, encargando á los que iban que volviesen presto, para que pudiese luego hacer otro tanto la otra mitad, quedándose él el último, por estar muy fatigado y dolorido de las piernas. Recibida la órden, desembarcáron los marineros, y descalzos, y en cuerpo de camisa, se dirigiéron procesionalmente hácia donde habian indicado los Portugueses hallarse la ermita.

Esperaba Colon que al cabo de pocas horas darian la vuelta; pero el tiempo iba pasando, y la gente no parecia. Aguardó inútilmente una y dos horas mas, hasta que por fin llegó la noche, sin que se presentase ni un hombre siquiera. Entró con esto en sospecha, y el dia siguiente averiguó con harta admiracion, que mientras los devotos Españoles estaban orando, se habia echado sobre ellos la guarnicion portuguesa de mano armada, y los habia puesto presos.

Irritóse sobremanera Colon por semejante perfidia, y viendo que eran vanas todas sus reclamaciones, juró que no saldria de allí hasta llevarse un ciento de Portugueses, y asolar toda la isla. Surtió efecto esta amenaza, pues inmediatamente se le enviáron diputados con encargo de reconocer los despachos Reales, y exhibidos estos, se le devolvió su gente. Todo lo qual se executó en virtud de que (segun se cree) el Gobernador tenia órden de su Rey de apoderarse de Colon y su tripulacion, probablemente para tenerle en un encierro por toda la vida, y luego sin estrépito tomar posesion de los paises que habia descubierto; pero como le saliese errado el golpe, por no haber desembarcado el Almirante, tuvo por conveniente devolverle su gente, disculpándose con decir que no creyó que eran Españoles.

En este acontecimiento teneis, hijos, otro exemplo de que lo que los hombres miran como desgracia, suele

ser muchas veces un beneficio que Dios nos hace, aunque por nuestro corto alcance no lo comprehendamos. Colon estaba indispuesto; su enfermedad por consiguiente le privaba de la satisfaccion de salir á tierra, y esto era á su entender una desgracia muy grande; pero ¡quánto se engañaba! Este mal aparente era un bien en la realidad; porque si hubiera tenido salud, habria baxado á tierra, le hubieran preso, y pasaria toda su vida en un obscuro calabozo. No es poca dicha pues para nosotros, que nuestra suerte dependa de la mano de Dios, quien aun quando nos envia algun disgusto, siempre es con miras sabias y benéficas.

Muy contento Colon con haber salido con felicidad de tan arduo negocio, se hizo de nuevo á la vela con la esperanza de tocar presto al término de sus afanes; pero el Cielo quiso probar otra vez su constancia.

Sobrevino con efecto otra tormenta de las mas furiosas, en la qual un huracan terrible destrozó las velas, y

puso la nave á punto de perderse. Las olas entumecidas, y encontradas con grande ímpetu, los aguaceros, los relámpagos y truenos espantosos, todo concurria á aumentar el riesgo y la angustia de la gente. En tan penosa situacion, que duró quarenta y ocho horas, divisáron de improviso á cosa de media noche unas rocas, hácia las quales se dirigia la frágil nave: un solo minuto mas que hubiesen seguido aquel rumbo, sin duda alguna se hubiera estrellado; pero la presencia de espíritu de Colon no le abandonó en lance tan decisivo, y mandando birar á toda diligencia, salvó el navío y los que iban en él. Por último, no tardó en conocer que aquella era la costa de Portugal, donde consiguió refugiarse, dando fondo en el Tajo.

Al rayar el dia envió un expreso á Madrid, para informar al Rey de su forzosa arribada, y otro á la Corte de Portugal, pidiendo licencia para adelantarse hasta Lisboa, á fin de reparar los daños padecidos en la pasada tri-

bulacion; y habiendo logrado lo que solicitaba, se hizo inmediatamente á la vela.

Apénas se divulgó en Lisboa la noticia de la llegada de tan admirable navío, acudió al puerto tanta gente, que no solo hervia la costa, sino que el rio estaba cubierto de barcas, pues todo el mundo anhelaba por ver y admirar al ilustre descubridor; y unos daban gracias á Dios por haberle favorecido en tan peligrosa empresa, lamentando otros la desgracia de su pais, que habia despreciado á un hombre tan grande.

El mismo Rey de Portugal no pudo entonces negarle su aprecio, aunque viese con disgusto aumentarse por medio suyo las riquezas y el poder de España; utilidades que él tan inconsideradamente habia desechado poco antes, por dar oidos á perniciosos consejos. Mandó que se le hiciesen todos los honores imaginables; que se le proveyese de quanto necesitaba, y le escribió pidiéndole que pasase á visitarle.

Obedeció el Almirante á tan lisonjera instancia, y á su llegada salió por órden Real toda la Corte á recibirle. El Rey en la conferencia que tuvo con él quiso que hablase cubierto y sentado; y al oir la relacion de sus descubrimientos, manifestó admiracion y pesar. Colon por su parte se complacia interiormente en ver avergonzados, confundidos y deslumbrados por el resplandor de sus hazañas aquellos despreciables palaciegos que antes le habian escarnecido, tratándole de vano arbitrista.

Hízole el Rey los mayores ofrecimientos para atraerle á su servicio; pero todo fue en vano, y aunque le hubiese ofrecido la mitad de su Reyno, no hubiera bastado para hacer que faltase un solo instante á la fidelidad debida á la España, con quien se habia contraido.

LA MADRE. ¡Qué hombre tan noble!

EL PADRE. Habiéndose por fin despedido respetuosamente del Rey, y reparada ya su nave, se hizo á la vela

con direccion al mismo puerto de donde habia salido la primera vez, y el 15 de Mayo de 1493 aportó felizmente á él, habiendo durado su viage en todo siete meses y once dias.

Dexemosle pues ahora que descanse de tantos trabajos, y mañana, hijos mios, tendreis la satisfaccion de verle baxar á tierra.

LUISITO. ¡Qué bueno será eso tambien!

RELACION IX.

NICOLAS. Vamos, papá, haga vmd. que desembarque nuestro Colon.

EL PADRE. Al momento, hijos mios; pero antes conviene que le veais entrar en el puerto de Palos.

Así que se supo que venia, acudiéron todos los habitantes de aquella villa, para cerciorarse con sus propios ojos de la verdad de tan agradable noticia. Y quando viéron efectivamente surto el navío, y tan cerca de la orilla, que podian distinguir sobre cubierta, unos al hijo, otros al hermano, quien

á su amigo, quien á su esposo, entonces fuéron las voces de júbilo con que pobláron el ayre, entonces las dulces exclamaciones, las tiernas lágrimas, y los extremos con que tendian los brazos hácia el mar como para recibirlos.

Saltó en tierra Colon entre el estruendo de la artillería de la plaza, repique general de campanas, y las aclamaciones del pueblo; y léjos de engreirse por tantos honores, su primera diligencia fue manifestar públicamente, que no á él, sino solo á Dios, se le debia la gloria del feliz éxîto de su empresa; en cuya conseqüencia se encaminó incontinenti á la misma Iglesia, en donde antes de salir habia implorado la proteccion del Todopoderoso, y le acompañáron procesionalmente la tripulacion y todo el vecindario.

Cumplida tan sagrada obligacion, se puso en camino para Cataluña.

ANTONIO. Porque la Corte habia pasado á Barcelona.

FEDERICO. ¿Y de Pinzon no se supo nada?

EL PADRE. Sí; pero sobre este particular hablan con variedad los autores. Unos dicen que entró igualmente en el puerto de Palos, poco despues de la llegada de Colon; otros al contrario aseguran, que habiendo desembarcado en Galicia algunos dias antes que él, dispuso pasar á la Corte para ganar las albricias; pero el Rey no le permitió que se presentase, sin ir en compañía del Almirante: resolucion que, segun refieren, causó en él tal sentimiento, que le acometió una enfermedad, de la qual murió en breve.

LUISITO. Dios le tenga en descanso.

FERNANDO. Bien le está, por haber sido tan vano y ambicioso.

EL PADRE. Confiemos en que el Señor le habrá perdonado.

Por todo donde pasaba Colon, hallaba un inmenso gentío que salia al camino á encontrarse con su comitiva, y oia repetir mil veces su nombre envuelto en los mayores elogios. Llegó por fin á Barcelona, donde le aguardaban con impaciencia los Reyes. To-

da la Corte tuvo órden de salir á recibirle obsequiosa, y las calles estaban tan llenas de gente, que apenas podia transitar por ellas, llevando en su entrada el órden siguiente.

Marchaban delante los Indios traidos de las islas recien descubiertas, engalanados segun el estilo de su pais; seguia el oro en planchas, granos y labrado; despues iban unos hombres llevando las muestras de las demas producciones naturales y artificiales del Nuevo Mundo, á saber, algodon, pimienta de una especie superior á la oriental, papagayos colocados sobre cañas de mas de veinte y cinco pies de alto, animales extraños, tanto marítimos como terrestres, páxaros de varias especies, y otras muchas cosas nunca vistas en Europa; y por último cerraba la marcha el mismo Colon, atrayéndose las atenciones del admirado concurso.

Para no escasearle los Reyes honor alguno, le aguardaban en público, sentados en un magnífico trono. Adelan-

tóse el Almirante, y segun estilo quiso arrodillarse; pero se lo estorbó el benigno Rey, levantándose, y dándole su mano á besar; y para colmo de distincion le mandó sentar á su lado en una silla preparada para este fin. Hizo entonces Colon con gravedad y modestia una relacion circunstanciada de sus descubrimientos, y mostró las producciones que acababa de traer, mirándole la Corte y los demas circunstantes con asombro y complacencia.

Acabado el razonamiento, se arrodilláron los Reyes, igualmente que todos los del concurso con singular devocion, y se cantó el *Te Deum* por los Músicos de la Capilla Real en accion de gracias á Dios, por haber reservado á aquellos dias tan memorable acontecimiento, del qual se prometia la España inmensas utilidades. Despues los Reyes colmáron á Colon de honores y distinciones extraordinarias. Confirmáron públicamente las prerogativas que le habian conferido en el

convenio condicional ajustado en Granada; le concediéron la gracia de traer en el escudo de sus armas, juntas con las suyas, las de Castilla y Leon; y el Rey le llevaba á su lado siempre que salia por Barcelona: pero lo que puso el colmo á sus satisfacciones, fue la órden que se dió de disponer una gruesa armada para un segundo viage.

Entre tanto se enviáron Embaxadores á Roma, solicitando que el Sumo Pontífice concediese á la España en propiedad hereditaria, excluyendo á qualquier otra nacion, todas las regiones descubiertas y por descubrir en el Océano occidental; y el Papa, que á la sazon era Alexandro VI, Español, tiró una línea imaginaria de un polo á otro, por un punto situado á cien leguas de las Azores y de Cabo Verde, posesiones portuguesas, declarando que todo lo que se descubriese mas allá hácia el occidente fuese del Rey de España.

ANTONIO. ¿Podia hacer eso el Papa?

EL PADRE. Entonces por lo menos

se creia así. En este intermedio se trabajó con tanto ardor en alistar la armada, que en breve tiempo se hallaron en la bahía de Cádiz diez y siete naves, en estado de dar la vela, y algunas de ellas de mucho porte. Con el deseo de adquirir riquezas y fama, se presentó una infinidad de personas de todas clases para la jornada; pero no pudiendo Colon llevar tanta gente, escogió unos mil y quinientos hombres, cuidando de que los navíos estuviesen bien surtidos de todo lo necesario, así para el viage, como para la fundacion de colonias; para cuyo efecto mandó embarcar instrumentos de todas clases, diferentes ganados y animales domésticos, trigo, arroz, sarmientos, y por fin todo quanto le pareció que podria prevalecer en las nuevas regiones. A las quales en fuerza de la errada opinion de que eran una parte de la India, que se suponia extenderse hasta allá, para distinguirla de esta, que desde entonces se llamó India oriental, se les dió el nombre de

Indias occidentales, porque para llegar á ellas era necesario navegar al occidente.

LUISITO. ¿Con que toda la América se llama Indias occidentales?

EL PADRE. No por cierto. En el dia este nombre solo comprehende las islas del América, situadas en el gran golfo de México.

Concluidos todos los preparativos para la partida, salió la armada de la bahía de Cádiz el 25 de Setiembre. Guió como la primera vez á las Canarias, donde tomó tierra á los ocho dias de navegacion, para proveerse de agua, leña y otros refrescos, y el 14 de Octubre se hizo de nuevo á la vela.

Habiendo tenido los vientos favorables, anduviéron nuestros navegantes, en el espacio de veinte dias, cerca de ochocientas leguas, en cuya travesía les sucediéron tan pocas cosas que merezcan alguna atencion, que sin defraudaros de ningun hecho notable, puedo hacer que desde luego den fondo.

Con efecto el dia 3 de Noviembre surgiéron en una isla, que por ser Domingo llamáron la Dominica.

MATIAS. ¿No es una de las Antillas, ó islas de los Caribes?

EL PADRE. Así es. No hallando en ella puerto cómodo, pasáron á otra, á la qual Colon nombró Mari-Galante. Encontró despues la Guadalupe, isla á quien se dió esta denominacion en obsequio del Santuario y Monasterio de este nombre en Extremadura. Costeando la Guadalupe descubrió y denominó la isla de Monserrate, Santa María la Rotunda, Santa María la Antigua, San Martin y Santa Cruz, con otras inmediatas, á que no consta impusiese nombre.

En la costa de la Guadalupe viéron una montaña elevadísima, y en medio de ella un pico mas alto, del qual se despeñaban varios torrentes de agua con un ruido asombroso. No encontráron habitante alguno, porque todos habian desamparado sus cabañas, huyendo á los montes; y las quadri-

llas que se enviáron á explorar el pais, traxéron á dos muchachos, que por señas diéron á conocer que no eran de aquella isla, sino que sus moradores los habian robado de otra. Acudiéron tambien á implorar el favor de los nuestros seis mugeres, que manifestáron ser cautivas. Por ellas se supo que los habitantes de todas las islas inmediatas discurrian por aquel archipiélago en canoas grandes, cautivando las gentes mansas, para comerse á los hombres, y servirse de las mugeres como esclavas.

Efectivamente halló el Almirante en las otras islas la confirmacion de lo que las seis mugeres, y antes que ellas el Cacique Guacanagarí le habian indicado, acerca de las costumbres belicosas y bárbaras de aquellas naciones. Casi en todas partes fue recibido hostilmente, y encontró rastros de la inhumana costumbre de regalarse con la carne de los prisioneros de guerra. Causaba espanto el ver colgados al rededor de las habitaciones huesos y

cráneos de hombres, que habian sido víctima de tan abominable glotonería. Estos horrores, no menos que el anhelo de socorrer á los Españoles dexados en la Navidad, fuéron causa de que Colon se apresurase por dexar aquellas islas, y mas viendo que eran inútiles quantas tentativas se hacian para entrar en comercio con sus moradores: prosiguió pues sin mas dilacion su derrota hasta el 25 del mismo mes, que dió fondo en una bahía, distante dos jornadas de la Navidad.

Enviáronse á tierra algunos exploradores, los quales volviéron, diciendo que habian encontrado á dos hombres muertos, el uno de ellos con una soga de esparto á la garganta, tendidos los brazos, y atadas las manos á un palo á manera de cruz, pero tan corrompidos, que no acertáron á distinguir si eran Indios ó Españoles.

Turbó semejante noticia el ánimo de Colon, infundiéndole ciertos temores que le tuviéron con mucho desasosiego; y deseando vivamente salir

de dudas, se dirigió en derechura á la Navidad.

Llegado á su altura de noche.....

CARLOTA. ¿Qué quiere decir eso, papá?

EL PADRE. Quiere decir que la esquadra estaba ya frente la costa donde se habia construido el fuerte. Llegado, como decia, á la altura de la Navidad, salió á tierra al instante en una barca; pero ¡quál quedaria, quando en lugar de los Españoles y de la torre halló únicamente algunas ruinas, fragmentos de caxas, y diversos ropages esparcidos por el campo! De esto podia inferir lo demas; sin embargo, en confirmacion de la desastrada suerte de los colonos, se encontráron algo mas léjos hasta once cadáveres con indicios de muerte violenta.

Miéntras todos lamentaban la desgracia de aquellos infelices, y ya la mayor parte discurria en los medios de vengar en los naturales el exterminio de sus compañeros, llegó un hermano de Guacanagarí, quien hizo

una relacion circunstanciada de lo acaecido en la colonia, cuyo resúmen es el siguiente.

Apenas volvió Colon las espaldas, quando los que habia dexado, olvidando sus sabias amonestaciones, quebrantáron al punto las órdenes recibidas. Léjos de mantener en los isleños, por medio de una conducta arreglada á humanidad y justicia, la veneracion en que tenian á los hombres blancos, considerándolos como gente venida del cielo, diéron en cometer tales injusticias y excesos, que los Indios no tardáron en conocer, que no solo no eran mejores, sino mucho mas malos que los de color aceytunado. Fuéron vanos los esfuerzos de su xefe para contenerlos, pues despreciando consejos y amenazas, se negáron absolutamente á obedecerle, y corriendo desbandados toda la isla, no habia violencia ni extorsion que no cometiesen. El parage en que mas á menudo hacian sus correrías eran las tierras del Cacique de Cibao, por motivo de la

mayor abundancia de oro que habia en ellas; por lo qual, hostigado el Cacique, acudió por fin á las armas, y sorprehendiéndolos descuidados y divididos, se apoderó de la torre, y le mandó pegar fuego. Una parte de los Españoles pereció defendiéndola, y otra se ahogó en el mar, intentando salvarse en una canoa.

Añadió el encargado de esta noticia, que conservando siempre su hermano Guacanagarí el mismo afecto á los Europeos, no obstante haber sufrido insultos y vexaciones, habia tomado las armas en favor suyo, y que en una refriega con el Cacique de Cibao habia recibido una herida, de la qual estaba todavía enfermo.

No bien persuadidas las tropas de Colon á que fuesen ciertas estas últimas circunstancias, deseaban furiosamente vengarse en todos los isleños; pero era mucha la prudencia y humanidad del Almirante para conformarse con este dictámen. Al contrario, procuró convencerlas de la necesidad en

que se hallaban, para asegurar una nueva colonia, de restablecer su crédito en la opinion de los naturales, y grangearse otra vez su confianza; para cuyo fin encargó á todos que los tratasen con miramiento, y se portasen con moderacion y cordura.

Pasó en seguida á visitar al Cacique Guacanagarí, á quien con efecto halló echado en una cama colgadiza, en ademan de enfermo. Por lo que toca á la herida, estan discordes los historiadores, pues unos dan por cierto el hecho, y otros refieren que fue puro fingimiento, porque registrado el Cacique por el Cirujano de la armada, le halló enteramente sano. Como quiera que sea, sus expresiones conviniéron con las de su hermano; y para manifestar todavía mas su buena fe, regaló á Colon ochocientas cuentas menudas de piedra, que los Indios apreciaban mucho, cierta gorra con un joyel, y tres calabacitas llenas de oro menudo, en que habria cosa de quatro marcos. Correspondióle el Ge-

neral por su parte con el agasajo de varias buxerías europeas, que fuéron recibidas con mucho agrado.

A pocos dias conduxo Colon su gente á otro distrito mucho mas delicioso y sano que el primero, para fundar cerca de la boca de un rio un pueblo fortificado, en que estuviesen seguros y con comodidad los que dexase en él. Dióse al instante principio á la obra; no permitiendo que nadie estuviese ocioso; y por el concurso de tantos trabajadores reunidos, se acabó en breve tiempo la primera ciudad que fundáron los Europeos en el nuevo-mundo, la qual el Almirante denominó la Isabela, en honor de la Reyna Católica, á quien tenia en grandísima veneracion.

RELACION X.

EL PADRE. Mientras estaban los nuestros ocupados en edificar la nueva ciudad, encontraba Colon á cada paso mil obstáculos, que solo un hombre

de sus talentos hubiera podido vencer. Casi todos los Españoles qué habian pasado á Indias estaban muy poco acostumbrados al trabajo, y por la calidad del clima cálido se les hacian aun mas penosas aquellas fatigas que exîgian actividad y constancia; por lo qual se quejaban amargamente de verse forzados á trabajar; cosa que nunca habian pensado pudiese sucederles. Llegados á aquellas regiones remotas con la cabeza llena de ideas y esperanzas extravagantes, imaginando que hallarian tesoros, y pasarian una vida cómoda y holgada, se les hacia muy duro el tener que trabajar diariamente como jornaleros. Añádase á esto las enfermedades que ocasionó la novedad del clima, de las aguas y de los ayres; la escasez de vituallas que principiaba á experimentarse; el no encontrar el oro amontonado en las mismas playas, como se habian figurado; el teson del General en no permitirles tampoco que fuesen á buscarle, pues estaba empeñado en ver acabada su ciudad antes

de reconocer el interior del pais; motivos todos de disgusto, que aumentándose de dia en dia, paráron por fin en una conjuracion contra el Almirante.

Por fortuna se descubrió la mina antes que reventase; de consiguiente se prendiéron los principales cómplices en la conspiracion, de los quales unos fuéron castigados al momento, y otros se enviáron á España para que se les juzgase; en cuya ocasion suplicó el Almirante encarecidamente al Rey, mandase que sin dilacion se le enviasen víveres y nuevos refuerzos.

Entretanto para tener ocupados á los inquietos y turbulentos, escogió una parte de ellos, con los quales se puso en camino para penetrar en lo interior del pais, siendo asimismo su mira el preocupar con esto los ánimos de los naturales, haciendo alarde del poder europeo. A este fin dispuso que caminase la gente formada en esquadrones, las banderas tendidas, y tocando caxas y trompetas, poniendo sobre todo particular estudio en que ma

niobrase la caballería, que era lo que mas asombraba á los Indios, porque como jamas habian visto caballos, creian desde luego que el bruto y el ginete formaban un solo cuerpo. En este supuesto podeis considerar quan terribles se les figurarian aquellos monstruos mitad hombres y mitad quadrúpedos. Al presentarse los Españoles se refugiáron á sus chozas, y con atravesar á las puertas ciertas cañas, se tenian dentro por seguros.

Habíanse llevado por guias varios Indios del pais de Guacanagarí, los quales cada vez que llegaban á algun bohio, que así llamaban las casas, se entraban sin mas ceremonias, tomando lo que necesitaban, como hubieran hecho en sus mismas cabañas, sin que los dueños les pusiesen obstáculo alguno; de conformidad que podia decirse que todos los bienes eran comunes entre aquellos salvages, que quizá jamas se habian visto; exemplo que deberia corregir nuestra insaciabilidad, y hacer que nos avergonzáramos de ella.

Dirigióse la marcha hácia las ricas comarcas de Cibao, y se halló confirmado lo que los isleños habian dicho de ellas; pues aunque no habia minas abiertas, porque jamas se tomáron los Indios tanto trabajo para adquirir un metal, de que apenas sabian servirse, en todos los arroyos se encontraban hojuelas y granos de oro, arrastrados por las aguas que baxaban de las montañas: prueba evidente de que estas le contenian en abundancia.

Para asegurar la posesion de este distrito, mandó el Almirante construir un fuerte, y despues de haber dexado en el una corta guarnicion, regresó á la Isabela, para dar á la colonia tan agradable noticia. Al llegar encontró las cosas en un estado muy deplorable. Ya se habian acabado casi todas las vituallas; ningunas podia suministrar el terreno, porque aun no habia habido disposicion para cultivarle como era necesario; y tan rápidos progresos habian hecho las enfermedades propias de los paises cálidos é incultos, que

ya no dudaban los colonos, que presto serian víctima del hambre ó de la epidemia. Quejábanse todos de haber cometido una locura enorme en haber sacrificado su bien estar, su patria y salud para ir á morir de hambre y miseria á un pais extraño, y maldecian de los autores de tal infelicidad, sobre todo de aquellas personas, que con ponderarles la excelencia de las nuevas tierras, los habian estimulado á emprender tan peligrosa jornada. El mismo Fray Bernardo Boil, Monge Benedictino, que con grandes facultades se le habia enviado para que entendiese en el bien espiritual de los Indios, era uno de los principales descontentos, y creia que remediaba sus lástimas con declamar sin ninguna moderacion contra el Almirante.

Por fortuna no era esta la primera borrasca que Colon habia padecido. Por su consumada experiencia y los muchos peligros en que se habia hallado, habia adquirido tal entereza y prudencia, que aun esta vez consiguió

atajar la sedicion, y restablecer el sosiego.

Hecho esto, resolvió intentar nuevos descubrimientos, y para el gobierno de la isla en su ausencia formó una junta, de la qual hizo Presidente á su hermano D. Diego.

NICOLAS. ¿El mismo á quien envió á Inglaterra?

ANTONIO. No; aquel se llamaba Bartolomé.

EL PADRE. Cierto. Don Diego era su hermano menor. Colon pues dió la vela con una nave grande y dos pequeñas, gobernando al poniente; y el descubrimiento mas notable que hizo en este viage fue el de la Jamayca.

JUAN. ¿Esa isla que en el dia está en poder de los Ingleses?

EL PADRE. La misma. Llegado á su altura envió al punto las barcas con algunos marineros, para que echando la sonda buscasen puerto; pero les salió al encuentro tal multitud de canoas, y de isleños armados arrojando flechas, que fue preciso darles una

carga de saetazos con las ballestas; y como quedasen heridos seis ó siete de ellos, huyéron precipitadamente los demas, aunque luego volviéron pacíficos á los navíos.

FEDERICO. ¿Cómo? ¿no tenian fusiles entonces los Españoles?

EL PADRE. El uso de las armas de fuego no era todavía general, y así la mayor parte de los soldados se servia de arcos y flechas.

Encontrado por fin un buen surgidero, mandó Colon dar fondo en él para reparar los navíos, y empleó lo demas del tiempo en reconocer el pais, que por la naturaleza del terreno le pareció mejor que la Española, y del qual tomó igualmente posesion en nombre de los Reyes Católicos.

Desde allí volvió á Cuba, con ánimo de averiguar si era isla ó parte del continente; y en esta travesía fuéron tantos y tales los trabajos y peligros que tuvo que arrostrar, que con ellos apenas podian compararse todos los que antes habia superado. Ya se veia

obligado á luchar con furiosas tormentas en los parages mas peligrosos de un mar desconocido; ya se hallaba entre escollos y bancos de arena, en que de un instante á otro podia perecer; ya encallaba en baxos, haciendo al mismo tiempo tanta agua los navíos, que apenas bastaban para tenerlos á nado todos los esfuerzos de las respectivas tripulaciones; ya padecia él y los demas el hambre y la sed, y quando por fortuna conseguia algunos refrescos, era el último en disfrutarlos, pues mas se interesaba en el alivio de sus compañeros, que en el suyo propio; ya tenia que hacer rostro al descontento y á la afliccion de la gente, que en amargas reconvenciones desquitaba los trabajos que padecia baxo su mando, sin embargo de que él participaba generosamente de aquellas mismas privaciones y fatigas. Figuraos pues, hijos mios, á este hombre incomparable, siempre sereno y constante, procurando con el exemplo y las palabras animar á sus desalentados compañeros, y conocereis

por vosotros mismos como es cierto lo que dixo un autor antiguo, esto es, que no hay espectáculo mas magestuoso, que ver á un hombre grande lidiar con la desgracia.

En las diversas veces que desembarcó en la costa de Cuba, supo por los naturales, que con efecto era una isla. En algunas partes halló tal cantidad de aves y mariposas que obscurecian el ayre y quitaban la vista del sol, lo mismo que entre nosotros una tenebrosa tempestad. Por la parte del norte encontró el mar sembrado de isletas, á las quales llamó en comun el Jardin de la Reyna. Navegando entre ellas, vió un dia en una canoa á varios pescadores, cuyo modo raro de pescar merece referirse. Ataban á una cuerda un pez del tamaño de un arenque, el qual echado al mar embestia con las tortugas, pegándosele á un lado con la parte superior del lomo, donde tiene unas puntillas fuertes y agudas; y tirando luego de la cuerda le traian aferrado con la presa. Llamábanle los

Indios guaycan, y nosotros revés, por que de ordinario se coge pegado de espaldas á otros peces, para cuya pesca tambien sirve de anzuelo.

No menos que la industria causó admiracion la serenidad y franqueza de los pescadores, quienes persistiéron en su faena sin hacer caso de nuestras naves, que ciertamente debian ser para ellos un objeto muy extraño; y tomada una tortuga de mas de quatro arrobas, esperáron con gran sosiego á los nuestros, para cederles desinteresadamente el fruto de su trabajo; á cuya generosidad correspondió Colon, mandándoles dar varias de aquellas buxerias, de que sabian que ellos hacian mucho aprecio.

En esta misma navegacion observáron nuestros descubridores un fenómeno, que por su particularidad no debe pasarse en silencio. Halláron con grande asombro en un parage la superficie del mar manchada de verde y blanco; en otro toda blanca como la leche, y en otro tan negra que parecia tinta,

sin que se haya podido averiguar de fixo la causa de semejantes diferencias, aunque se presume que consiste en la calidad de los fondos.

Finalmente despues de un largo y penoso viage, surgiéron de nuevo en otra parte de la costa de Cuba. Aquí se les presentó un Cacique viejo á tiempo que oian misa en la ribera, donde habian dispuesto un altar. Estuvo considerando silenciosamente todas aquellas ceremonias, y así que se acabáron, presentó al Almirante algunas frutas de la tierra; púsose luego de cuclillas á su lado, y con desembarazo y franqueza le hizo un prolixo razonamiento, que los intérpretes explicáron de esta manera. Tú has venido con gran poder á estas tierras que nunca antes viste, y has infundido mucho temor; no obstante sabe, que segun lo que acá sentimos hay dos lugares en la otra vida, donde van las almas: uno horrible y lleno de tinieblas, guardado para los que hacen mal; otro es alegre y bueno, donde se han de aposentar los

que aman la paz de las gentes. Y por tanto si tú sientes que has de morir, y que cada uno, segun lo que acá hiciere, allá le ha de responder el premio, no harás mal á quien no te lo hiciere. Lo que aquí habeis hecho es bueno, porque me parece que es á manera de dar gracias á Dios. Respondiole el Almirante, diciéndole que se holgaba que él y los de aquella tierra creyesen la inmortalidad del alma; y que supiese que era enviado por los Reyes de Castilla, sus Señores, para saber de aquellas tierras, para ver si habia hombres que hiciesen mal á otros, como entendia que lo hacian los Caribes, y refrenarlos, procurando que todos viviesen en paz. Recibió el buen anciano estas palabras con lágrimas de alegría, afirmando que si no tuviera muger é hijos se fuera con él á Castilla; y recibidos algunos regalos, se hincaba de rodillas con ademanes de grande admiracion, preguntando muchas veces, si era cielo ó tierra la patria de tales hombres.

Las fatigas extraordinarias, á que de noche y dia se entregaba Colon, tuviéron por último funestas resultas para su salud. Sobrecogióle un profundo letargo que le privó enteramente del uso de los sentidos; por manera que temiendo los marineros su muerte próxîma, se diéron gran priesa para regresar á la Isabela.

La Providencia entretanto tenia dispuesto en aquella ciudad un remedio, mas eficaz para devolverle la salud, que todos los que podia proporcionarle la medicina. De hecho al llegar se encontró inopinadamente con su querido hermano Bartolomé, que acababa de llevarle de España una parte de los socorros que habia solicitado: doble motivo de consuelo, que con mas facilidad se puede imaginar que explicar.

Habia trece años que los dos hermanos, que por conformidad de inclinaciones y carácter se amaban entrañablemente, se hallaban separados, sin haber tenido noticia el uno del otro; de

lo que podreis inferir quales serian los extremos de gozo con que se abrazáron al verse.

Don Bartolomé, como ya sabemos, habia pasado á Inglaterra para negociar con aquella Corte en favor de su hermano, y efectivamente habia conseguido que se admitiesen sus proposiciones. Ya se venia á España para dar á Don Cristóbal tan agradable noticia, quando al pasar por Francia, supo que este habia executado el proyecto. Apresuró su viage, esperando que aquí encontraria al Almirante, y podria por lo menos tener parte en la segunda expedicion; pero quando llegó á Cádiz, halló que ya se habia hecho á la vela.

Encaminóse á la Corte á instancia de los Reyes, que le recibiéron como merecia un hermano del descubridor de un Nuevo Mundo; luego quando se trató de enviar al Almirante los socorros y refuerzos que pedia, fue nombrado para conductor Don Bartolomé, quien llevado en alas del amor

fraternal, desempeñó la comision con una prontitud increible.

Y á la verdad su llegada no pudo haber sido mas oportuna. Considerando la enfermedad de Colon, y el mal estado de los negocios de la Española, la presencia de un hermano de tanto valor, instruccion y juicio fue sin duda un auxîlio, sin el qual quizá hubieran perecido el Almirante y la Colonia; pero tan inesperada felicidad restableció su salud, proporcionándole al mismo tiempo los medios de precaver la ruina de sus nuevos establecimientos.

Reynaba en ellos el mayor desórden. Las dos terceras partes de los Españoles habian sido víctima de las enfermedades: Pedro Margarít, en quien Colon depositó el mando de las tropas, se habia sublevado, y frustradas sus ideas, se habia embarcado con el Padre Boil, uno de los principales descontentos. Con la ausencia de los xefes, los soldados se dispersáron por la isla, entregándose á toda clase de ex-

cesos; de conformidad, que cansados de sufrir los miserables Indios, pasáron por último del terror á la desesperacion, y supliendo con la multitud la inferioridad de las armas, principiáron á matar Españoles donde quiera que lograban encontrarlos solos, ó en corto número.

Todos estos desgraciados sucesos amenazaban la ruina total de la colonia, que aun estaba en la infancia, mayormente quando ya los Indios, antes tan pacíficos y temerosos, principiaban á abrir los ojos, y á conocer que los Europeos no eran lo que ellos se habian figurado. Instruidos por la experiencia, paráron la consideracion en lo por venir, y viéron que si aquellos extrangeros, desde luego tan venerados, permanecian mas tiempo en la isla, les acarrearian infinitos males, y con especialidad el hambre; porque como á ellos, por su vida indolente é inactiva, no menos que por el calor del clima, les bastaba una corta porcion de maiz ó cazabe para sustentarse,

quedaban pasmados al notar que un solo Español comia, de una vez, mas que quatro de ellos en todo un dia; de aquí resultaba el creer que aquellos hombres eran unos glotones insaciables, que habian ido de tan léjos, únicamente por haber apurado todas las producciones de su patria, y que á manera de insectos se habian visto precisados á buscar en otro pais con que saciar su voracidad; de lo que inferian que los víveres de la isla no alcanzarian á alimentarlos mucho tiempo, y que por consiguiente presto tendrian todos que padecer los horrores del hambre.

Tanto por esta extravagante aprehension, como por las insolencias de los desmandados Europeos, juzgáron que era necesario sacudir un yugo tan insufrible, ó perder de una vez la libertad para siempre. Acaudillados por lo tanto de sus Caciques, tomáron las armas, y mediante la reunion de varios de ellos, formáron un numerosísimo exército.

Esta era la suma de las cosas, quando Colon volvió á la Isabela. Todo estaba en fermentacion; todo indicaba guerra y trastorno. Menos Guacanagarí, que se habia conservado fiel, los demas caudillos de la isla estaban en armas, y determinados á exterminar aquel puñado de gente que los oprimia; para cuyo efecto tenian un exército, que se dice no baxaba de cien mil Indios.

Menos sentia Colon el peligro, á que su vida y la colonia se hallaban expuestos, que el que unos cristianos, mandados por él, se hubiesen grangeado con sus excesos el aborrecimiento de hombres tan pacíficos. Desvanecidas ya las esperanzas que habia concebido de disponerlos, por medio de una conducta exemplar, á recibir la religion de Jesucristo, se vió en la cruel precision de apelar á medios de rigor, haciendo en ellos una terrible carnicería: penosa necesidad para un hombre tan humano y bondadoso como el Almirante.

Visitóle en tan lamentable situacion el constante Guacanagarí, para manifestarle el interes que tomaba en sus desgracias, y ofrecerle su auxîlio. Este fiel aliado de los Españoles, con haberse mantenido amigo suyo, se habia atraido el odio de los demas Caciques; de suerte, que ya por inclinacion y necesidad se hallaba precisado á seguir el partido de los Europeos. Dióle el Almirante las gracias con las mas vivas demostraciones de agradecimiento, y uno y otro pusiéron sus tropas en campaña.

Preparaos pues, hijos mios, para ver en América la primera accion militar, que en cierto modo fue el principio de otras tragedias, que ensangrentáron luego aquel suelo remoto; pero merece una relacion aparte tan notable acontecimiento.

RELACION XI.

El dia siguiente se presentó el padre, manifestando en el semblante una pro-

funda tristeza. Mirábanle todos con atencion, guardando el mas expresivo silencio; hasta que el padre mismo, con voz que indicaba la amargura de su corazon, le rompió, principiando de esta manera.

Para no contristar vuestros ánimos, quisiera, hijos mios, correr un velo impenetrable por encima de algunos hechos relativos al descubrimiento del Nuevo Mundo; pero habiéndome propuesto daros un compendio exâcto y verídico de esta historia, seria faltar á la obligacion de un historiador, que siempre debe hablar con veracidad y desapasionadamente, el ocultar ó añadir por malicia alguna circunstancia. Si los escritores extrangeros, que han tratado de las cosas de América, hubiesen tenido el mismo espíritu de imparcialidad, no hubieran hacinado tantas falsedades y exâgeraciones, manifestando en sus obras, que mas empeño tenian en deslucir y denigrar á una nacion, cuyas glorias en esta parte nadie podrá disputarle, que en publicar

la verdad de los sucesos. Yo no pretendo hacer aquí una apología de la conducta de los Españoles, descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, ni este es lugar á propósito para ello; mas no puedo dexar de exponer á vuestra consideracion, que ningun hecho contrario á la humanidad tuvo la aprobacion del gobierno, cuyos esmeros, órdenes y provisiones se dirigiéron siempre á la felicidad de aquellos naturales. No hay duda de que se cometiéron algunos delitos, y quizá tambien atrocidades; pero ¿qué nacion entonces hubiera procedido con mas rectitud? Las cortas luces de aquel siglo; ciertas máxîmas erróneas; la qualidad de los sugetos que pasaban á América, pues siendo en aquel tiempo una navegacion que se contemplaba muy arriesgada, no eran los hombres de mas moderacion los que la emprendian; las costumbres abominables de algunos de aquellos pueblos, que irritaban el zelo de los cristianos; la inmensa distancia de la Corte, y

por consiguiente la dificultad de averiguar y castigar las maldades, eran todas circunstancias que contribuian á que hubiese excesos, y que muchos quedasen impunes. Sin embargo, á una gran parte de los delinqüentes, que consiguiéron eludir la justicia humana, los alcanzó luego la divina, como lo vereis en el discurso de esta historia, sirviéndoos de leccion los delitos y extravíos agenos, para que comprehendais á lo que pueden llegar la crueldad y el alucinamiento de los hombres, quando se entregan á sus propias pasiones.

Prosigamos pues nuestra narracion. Estaban ya los dos exércitos en procinto de venir á las manos. Por un lado habia cien mil Indios, armados con espadas de madera, cuyos cortes eran de pedernal, palos, chuzos y flechas con puntas de lo mismo, ó de espinas muy duras de pescado: por el otro, al contrario, no parecian mas que doscientos hombres de á pie, veinte caballos, y unos quantos isleños, man-

dados por Guacanagarí: desigualdad ciertamente muy grande; pero suplia el corto número de los Españoles su táctica militar, la calidad de las armas, los caballos, y una quadrilla de veinte perros de presa.

CARLOTA. ¡De perros!

EL PADRE. Sí, porque como todos aquellos isleños iban en carnes, hacian en ellos un horrible destrozo: grande por tanto era el peligro de una y otra parte, y no parecia fácil adivinar qual seria el éxîto de la batalla.

Aguardó el Almirante á que entrase lá noche, considerando que la obscuridad aumentaria el terror, que juzgaba habia de sobrecoger á los Indios al verse acometidos de repente. Dividido su pequeño exército entre su hermano, Guacanagarí y él mismo, embistió por distintos lados á un tiempo; y de tal modo aterráron y aturdiéron al enemigo la gritería, y el furor de los nuestros, el estampido de las armas de fuego, los relinchos de los caballos, y los ladridos de los perros,

que al cabo de muy corta resistencia, huyéron los Indios desordenados, dexando un número inmenso de muertos y prisioneros. No se descuidó Colon en aprovecharse de la victoria, y en pocos meses aquella isla tan poblada se halló enteramente sujeta á los Españoles, sin que ya nadie intentase oponérseles.

LUISITO. Papá, ya no quiero á Guacanagarí.

EL PADRE. ¿Y por qué?

LUISITO. Porque tomó el partido de nuestra gente, declarándose contra los suyos.

EL PADRE. ¿No era por ventura obrar noblemente el mantenerse tan constante en su amistad?

LUISITO. Sí, señor, y por eso me ha agradado infinito; pero tambien estaba obligado á ser fiel á sus paisanos, y quizá mas que á los Españoles; por cuyo motivo, ó no debia tomar parte en la guerra, ó debia tomarla en favor de los Indios.

EL PADRE. ¿Ois, niños, lo que dice

aquí nuestro Luisito? ¿Qué os parece á vosotros?

TODOS. Que tiene razon.

EL PADRE. Yo tambien me inclino á creerlo. Sin embargo, es muy expuesto juzgar de un asunto, del qual se ignora la mayor parte de las circunstancias. ¿Qué sabemos si los Indios faltáron en algo á los Europeos? ¿Si los excesos que estos cometiéron en otros distritos llegáron á noticia de Guacanagarí? ¿Si él contemplaria muy útil á su nacion depender de un hombre tan poderoso, prudente y humano como el Almirante? No digo esto por justificar su conducta, porque jamas hay razon para tomar las armas, y rebelarse contra su propia patria; sino para haceros ver que podria errar con buena intencion, y en este caso mas digno era de lástima que de aborrecimiento. Mas volvamos á Colon.

Este varon ilustre nada ha hecho hasta aquí, que no haya merecido nuestra admiracion, y no nos haya inspirado amistad y cariño á su persona;

pero es hombre, y le toca dar su caida; y ¡oxalá que sus faltas sirvan para enseñaros quanto el hombre, por virtuoso que sea, debe tener cuenta con su corazon y sus acciones, para no dar al fin un paso falso, y tropezar quando ya está para ser coronada su virtud!

No ignoraba Colon, que sus dos enemigos Margarít y el Padre Boil habian llegado á España, y estaba persuadido á que no omitirian medio alguno para desacreditarle en el concepto del Rey, asegurándole que los descubrimientos no eran de ningun provecho. Veia por tanto formarse un nublado, que seguramente descargaria sobre su cabeza, si no acudia con tiempo á disiparle.

El único medio de conseguirlo era enviar á la Corte muestras considerables de las riquezas que él habia prometido con el descubrimiento; y para poder verificar semejante remesa, se vió precisado á imponer á los Indios un exôrbitante tributo. Dispuso que todos los que habitaban las comarcas

donde habia oro, entregarian cada tres meses la cantidad de este metal, que cupiese en un cascabel, y los demas veinte y cinco libras de algodon dentro del mismo término, exceptuando los que no llegasen á catorce años. Una contribucion tan excesiva era mayor que lo que podian pagar los Indios, porque acostumbrados desde la tierna edad á una vida holgada, se les hacia sumamente duro verse forzados á trabajar entonces todo el dia como esclavos, para juntar oro y algodon, producciones que por esta misma causa debian necesariamente disminuirse de dia en dia; pero no habia remedio; la órden estaba dada, y los inexôrables Europeos usaban de todo el rigor para que se cumpliese.

Ahora ya es quando no encuentro la humanidad de Colon.....

FEDERICO. Pero si la necesidad le obligaba, ¿qué habia de hacer?

EL PADRE. ¡La necesidad! ¿Y quál hay tan grande que jamas pueda obligar al hombre recto y virtuoso á se-

pararse de los principios de la justicia y de la humanidad? No debe llamarse virtuoso el que solo cumple con su obligacion hasta que el hacerlo no se opone á sus intereses. Ya os he dicho muchas veces, que la verdadera virtud exîge grandes sacrificios, porque pide que obedezcamos gustosos á sus preceptos, aun quando conozcamos con evidencia que puede sernos dañosa nuestra docilidad, acarreándonos la pérdida de nuestro sosiego, de nuestras comodidades, de nuestro honor, y de nuestra misma vida. De consiguiente, por mas que yo desee justificar á Colon tocante á su actual dureza, no me es posible hacerlo, pues la voz de la verdad, que clama dentro de mi corazon contra su conducta, es mas imperiosa que la inclinacion que me estimula á disculparle; y así no puedo menos de confesar que procedió muy interesadamente y contra la caridad.

LA MADRE. Con todo, no debemos olvidarnos de que los trabajos y una enfermedad sumamente grave habian

debilitado no menos su espíritu que su cuerpo, y que por consiguiente no hubiera sido extraño que su razon no hubiese adquirido aun la acostumbrada energía.

EL PADRE. En efecto dices bien. ¡Con quánta facilidad se nos pasan las disculpas, quando se trata de juzgar á nuestro próximo! A la verdad siento no haber hecho antes semejante reflexîon: esto me enseñará á ser otra vez mas circunspecto; y á vosotros, niños, sirvaos de advertencia mi falta.

La providencia tomada á fin de juntar oro, era para los Indios un yugo insoportable, pues siendo perezosos por naturaleza y costumbre, no podian dar la cantidad de oro y algodon que se les habia impuesto; y como no obstante se les exîgia con el mayor rigor, tomáron por último una determinacion, propia únicamente de hombres desesperados. Escuchad, hijos, lo que discurriéron.

Por la idea que se habian formado de la voracidad de los Españoles, les

pareció, que dexando de sembrar los campos, conseguirian obligarlos por hambre á que abandonasen presto la isla; por cuyo motivo destruyéron las sementeras, retirándose luego á los montes, donde se mantenian con raices y otras frutas silvestres. Sin embargo, los infelices fuéron víctima de su misma astucia, porque no tardáron en experimentar ellos mismos el hambre con que habian intentado aniquilar á los Europeos; de suerte, que una gran parte pereció de necesidad, otra de una epidemia causada por el hambre misma, y los demas quedáron tan débiles y extenuados, que con mucha mas dificultad podian pagar el impuesto con que los habian cargado.

Por lo que toca á los Españoles, no hay duda de que tambien ellos padeciéron bastante de resultas de tan bárbaro proyecto; sin embargo, mediante su trabajo, y un nuevo socorro que les llegó de Europa, se preservaron de una completa carestia, y los Indios perdiéron para siempre la esperanza

de verse libres de huéspedes tan incómodos.

En este intermedio reventó la nube, que se habia formado á lo léjos contra Colon. Llegados á España Margarít y el Padre Boil, exâgeráron la pobreza de las tierras descubiertas, y diéron tales informes de su conducta, que los Reyes no pudiéron menos de concebir algunos rezelos. Determináron por tanto enviar á las Indias occidentales una persona de confianza, con el encargo de escudriñar lo que pasaba en ellas.

Nombróse para esta comision á Juan Aguado, Repostero de capilla de la Casa Real, sugeto en quien no concurrian las calidades necesarias para desempeñar á satisfaccion semejante negocio. Fue propuesto por los enemigos de Colon, seguros de que no dexaria de entrar en liga con ellos, y favorecer sus miras.

Engreido este hombre despreciable en la autoridad de su persona, no bien llegó á la Española, quando prin-

cipió á exercer su oficio con aquel orgullo y tono imperioso, que suelen los hombres colocados en puestos superiores á su mérito. Trató al Almirante con altivez, propasándose á palabras descomedidas, hasta amenazarle con el castigo de la Corte. Oia y alentaba á los descontentos, y ofreciendo remediar agravios, fomentaba chismes y desobediencias á la justicia, siendo su fin principal desacreditar á Colon, y perderle.

Aunque este, como sabemos, era sufrido en extremo, le pareció tan duro el proceder del insolente Aguado, que acordó venir á España, para defender él mismo su causa delante de los Reyes, y deshacer qualesquiera malos informes.

Con este objeto nombró Teniente de Gobernador con título de Adelantado á su hermano D. Bartolomé, y por desgracia dexó por Alcalde mayor de toda la isla á un Francisco Roldan, que habia sido criado suyo; hombre á quien ciertamente no habia de haber

encomendado semejante cargo, por el abuso que luego hizo de él, como veremos mas adelante.

Para hacer el viage con brevedad tomó el camino recto de España. Ignoraba que con esto tardaria mas, y tuvo que aprender, por medio de una fatal experiencia, que esta navegacion está expuesta á mil dificultades, por causa de los vientos generales ó brisas. En el dia todos saben, que para venir de las Indias occidentales es necesario gobernar desde luego al norte, á fin de evitar aquellos vientos, y encontrar despues los favorables.

Bien presto advirtió los inconvenientes de aquella derrota; pero como no estaba hecho á ceder á las dificultades, prosiguió en ella con su acostumbrada constancia. Sin embargo, navegando con vientos contrarios, andaba con tanta lentitud, que á los tres meses de camino se halló todavía en alta mar, sin esperanza de llegar presto al término de tan penosa travesía. Aumentosele el sentimiento al ver que

escaseaban los víveres, tanto que fue preciso limitar á seis onzas de pan la racion diaria de cada persona; y para que nadie tuviese motivo de queja, se sujetó él mismo á esta providencia, como solia hacerlo en iguales circunstancias.

Mas con todo, no bastó semejante disposicion, para evitar que la angustia y el miedo de morir de hambre creciesen hasta los mayores extremos; y en los últimos dias llegáron á tal punto, que algunos, ya desesperados, tratáron de comerse á los Indios, ó de echarlos al mar para no repartir con ellos los pocos bastimentos que quedaban. Contuvo el Almirante semejante fiereza, haciéndoles ver que aquellos desgraciados, siendo hombres como ellos, eran acreedores á los mismos miramientos; hasta que por fin plugo á Dios, que descubriese el término de tantos males, como en efecto sucedió avistando la costa de España.

MATIAS. ¡Gracias á Dios! ¡Qué miedo que tenia!

FEDERICO. Yo tambien estaba asustado por los pobres Indios.

EL PADRE. Alegraos pues de ver otra vez á nuestro amigo escapado de las garras de la muerte; y con esta agradable idea no necesitareis de arrullo para dormir con sosiego.

TODOS. ¡Ay! ¿Con que ya se acabó por esta noche?

RELACION XII.

EL PADRE. Ea, hijos, vamos á ver, sin mas preámbulos, de qué modo esta vez fue recibido Colon en la Corte.

Presentóse delante de los Reyes con no menos entereza que respeto, para defender su inocencia contra las calumnias de sus enemigos. Pero no tuvo necesidad de largas justificaciones, porque su sola presencia bastó para renovar en el ánimo de los augustos Soberanos el antiguo aprecio con que le honraban, y hacer que sintiesen haber prestado demasiado crédito á falsas acusaciones. Sobre todo,

no quedó el mas tenue rastro de desconfianza quando ofreció á la vista las nuevas muestras de las preciosas producciones de las tierras recien descubiertas: de conformidad que los Reyes se esmeráron en indemnizarle con distinciones y mercedes de la especie de agravio que en cierto modo habia recibido.

Ved aquí, hijos mios, cómo el verdadero mérito y la inocencia triunfan presto ó tarde de los esfuerzos de la calumnia. Siempre que el corazon sea puro, no hay que temer mucho las tramas de los perversos: bien puede alguna vez una densa niebla ocultar los rayos del sol; pero ¡paciencia! al fin es forzoso que la niebla se disipe, y entonces vuelve á manifestarse toda la brillantez de aquel astro luminoso. Del mismo modo se muestra la virtud, así que se desvanecen los vapores con que procuraba obscurecerla la envidia.

Desde entonces se aprobó todo quanto propuso el Almirante. Cuyo primer cuidado fue la estabilidad y el

fomento de la colonia fundada en la Española; para cuyo fin envió á ella los socorros de hombres y provisiones que juzgó necesarios. Acordóse tambien á solicitud suya, que pasase al mismo destino un número suficiente de labradores, menestrales de todos oficios, y facultativos, á fin de que la colonia pudiese por sí sola sostenerse.

Todo esto sin duda era muy bueno; pero no lo fue otro arbitrio que propuso, impropio de su cordura. Con el objeto de aumentar la poblacion de la colonia sin detrimento de la de España, aconsejó que se concediese un perdon general á todos los malhechores, con excepcion de unos quantos delitos, con tal que se embarcasen para Indias, á fin de servir allí por dos años los que mereciesen pena de muerte, y por uno los que la mereciesen menor. Adoptóse el consejo, mandando ademas á todos los Tribunales y Jueces, que en adelante á qualesquiera reos de ambos sexôs, dignos de destierro, ó de ser destinados á trabajar en minas,

se les conmutase la pena, destinándolos á la Española por tiempo determinado con proporcion á los delitos. Veamos ahora si acertais el motivo por qué califiqué de desacertado el arbitrio.

ALGUNOS. Yo bien lo sé: yo bien lo sé.

EL PADRE. Vaya, Henrique, dinos tú lo que te parece.

HENRIQUE. Con mucho gusto. Contemplo que el enviar á la colonia semejante clase de gente era aumentar los desórdenes que reynaban en ella: ademas que los tales delinqüentes viciarian poco á poco los buenos, y con el tiempo se convertiria el establecimiento en un pueblo de malvados.

JUAN. Ciertamente; y luego viendo los salvages que entre los cristianos habia hombres tan perversos, no se inclinarian á abrazar nuestra religion.

EL PADRE. Me complazco infinito en ver que me habeis leido el pensamiento. Con efecto, se experimentó luego, que no eran quiméricos seme-

jantes rezelos: mas esto lo veremos mas adelante; por ahora volvamos á Colon.

No obstante las órdenes positivas del Rey, para que se dispusiese con la posible brevedad todo lo solicitado, el armamento se hizo esta vez con muchísima lentitud. Causaban tanta dilacion los contrarios del Almirante, quienes estaban encargados del cumplimiento de las órdenes Reales. Viendo aquellas almas baxas y envidiosas, que ya no podian herir directamente su persona, buscaban todos los medios imaginables para retardar su gloriosa carrera, y por consiguiente procedian con extremada floxedad en todo lo que estaba de parte de ellos. Con esto se pasó un año entero, antes que estuviesen prontas dos naves, destinadas á proveer la colonia de víveres y otras provisiones; y despues de haber salido estos dos transportes, tuvo Colon el sentimiento de tener que esperar otro año, antes que pudiese hacerse á la vela con la corta esquadra en que

debia embarcarse para nuevos descubrimientos.

FERNANDO. ¿Qué especie de embarcaciones son las que se llaman transportes?

EL PADRE. Son unos buques destinados únicamente para llevar de una parte á otra tropa, víveres y otras cosas, sin que con ellos se pueda emprender combate alguno. ¿Y sabes tambien lo que es una esquadra?

FERNANDO. Me acuerdo que nos lo explicó vmd. leyendo la gazeta: ¿no es el conjunto de varios navíos?

EL PADRE. Cierto; y si el número es muy grande, ó comprehende todas las fuerzas marítimas de alguna Potencia, se suele llamar armada. La esquadra de Colon se componia de seis velas.

LUISITO. ¿Pues quántas velas tiene un navío?

EL PADRE. Muchas; pero quando se dice, por exemplo, que una esquadra es de seis velas, no se habla de las velas de lienzo, sino de otros tantos

navíos completos, cada uno de los quales lleva varias de ellas.

Determinó el Almirante seguir en este viage una nueva derrota, con el fin de descubrir aquel continente, que él suponia ser la India. Con este objeto, llegado á las Canarias, continuó la misma direccion hasta las islas de Cabo Verde, descubiertas por los Portugueses. Supongo que no os habreis olvidado de la situacion de estas islas.

NICOLAS. No, señor; estan mas abaxo de las Canarias.

EL PADRE. Perfectamente. Al dexar las Canarias despachó en derechura á la Española tres naves para socorrer la colonia, con órden expresa á los Capitanes de hacer el viage con la posible brevedad. Él con lo demas de la esquadra prosiguió su rumbo, y dexando atras la primera de las islas de Cabo Verde, llamada de la Sal, dió fondo en otra muy pequeña, que solo servia para que acudiesen allí todos los leprosos de Portugal.

ANTONIO. ¿Qué tenia de particular para eso?

EL PADRE. Una quantidad inmensa de tortugas, cuya carne y sangre se contemplaba útil para la cura de aquella enfermedad, comiendo la una, y lavándose con la otra. Fuera de esto, y de una infinidad de cabras que habian multiplicado en extremo de solo ocho de ellas que llevó allá un Portugues, no producia la isla cosa alguna; por cuyo motivo toda su poblacion consistia en seis ó siete vecinos, que pasaban una gran parte del año sin comer pan, ni beber vino, manteniéndose solo de carne cabruna, pescado y tortugas.

Desde allí prosiguió Colon navegando al sur, con ánimo de no volver la proa al oeste hasta llegar á la línea equinoccial, que es, como ya os he enseñado, aquel círculo imaginario que divide el globo de la tierra en dos partes iguales. Pero llegado á los cinco grados de latitud septentrional..... Me figuro que comprehende-

reis lo que quiere decir esto.

FERNANDO. Sí, señor: que ya solo distaba de la línea ó equador cinco grados, ó por otra cuenta cien leguas, que son las que caben en los cinco grados.

EL PADRE. Muy bien. Llegado pues á esta altura, calmáron de pronto los vientos, y sobrevino tal ardor, que parecia iban á quemarse las naves. Los víveres se asaban y podrian, reventaban las vasijas, saltaban los aros de los barriles, y se derramaban el agua y los demas líquidos; de suerte, que consternada la gente, estaba en un contínuo temor de que se encendiesen los navíos: otra situacion peligrosa en que se halló nuestro amigo Colon.

Pero lo que sin duda aumentaria su afliccion, y la angustia de sus compañeros, fue el verse acometido de la gota, penosa dolencia de que enfermó por velar mucho, y trabajar demasiado. ¿Qué os parece, hijos, del estado del pobre Almirante? ¿No causa lástima verle atormentado de agudos do-

lores, afligido en extremo al pensar que su gente iba á ser víctima de los ardores del sol, y sin tener siquiera una gota de agua con que refrigerarse?

Por último, conmovió al Cielo la suma de tantos males. Principió en efecto á llover con tanta abundancia, que los marineros apenas podian parar sobre cubierta; y aunque menguó muy poco el calor, tenian á lo menos con que templar el ardor excesivo que los aquejaba. Cesáron al mismo tiempo las calmas, y con esto volvió la esperanza á los corazones de la abatida tripulacion; á cuyas instancias cediendo luego el Almirante, desistió del designio de proseguir navegando al sur, y mandó gobernar al poniente.

Con esta direccion habian caminado ya varios dias, quando un marinero subido casualmente á una gavia anunció tierra. Tan dulce voz fue una música celestial para los oidos de los marineros hambrientos y cansados, que luchando con infinitos males, habian estado entre mar y cielo por largo

tiempo en duda de su suerte. La tierra avistada, que era una isla, tenia la figura de tres mogotes, lo que dió motivo á Colon de cumplir con su propósito, llamándola la Trinidad, nombre que ha conservado siempre. Miradla aquí en el mapa, no léjos de donde desemboca el gran rio Orinoco.

HENRIQUE. ¡Ola! ¿Donde hay ciertas monas muy tontas?

EL PADRE. ¿Qué monas son esas?

HENRIQUE. Unas que se dexan coger de un modo sumamente raro.

EL PADRE. ¿Cómo es eso? Vaya, dinos algo sobre el particular.

HENRIQUE. Colocan los cazadores debaxo de qualquier árbol donde hay monas unos vasos de boca muy angosta, llenos de maiz. Así que se apartan, baxan al punto las monas, corriendo á meter en el vaso la mano, con la qual agarran un puñado de aquel grano; y como tienen el puño cerrado y lleno, ya no pueden sacarla. Vuelven en esto los cazadores, ¿y os figurais por ventura, que entonces las monas abren

el puño para echar á huir? Pues nada de eso: son tan torpes y golosas, que mas bien se dexan prender ó matar que soltar la presa.

LA MADRE. ¿No te parece á tí, Federico, que los tales animalitos son unos grandes majaderos?

FEDERICO. Seguramente.

LA MADRE. ¿Y aquí no hay de esa clase de monas?

FEDERICO. Aquí no, señora.

LA MADRE. De quatro pies cierto que no; pero si algun niño fuese igualmente tan gloton, que quisiese estragarse el estómago, y sufrir luego enfermedades, mas bien que moderar su gula, ¿qué juzgarias de él?

FEDERICO. Ya estoy, mamá, ya estoy en lo que vmd. quiere decir; mas le doy mi palabra aquí en presencia de todos, que no volveré á ofrecerle motivo para que tenga que reprehenderme.

EL PADRE. Eso va bien, Federico; y si quieres llegar á ser un hombre de provecho (que es á lo que debes as-

pirar), es necesario que principies desde luego con despreciar las golosinas, acostumbrándote á alimentos sanos y comunes: estos crian buena sangre, y aumentan las fuerzas; al contrario de los manjares delicados, que solo sirven para enervarnos, y estragar la salud. Prosigamos nuestra historia.

Es tanta la violencia con que el Orinoco desagua en el mar en las inmediaciones de la Trinidad, que es muy expuesta la navegacion por aquella parte. Allí choca la corriente del rio tan furiosamente con las del mar, que las olas se aglomeran á manera de una encumbrada loma, y el navío que tiene la desgracia de caer en aquella especie de remolinos corre gran riesgo de quedar destrozado. Halláronse los de Colon, antes de advertirlo él, en aquel temeroso campo de batalla en que peleaban las aguas, y levantados rápidamente á lo mas alto de la loma, estuviéron á pique de perderse, con indecible turbacion y susto de la

gente. Fue necesaria toda la pericia del Almirante, para zafarse de tan peligroso estrecho, que denominó la boca del Drago, á distincion de otro igual, por donde tambien con gran peligro habia entrado antes, nombrándole la boca de la Sierpe. Ved aquí el primero en el mapa, entre la Trinidad y la costa de Cumaná, que, como sabeis, es parte de tierrafirme.

ANTONIO. ¿Luego Colon descubrió tambien el continente de la América?

EL PADRE. No hay duda; y él mismo estaba persuadido á que aquella tierra no podia ser una isla, viendo salir de ella y descargar en el Océano un rio tan caudaloso como el Orinoco.

ANTONIO. ¿Por qué pues no se llamó el Nuevo Mundo Colonia ó Colombina con relacion á su nombre?

EL PADRE. Esta á la verdad es una injusticia, que de ningun modo debia cometer con él su siglo; pero lo hecho hecho: en el dia ya no hay remedio.

CARLOTA. ¿Y por qué se le dió el nombre de América?

EL PADRE. Eso lo veremos mas adelante: por ahora no perdamos de vista los navíos de Colon.

El qual en la firme inteligencia de que habia alcanzado el continente del Nuevo Mundo, anduvo costeando largo trecho al oeste, y tomó tierra diferentes veces. Halló á los moradores muy parecidos á los de la Española, aunque mas blancos, y en general de mas ingenio y policía. Ademas de las planchitas de oro, con que se adornaban igualmente que aquellos, llevaban buenas perlas, que trocaban gustosos con buxerías europeas. Un dia uno de ellos se acercó al Almirante, y quitándole sin mas cumplimientos una gorra de terciopelo carmesí que llevaba, se la puso él en la cabeza, colocando en la del Almirante en retorno una corona de oro, que se quitó con la otra mano: pareciéndole á Colon que sería algun Cacique, mandó tratarle con distincion.

Llevaban estos Indios los cabellos largos y arreglados al uso de Castilla;

traian la cabeza atada con un pañuelo de algodon de varios colores, y otro ceñido, con que se cubrian en lugar de pañete: sus armas eran arcos, flechas y rodelas.

De buena gana se hubiera detenido el Almirante á reconocer el interior del pais, si el mal estado de las naves, y sus dolencias no le hubiesen obligado á dar presto la vela para la Española. En el camino descubrió la isla de la Margarita, importante ahora por la pesca de perlas establecida en ella. Miradla aquí en el mapa.

Cansado de tan continuos trabajos de espíritu y de cuerpo, y molestado de enfermedades, aportó finalmente á la colonia, esperando descansar de tantas incomodidades y cuidados: mas ay!... pero ya basta por hoy.

RELACION XIII.

EL PADRE. ¡Ay, que el tiempo del descanso aun no ha llegado para el pobre Colon! Al contrario, allí donde

contemplaba que encontraria algun reposo, le aguardaban nuevas penas, nuevos trabajos y nuevos peligros, capaces de abatir al hombre de mas entereza y constancia. Veamos, pues, quales fuéron, y la conducta que observó Colon para hacerles frente.

En su ausencia, su hermano Don Bartolomé habia llevado la colonia de la Isabela á otra comarca mejor, donde fundó una ciudad, que del nombre de su padre llamó Santo Domingo. Este pueblo, que aun en el dia está muy floreciente, ha sido largo tiempo uno de los mas considerables de las Indias occidentales, y de quien luego tomó la denominacion toda la isla.

Establecida ya la nueva colonia, partió D. Bartolomé con una parte de su gente á reconocer las provincias adonde no habia penetrado su hermano, dexando en Santo Domingo el resto de la tropa con el Alcalde mayor Roldan, el qual pagó la confianza con una detestable ingratitud.

Habia tiempo que este malvado

buscaba la ocasion de destruir á los Colones, y alzarse con el mando. Pareciéndole que se la ofrecian la partida de D. Bartolomé y la ausencia del Almirante, trabajó quanto pudo para aprovecharla, procurando sublevar á los Españoles que habian quedado, contra D. Bartolomé, y D. Diego Colon, su hermano menor, á quien antes de salir habia dexado en su lugar. Valióle tanto la maña, que la mayor parte se declaró por él; reconocióle por xefe, y tomadas las armas públicamente, no solo se apoderáron de casi todos los víveres y provisiones, sino que tambien intentáron tomar la fortaleza por asalto. Malogróseles el proyecto por la vigilancia de su Alcayde Miguel Ballester, y de resultas tuviéron que ir á establecerse á otra parte de la isla, donde pusiéron por obra quantos medios les ocurriéron, para atraer á su partido á los naturales, y de tal suerte lo consiguiéron, que en poco tiempo toda la isla se volvió un teatro de sublevacion.

En este estado deplorable de cosas se hallaba la tierra, en que Colon pensaba descansar: juzgad, hijos mios, si podria hacerlo.

Para mayor sentimiento, supo con harta admiracion, que no habian llegado los tres navíos, despachados desde Canarias con víveres; de lo que se inferia que hubiesen perecido.

A la verdad no padeciéron esta desgracia; pero para Colon fue lo mismo, ó quizá peor, que si efectivamente se hubiesen perdido. Desviados del rumbo por los temporales y las corrientes, despues de haber navegado mucho tiempo á la ventura, aportáron por fin al parage donde estaba Roldan y sus compañeros, viviendo con el mayor desórden.

Encubriendo el astuto rebelde la desobediencia en que se mantenia, tuvo arte para hacer que desembarcase parte de la gente, á fin de conducirla, segun decia, á Santo Domingo; y siendo los mas la escoria de las cárceles de España, no bien supiéron el verdade-

ro designio de Roldan, quando se agregáron gustosos á su partido, esperando que encontrarian qué robar: ved aquí el primer fruto del inadvertido consejo de Colon.

Pocos dias despues de su llegada, fue quando se presentáron los tres navíos en la rada de Santo Domingo; pero sin que pudiesen serle de mucho alivio, porque ya habian consumido casi todos los víveres sacados de España, y la mayor parte de la gente, como hemos visto, se pasó luego á los rebeldes. Con esta superioridad engreido el insolente Roldan, se burlaba descaradamente de la debilidad del Almirante. El qual justamente irritado, si solo hubiera dado oidos á su enojo, puesto al frente de los pocos soldados que se habian mantenido leales, hubiera acometido á los traidores, prefiriendo mas bien morir en la tentativa de castigarlos, que sufrir con inaccion una ofensa tan grande en menoscabo de su decoro.

Pero para bien de la colonia, que

experimentaba semejante contratiempo, quando aun no estaba consolidada, tuvo Colon bastante generosidad para dominar sus pasiones, y tener presente, no lo que le aconsejaba su justo resentimiento, sino lo que exìgia la utilidad pública. Horrorizándose con la idea de una guerra civil, determinó no hacer caso de su agravio personal, y procurar al contrario reducir con medios suaves al ingrato Roldan y á sus sequaces.

A este fin hizo publicar un indulto general, ofreciendo el perdon á todos los que quisiesen volver á obediencia: igual ofrecimiento se hizo á Francisco Roldan en particular, añadiendo que se le confirmaria en el mismo empleo que antes tenia. En fin, despues de muchas y penosas negociaciones, consiguió, mediante esta condescendencia, lo que deseaba, y tuvo la satisfaccion de atajar tan peligroso motin, sin derramar una gota de sangre.

Concluido este negocio, trató de despachar navíos á España, para remi-

tir á la Corte los procesos fulminados contra los sediciosos. Otros habia enviado antes con la relacion del nuevo descubrimiento, y un mapa exâcto de la derrota que siguió en el viage, y un diario en que iba expresado lo mas notable de la expedicion, añadiendo muestras de los frutos y efectos de la tierrafirme, que consistian en perlas, pedacitos de oro, y telas de delicado texido y diversos colores. No omitió informar á los Reyes de la sublevacion de Roldan y sus compañeros, quienes para justificarse escribiéron tambien contra el Almirante, acumulándole tantos delitos, que sus émulos tuviéron bastante materia para indisponerle con el Rey; al qual alucináron de tal manera, que llegó á dar mas crédito á la relacion de los rebeldes, que á la de Colon, aunque por boca de este hablaba la verdad, y por la de aquellos la mas infame calumnia.

Pero es necesario, hijos mios, que nos detengamos aquí algun poco, para dar una ojeada á otra parte del mun-

do, en la qual, mientras estábamos ocupados en las Indias occidentales, sucedian igualmente cosas muy notables.

Arrepentido el Rey de Portugal de no haber admitido los ofrecimientos de Colon, sintió demasiado tarde haberse engañado respecto de un hombre tan grande. Empeñado por lo tanto en reparar en algun modo su error, determinó no ahorrar gastos ni fatigas, á fin de hallar al rededor del Africa el camino de las Indias orientales, buscado desde tanto tiempo. Con este objeto mandó alistar una esquadra, cuyo mando confirió á un experto y hábil navegante, llamado Vasco de Gama.

Opusiéronse á tan ardua empresa dificultades que parecian insuperables; pero Gama por fortuna habia nacido, así como Colon, con todas las calidades de un hombre grande, y del mismo modo que él, jamas desistia de sus proyectos, por grandes que fuesen los obstáculos que encontrase. Presentóle en vano la costa desconocida del Afri-

ca largas cordilleras de rocas, escollos y baxíos; en vano vibró el sol ardentísimos rayos contra sus navíos, amenazando incendiarlos; en vano los vientos y las tempestades intentáron arredrarle con sus furores: á todas estas dificultades opuso una intrepidez inflexible, y venciéndolas felizmente, alcanzó por fin la punta mas meridional del Africa, que es la que se llama el Cabo de Buena Esperanza. Mas esto para un hombre de unas ideas tan vastas como las suyas, no fue sino un punto de descanso. Con efecto, pasó mas adelante, y costeando el Africa por el lado opuesto, llegó á Melinda, que, como podeis verlo en qualquier mapa, está situada en la costa del Zanguebar.

Causóle una admiracion agradable el encontrar de improviso, en vez de salvages como los que hasta allí habia hallado en todo lo largo de la costa del Africa, una nacion civilizada, y que en muchas cosas se asemejaba ya á los habitadores del Asia. Tenia un comercio muy grande con los extran-

gëros, profesaba la ley mahometana, y conocia algunas artes que solo tienen uso entre pueblos cultos.

Confiando Gama en vista de esto, que su empresa tendria un éxîto feliz, se hizo de nuevo á la vela, y el 22 de Mayo de 1498 tuvo la felicidad de conseguir el fin de sus deseos, alcanzando la costa de la India.

FEDERICO. ¿Y á qué parage aportó?

EL PADRE. A Calicut.

HENRIQUE. ¡Ola! en la costa del Malabar.

NICOLÁS. En la península, al lado de acá del Gánges.

EL PADRE. Con efecto. Quedó Gama admirado al ver las grandes riquezas de aquel pais, la regularidad de su gobierno, y las costumbres blandas de los naturales: pero por desgracia nada llevaba que pudiese trocar con los ricos géneros de aquella tierra, pues las buxerías, que tanto apetecian los salvages, no llamaban la atencion de estos Indios; por cuyo motivo no se detuvo allí mucho tiempo, y se dió

priesa para volver á Europa, á fin de llevar al Rey su amo la agradable noticia del feliz éxîto de su empresa.

De esta manera, mientras descubria Colon el Nuevo Mundo, se iba enlazando mas estrechamente á la Europa, por medio de la navegacion, otra parte del globo, que aunque conocida, muy poca utilidad habian sacado de ella los Europeos. Desde entonces principiáron á fluir copiosamente en el reyno de Portugal los inagotables tesoros de la India; y no dexó de excitar alguna envidia en los Españoles el ver á sus vecinos dueños de tantas riquezas, quando ellos de todos sus descubrimientos aun no habian sacado siquiera los gastos.

Con esto empezó á difundirse insensiblemente el deseo de descubrir. Reyes, Repúblicas, Nobles y Plebeyos, todos quisiéron probar fortuna, y diéron en armar navíos, para hacer, ó contribuir á que se hiciesen descubrimientos. Entre otros, cierto Alonso Ojeda, el qual habia

acompañado al Almirante en su segundo viage, consiguió que algunos comerciantes de Sevilla armasen quatro navíos, y le concediesen el mando de ellos para salir á descubrir. Lográron las licencias correspondientes, sin que sobre ello se consultase á Colon, cosa contraria á lo que habia tratado con la Corte. Dióselas firmadas solo de su nombre el Obispo de Badajoz, Juan Rodriguez de Fonseca, que ya estaba cerca de los Reyes, y proveia lo tocante á Indias. Y no contento este enemigo declarado del Almirante con agraviarle de esta manera, tuvo la baxeza de comunicar á Ojeda, para su instruccion, el diario y los mapas que él habia remitido á la Corte.

Acompañó á Ojeda un Italiano, llamado Americo Vespucci.....

ALGUNOS. ¡Oh! ya tenemos alguna noticia de él.

EL PADRE. Pues este adquirió tanto crédito entre sus compañeros, que en todo prevalecia su dictámen, mas bien que el de Ojeda. Y siguiendo el

mismo rumbo que Colon, aportó igualmente á la costa de Paria, donde salió á tierra diferentes veces á contratar con los naturales. Anduvo luego costeando largo trecho, para averiguar si aquella tierra era isla ó continente; y así que hubo andado lo necesario para cerciorarse de que era tierra firme, volvió ufano á España, donde encareció tanto su expedicion, que hizo pasar por descubrimiento lo que en realidad solo era una confirmacion del que mucho tiempo ántes habia hecho el Almirante.

El hombre verdaderamente grande (notad bien, hijos, lo que os voy á decir), léjos de ser fanfarron, se contenta con executar las acciones recomendables, sin importársele que lleguen ó dexen de llegar á noticia de los demas.

Tal fue la conducta de Colon: él habia remitido á la Corte el diario de sus viages, únicamente para su inteligencia, sin que jamas le pasase siquiera por la imaginacion darle al público

por medio de la imprenta. Vespucci, por lo contrario, hombre vano y ambicioso, no bien llegó á España, quando puso el mayor conato en vociferar sus hechos, y extenderlos por todo el orbe, forjando sus relaciones con tanta maña, que los que las leian no podian dexar de persuadirse que él habia sido el primer descubridor de la Tierrafirme. Nadie sabia en Europa ser esto falso, sino aquellos pocos que habian leido el diario manuscrito de Colon; pero siendo casi todos enemigos suyos, buen cuidado tenian de no desvanecer semejante error. De esta manera, el hombre, á quien únicamente se debe el descubrimiento de la quarta parte del mundo, quedó privado del honor de que se le impusiese su nombre, y desde entonces se la denominó América, con relacion al vano y presuntuoso Americo.

TODOS. ¡Qué injusticia!

EL PADRE. Seguramente; pero sírvaos de alguna instruccion semejante particularidad. Inferid de aquí qué in-

justicias puede temer un hombre grande de sus contemporáneos. A veces no le conocen, tampoco es dificultoso que le aborrezcan, y sucede amenudo que hombres indignos y despreciables le usurpen el premio de sus virtudes. Si vosotros pues, quereis, como lo espero, distinguiros algun dia en la carrera que el Cielo os destinare, os advierto que jamas conteis con el aplauso del público, ni con las recompensas de las potencias de la tierra; sino que busqueis únicamente la aprobacion de Dios, remunerador de las buenas obras, el qual, viendo en secreto la rectitud de vuestras acciones, os dará luego á la faz del orbe el galardon que os corresponda, pues en el gobierno de Dios no entra la injusticia: allí tarde ó temprano todo sale á luz, y entonces cada uno recibe lo que ha merecido; de lo qual teneis un exemplo patente en el mismo suceso que estoy refiriendo. ¿De qué le sirvió á Americo Vespucci el que injustamente se diese al Nuevo Mundo su nombre, y no el de Co-

lon? ¿Le resulta acaso mas honor que á este? Al contrario, ¿no es despreciado precisamente por esta misma razon? ¿No es mayor por ventura el afecto que profesamos en el dia á Colon, por lo mismo que sus contemporáneos no hiciéron caso de él? Y si no, decidme vosotros, si hubieseis de ser uno de los dos, ¿á quien daríais la preferencia?

LUISITO. Yo quisiera mil veces mas ser Colon.

HENRIQUE. Y yo tambien, aunque nunca se hubiesen llegado á saber mis hazañas.

TODOS. ¡Oh! yo tambien, yo tambien.

EL PADRE. Con que ya veis, hijos, que la virtud, aunque quede sin premio visible, no dexa de ser amable y deseada.

Desde esta época se emprendiéron viages y mas viages para descubrir nuevas tierras; pero no os haré relacion de ellos, porque seria apartarme demasiado de nuestro Colon, á quien alcanzarémos despues de la bre-

ve digresion que se sigue.

El camino para la India oriental, descubierto por Vasco de Gama, llamaba la atencion del Rey de Portugal. El qual, queriendo sacar provecho de tan útil descubrimiento, mandó armar una esquadra, cargada de todo género de mercaderías, para hacer un comercio lucrativo. Confirió el mando de ella á Perálvarez Cabral, quien por huir de la costa de Guinea, en donde hay grandes calmas, se metió mucho á la mar, cargando á la mano derecha hácia el sur, para poder doblar mejor el Cabo de Buena Esperanza; y habiendo ya un mes que navegaba, metiéndose siempre mar adentro, el 24 de Abril de 1500, con grande admiracion suya, se halló delante de la costa de una tierra de mucha extension, que desde luego conoció ser mas que isla. ¿Quién de vosotros es capaz de acertar qué pais era aquel?

MUCHOS DE UNA VEZ. La América meridional.

EL PADRE. Pero ¿qué provincia?

NICOLAS. Me parece que el Brasil.

EL PADRE. Con efecto, el rico, el hermoso Brasil fue lo que tan accidentalmente descubrió Cabral. Al momento tomó posesion de él en nombre de su Rey, y despachó un navio á Lisboa para comunicar á la Corte tan agradable noticia.

De esta conformidad las partes de la América se fuéron descubriendo una tras de otra, y se manifestó, por consiguiente, quan seguros habian sido los principios, sobre los quales la penetracion de Colon habia fundado sus conjeturas. Volvamos pues á este primer autor de tantos y tan notables descubrimientos, á quien dexamos en la Española, en situacion bastante lastimosa: pero al querer principiar á hablar de él, se me anuda la voz en términos, que es forzoso que suspenda la relacion; y vosotros mientras aguardais, preparaos á derramar lágrimas de compasion y ternura.

RELACION XIV.

Dispuestos ya los niños, con motivo de las últimas palabras de la anterior relacion, á oir algun triste acontecimiento, aguardaban con ansia la continuacion, quando el padre con voz blanda comenzó á hablar de esta manera.

A veces, hijos mios, permite la sabia Providencia, por sus miras benéficas algunas cosas, cuya causa nosotros los ciegos mortales no alcanzamos á penetrar; pero cien mil exemplos, que cada dia se presentan, dan á conocer á qualquiera que los medite con reflexîon, que en todos los acontecimientos solo tiene en vista el bien de sus criaturas. Si algun dia pues nos sucediere alguna cosa, de la qual no pudiésemos comprehender el motivo, guardémonos bien de dudar que los fines de la santa Providencia sean los mas rectos y piadosos.

Yo, queridos hijos, he vivido ya

bastante tiempo, y he visto y experimentado no pocas vicisitudes: si he logrado dias venturosos, los he tenido tambien muy aciagos. No pocas veces, viéndome acometido de algunos males, en el delirio de mi estupidez solia exclamar: ¡Dios mio! ¿por qué me obligas á que camine por una senda llena de malezas y abrojos? ¿por qué otros, quizá peores que yo, son tan felices, al paso que yo sufro tantos disgustos? Tales eran las indiscretas preguntas de mi corazon, á las quales no habia quien respondiese; pero llegó por fin la deseada respuesta, pues sufriendo con resignacion mis infortunios, y confiando en la divina Bondad, vi cambiarse todo, quando menos lo esperaba. Disipóse á manera de sueño la noche de las tribulaciones, y un sol de inesperado júbilo rayó de nuevo para mi alma. ¡Gran Dios! ¿dónde hallaré expresiones para encarecer dignamente tu bondad? Sabed (y esto quede grabado para siempre en vuestros corazones) que lo que en mis pe-

nas miraba como la mayor desgracia que podia sucederme, era justamente el medio de que, sin saberlo yo, se valia la Providencia para mejorar mi suerte. Entonces fue quando prorumpí interiormente en estas expresiones: Sucédame en adelante lo que me sucediere, sea áspero quanto quisiere el camino por donde me lleva mi Dios, jamas me quejaré de sus disposiciones; antes al contrario, estaré en la firme inteligencia de que Dios, que todo lo sabe, sabe igualmente, mejor que yo, lo que me conviene, y que su bondad todo lo dirige al bien de las criaturas. Creed, amados hijos, (y sean prueba de mi verdad las lágrimas de gozo que me inundan el rostro siempre que hablo de esto) que solo desde que principié á tener esta confianza en la divina Providencia, fue quando llegué á experimentar, así en próspera como en adversa fortuna, lo que es verdadera felicidad.

Aquí el padre con las manos juntas suplicó fervorosamente á Dios, á

fin de que se dignase infundir tambien igual confianza, así en el corazon de los niños que estaban oyendo esta historia, como en el de los que algun dia la leyesen, y luego continuó en estos términos:

He juzgado necesario principiar esta relacion con las reflexîones expuestas, para anticiparme á una pregunta que pudierais hacerme; esto es, ¿por qué permitió Dios que el virtuoso Colon padeciese tantas desgracias? Ninguno hay tan temerario que se atreva á responder á esto: quien pudiera hacerlo en el dia es el mismo Colon, el qual sin duda está actualmente dando gracias al Señor, por haberle encaminado, por medio de mortificaciones pasageras, al goce de una eterna felicidad; pero nosotros, que aun no vemos las cosas con los ojos del alma, no intentemos propasar los límites señalados á nuestro corto alcance; adoremos los juicios incomprehensibles de la eterna Sabiduría, y guardemos un profundo silencio.

Aunque Colon, como sabemos, habia atajado la insurreccion excitada en la Española, no habia podido conseguir una tranquilidad general y duradera. El descontento y la discordia fermentaban encubiertos; y sin embargo de que Roldan, en apariencia, se habia avenido á la razon, no dexaba de aprovechar todas las ocasiones para denigrar en la Corte al Almirante y su conducta. Además de esto, la autoridad de Colon habia padecido mucho, por motivo de su indulgencia que se reputaba por debilidad, y las resultas fuéron el que hubiese nuevos levantamientos, ya en una, ya en otra Provincia; lo qual no le dexaba un momento de tiempo para justificarse, y proseguir su vasto plan de descubrimientos. Veíase precisado, igualmente que sus hermanos, á estar siempre con las armas en la mano, y nuevos cuidados molestaban cada dia á un hombre, que extenuado y consumido por los continuos trabajos y pesadumbres, tenia derecho para pretender al-

gun descanso.-Esta era su situacion en la isla Española.

Pero menos expuesto no estaba en otra parte á los tiros de sus enemigos. Mientras juntaba las pocas fuerzas que le quedaban, para restablecer en la Española la tranquilidad y el buen órden; mientras en medio de tantos cuidados formaba útiles establecimientos, y abriendo minas de mucha consideracion, trabajaba por satisfacer los anhelos y las esperanzas de la Corte y de sus compañeros, reventó en España la nube, que habia de descargar sobre él un torrente de amarguras. Escuchad cómo esto estaba combinado.

Roldan y sus sequaces habian hecho lo posible, como queda dicho, para justificarse acerca del escándalo que habian causado, y hacer que recayese toda la culpa de sus delitos sobre el Almirante. Al mismo tiempo habian vuelto á España con grande enojo infinitos descontentos, los quales en vez de las inmensas riquezas que se habian prometido juntar en el Nuevo

Mundo, solo habian encontrado miserias y desdichas; por cuyo motivo mirando á Colon como la única causa de sus males, vomitaban contra él improperios y maldiciones. Incitados pues estos por los enemigos que tenia en la Corte, hostigaban continuamente á los Reyes para que se les indemnizase de las pérdidas que habian experimentado, y se quejaban del Almirante, suponiendo haber sufrido injusticias y opresiones. No hay duda en que la palidez de sus rostros, los asquerosos andrajos que llevaban, y el aspecto de infelicidad que los acompañaba causaban lástima, y daban algun viso de verdad á sus acusaciones. Todas las veces que el Rey y la Reyna se presentaban en público, se veian rodeados de un número inmenso de estos miserables, que á insinuacion de los contrarios de Colon, clamaban altamente contra él, y pedian justicia. ¿Qué extraño pues seria, que los Reyes por fin diesen crédito á semejantes imputaciones?

Determináron por tanto enviar á Indias un Juez pesquisidor. La persona que propusiéron los enemigos del Almirante para esta comision se llamaba Francisco de Bobadilla; y eran tan amplios los poderes que llevaba, que le autorizaban hasta para deponer á Colon si lo juzgase necesario, y tomar el mando de la isla como Gobernador de ella.

Justamente aportó Bobadilla á la Española, en ocasion que el Almirante acababa de restablecer la tranquilidad y el órden en aquella isla. Los descontentos estaban sosegados y satisfechos; Indios y Españoles reducidos y obedientes á las leyes; habia mandado abrir minas sumamente ricas, y dado un feliz principio á la cultura del terreno: circunstancias todas que habian de haberle justificado, si ya de ante mano no hubieran resuelto condenarle.

Quando el comisionado llegó á Santo Domingo, se hallaba el Almirante en otra Provincia, ocupado en dar ciertas disposiciones, necesarias pa-

ra bien de aquellos establecimientos; y la justicia, no menos que la equidad, exîgian que el Juez aguardara á que volviese, antes de proceder contra él; pero ¿qué fuerza tendrian la justicia y la equidad con un hombre como Bobadilla, que habia ido, no para oir los descargos de Colon, sino para condenarle, y ocupar su puesto?

Así que echó pie á tierra, hizo que le conduxesen á la habitacion del Almirante, donde se aposentó desde luego, apoderándose de quanto habia en ella. Despues mandó pregonar, que el Rey le habia enviado para que depusiese al Gobernador, é hiciese justicia á los que se contemplasen agraviados. No contento con esto, puso en libertad á todos los presos, insinuándoles que acudiesen á dar sus quejas contra Colon, y es evidente que aquella gavilla de malvados no se haria de rogar mucho.

Esto á la verdad era ya proceder con demasiada dureza é injusticia; pero nada era en comparacion de la

crueldad, con que luego aquel perverso Juez trató al mismo Almirante. Envió á requerirle para que compareciese inmediatamente á dar cuenta de su conducta, y acompañó la intimacion con una carta de los Reyes, concebida en estos términos: „ Don Cris„ tóbal Colon, nuestro Almirante del „ mar Océano: Nos hemos mandado „ al Comendador Francisco de Boba„ dilla, llevador de esta, que vos ha„ ble de nuestra parte cosas que él „ dirá: rogamos os que le deis fe y „ creencia, y aquello pongais en obra."

No fue menos espantosa y terrible para el Almirante esta noticia, que lo seria el improviso estruendo de un trueno para un viagero, que de repente se viese acometido de una tempestad inesperada. Rezelando si seria artificio de Bobadilla, volvió á leer con meditacion la carta; pero conociendo por fin que no habia duda alguna en la verdad del hecho, se llenó de amargura y resentimiento.

Sin embargo, no tardó un punto

en determinar lo que habia de hacer. Porque aunque se hallaba con su hermano D. Bartolomé; aunque tenia consigo algunas tropas, que con facilidad hubiera podido aumentar, y responder á su rival con las armas, su alma noble aborrecia todo medio de defensa, que fuese incompatible con la obediencia debida á sus Soberanos; y por consiguiente resolvió, sin titubear un momento, marchar á Santo Domingo, dispuesto á oir con sumision su sentencia, qualquiera que fuese.

Así que llegó, el recibimiento que le hizo Bobadilla fue mandarle poner grillos, y meter en la fortaleza, donde ni le vió, ni le habló, ni consintió que nadie le hablase.

ALGUNOS. ¡Jesus qué maldad!

OTROS. ¡Pobre Colon!

Aquí suspendió el padre la voz para dexar el curso libre á las lágrimas, que arrancaba de los ojos de los oyentes su relacion, y despues de un corto intervalo continuó de esta suerte:

Figuraos, hijos mios, qué objeto tan lastimoso seria el gran Colon, tratado como el mas vil delinqüente en aquel mismo suelo que acababa de descubrir, delante de una casa que era suya propia, y entre sugetos que todos eran subalternos suyos. ¿A quién no irritaria el ver al pérfido usurpador de sus bienes y su honra negarle la entrada en aquella misma casa, rehusarse á oir sus descargos, y aunque inocente mandarle cargar de hierros? La resignacion y constancia con que sufrió no solo tales ultrajes, sino el escarnio y la mofa con que le vilipendiáron luego, al verle en aquel estado, los que mal le querian, prueban mas que otra qualquiera apología su inocencia, y la elevacion de ánimo de que estaba dotado.

Mas todo esto aun no era suficiente para saciar la ojeriza del Juez pesquisidor. El qual conociendo, que mientras supiese Colon, que sus hermanos estaban libres, y que él solo era el blanco de su crueldad, experi-

mentaria algun género de consuelo, mandó prenderlos tambien á ellos, y echarles grillos; y á fin de que no les quedase con la comunicacion alivio alguno, los hizo poner en distintos navíos: pasó luego á tomar informes contra los tres hermanos, y sin otra formalidad los condenó á muerte. Pero por fortuna no tuvo atrevimiento para mandar executar él mismo tan sanguinaria sentencia, porque temia se le pidiese cuenta de semejante injusticia. Sin embargo, esperando que el Obispo de Badajoz haria de modo que se pusiese en execucion, dispuso enviarlos á España con sus procesos.

Decidme ahora, hijos mios, ¿si podeis persuadiros á que jamas haya habido hombres de tan depravada intencion? ¡Dichosos vosotros, si esto os pareciere siempre increible!

Lo bueno es, que por la misericordia de Dios hombres de esta clase no parecen sino muy de tarde en tarde, y que al lado de tales monstruos, casi siempre se halla algun hombre de

bien que suele reparar en quanto es posible las maldades que cometen aquellos.

Con efecto, apenas se hizo á la vela el Capitan encargado de conducir á España á los tres hermanos Colones, quando acercándoseles respetuosamente trató de quitarles los grillos; pero no lo consintio el Almirante, diciendo, que no los dexaria hasta que lo mandasen los Reyes, para que viesen aun en aquello la sumision y obediencia que les profesaba.

Bobadilla habia dado órden de que llegando á España los presos, los entregasen al Obispo de Badajoz, enemigo irreconciliable, como ya sabeis, de Colon, para quitarles con eso los medios de implorar la piedad de la Reyna, su protectora; pero un piloto, hombre de bien, llamado Andres Martin, movido á lástima de la suerte del Almirante, desembarcó secretamente, y llevó á la Reyna una carta suya, en que le daba parte de todo lo que le pasaba.

Causó mucha sorpresa en la Corte esta noticia, pues jamas se creyó que Bobadilla abusaria tanto de sus facultades. Echóse de ver desde luego la perversidad de semejante proceder respecto de un hombre de tanto mérito, y se dió disposicion para el remedio, proveyendo que se le pusiese en libertad, igualmente que á sus hermanos.

Convidáronle asimismo los Reyes á que viniese á la Corte, y le mandáron entregar mil ducados, á fin de que pudiese presentarse en ella conforme correspondia á su dignidad.

Al entrar al aposento, en donde el Rey y la Reyna le aguardaban, se echó á sus pies, sin poder hablar una palabra, estorbándoselo el sentimiento de haber sido tratado con tanta ignominia. Permaneció largo rato en esta situacion, y animado por fin de su inocencia, empezó á justificarse, y desvanecer las calumnias de sus enemigos, pronunciando un prolixo discurso, en que probó tan evidentemente su ino-

cencia, que los Reyes quedáron desengañados. Manifestáronle mucho pesar por lo sucedido, protestando que de nada eran sabedores; y para que no quedase duda alguna en quanto afirmaban, priváron á Bobadilla de todos sus empleos, y se esmeráron en alentar á Colon con caricias, y la promesa de protegerle siempre en adelante.

Sin embargo, quando se trató de nombrar un sucesor á Bobadilla para el gobierno de los paises descubiertos, se echó de ver claramente que los Reyes no estaban del todo desimpresionados acerca de la conducta del Almirante; porque á pesar de que hacian todo lo posible para no incurrir en la tacha de ingratos, y aunque con este fin reprobasen públicamente el iniquo proceder del Juez pesquisidor, juzgaban expuesto á muchos inconvenientes el restablecer á Colon en su dignidad de Virey; por lo qual le detuviéron en la Corte con pretextos especiosos y halagüeños, y proveyéron

por Gobernador de las Indias occidentales al Comendador Nicolas de Ovando.

En vano alegó Colon sus derechos, insistiendo en que le guardasen los privilegios, que se le habian concedido en el ajuste estipulado antes de la expedicion; en vano se quejó de la injusticia que le hacian, privándole de sus estados, despues de haber reconocido su inocencia: los Reyes persistiéron en su determinacion, y procuráron satisfacerle con disculpas, promesas y palabras cariñosas.

Esta fue una nueva herida para el Almirante, en cuyo corazon exîstian aun las cicatrices de las pasadas. Sintióla en extremo, y no dexó de manifestarlo. Llevaba siempre consigo los grillos que se le pusiéron en la Española, y mandó que con sus huesos los enterrasen, en testimonio del pago que suele dar el mundo á los que le sirven; y basta ya por hoy.

TODOS. ¡Pobre Colon!

RELACION XV.

MATIAS. ¿Papá, no vuelve ya mas á la América el Almirante?

EL PADRE. Eso lo sabremos luego: por ahora no hay apariencia de ello, pues ningun fruto han producido sus instancias, y el nuevo Gobernador se dispone para salir.

Ninguna esquadra habia ido todavía á las Indias occidentales tan numerosa como la que acompañó á Ovando. Componíase de treinta y dos velas, y llevaba dos mil y quinientos hombres, la mayor parte destinados á establecerse en la Española.

Con fuerzas tan considerables se hizo Ovando á la vela, y Colon, obligado á quedarse en España, tuvo el sentimiento de que otro fuese á recoger lo que él con infinitos sudores y trabajos increibles habia sembrado. No es necesario que os encarezca su aflicion al verse atajado en su gloriosa carrera, é inhabilitado para la execu-

cion de su vasto plan de descubrimientos.

Muy oportunamente llegó el nuevo Gobernador á la Española, porque á haber tardado un poco mas, el mal gobierno, las injusticias y la incapacidad de Bobadilla hubieran acabado con la colonia. Esperaba aquel insensato consolidar su autoridad, adquirida con maldades, grangeándose la aficion del pueblo con medios ilícitos. Para esto revocó todas las sabias disposiciones de Colon, y consintió en que cada uno viviera como quisiese. Su predecesor se habia constituido en la obligacion de proteger y mirar con afecto de padre á los Indios, y él por lo contrario abandonó aquella infeliz nacion á las extorsiones y violencias de los mal intencionados. Despues de haber mandado hacer un empadronamiento de todos los habitantes, los repartió, en calidad de esclavos, entre sus partidarios, y los empleaba en los trabajos de las minas, obligándolos á ello con inexôrable dureza. Un exer-

cicio tan penoso, y el mal trato que se les daba, quitáron la vida á infinitos de estos desgraciados, muy débiles por naturaleza, y poco faltó para que la nacion entera no quedase destruida.

Lo primero que hizo Ovando fué deponer á Bobadilla, para enviarle con Roldan á España, á fin de que ambos diesen cuenta de su conducta. Suprimió luego, á tenor de las órdenes del Rey, la esclavitud, y declarando por libres á los Indios, prohibió absolutamente que se les hiciese la menor violencia; y con la promulgacion de nuevas leyes puso freno á la licencia de los Españoles, á los quales aunque permitió que prosiguiesen en buscar el oro, fue con la condicion expresa de que la mitad de los provechos perteneceria al Rey como dueño y Soberano de la isla.

NICOLAS. Vaya, que por fin tenemos un Gobernador hombre de razon.

EL PADRE. ¡Quiera Dios que se porte siempre del mismo modo! Lo que acaba de hacer se lo ha mandado

la Corte, y nos queda por ver cómo se gobernará en las cosas que se confiáron á su discrecion.

Pero ya es tiempo de que volvamos á Colon. El qual estaba muy persuadido á que en su último viage habia descubierto la costa del continente; y aunque no habia abandonado en un todo la opinion de que aquella tierra era una parte de la India, que se extendia hasta allá, las observaciones que posteriormente habia hecho le obligaban á dudar bastante de sus conjeturas. Ya principiaba á sospechar si entre aquel continente y la India habria una grande extension de mar que los separase; ¿y quién de vosotros sabrá decirme si era fundada su sospecha?

TODOS. Muy fundada.

ANTONIO. Hay el Océano pacífico.

EL PADRE. Ya veis pues cómo nosotros en el dia conocemos el globo mucho mejor que lo conocian entonces los hombres mas sabios. Lo que en aquel tiempo era solo una conjetura

de Colon lo sabe ahora un niño con toda certeza. De esto podeis inferir quanto debemos á un hombre, sin el qual la mitad de la tierra quizá hubiera quedado oculta todavia por el espacio de muchos siglos.

Presumia Colon igualmente, y no sin alguna verosimilitud, que cerca del istmo del Darien ó de Panamá.... Es regular que no ignoreis donde está situado este istmo.

MATIAS. Entre la América septentrional y la meridional.

EL PADRE. Muy bien. Presumia pues que cerca de aquel parage la tierra pudiese estar separada por un estrecho, que diese paso desde el Océano atlántico al desconocido, y por allí á la India.

NICOLAS. Pero eso no es cierto.

EL PADRE. ¿No?

NICOLAS. No señor. Vea vmd. aquí en el mapa la América septentrional, y aquí la meridional, y repare vmd. cómo se hallan unidas por el istmo de Panamá, que en ninguna parte está cortado.

EL PADRE. Tienes razon: sin embargo, ya ves que allí la tierra forma una lista muy angosta, y que por consiguiente Colon no se habia apartado mucho de la verdad en sus conjeturas.

Contemplaba como cosa de grande importancia el averiguar si exîstia ó no semejante estrecho; porque si efectivamente lo hubiese, se evitarian muchos rodeos, y sería mas breve el viage de España á la India, pasando en derechura por medio de la América, en lugar de seguir el camino descubierto por los Portugueses al rededor del Africa. Qualesquiera que fuesen los agravios que hubiese recibido, teniendo mas poderío en su alma el deseo de ser útil, que su resentimiento, resolvió olvidar todo motivo de queja, y exponerse otra vez, aunque ya cubierto de canas, á las incomodidades y á los peligros de un nuevo viage.

Hizo presente su determinacion á los Reyes, que se alegráron infinito de hallar ocasion de emplearle. A conseqüencia mandáron alistar una esqua-

dra, pero una esquadra que solo se componia de quatro embarcaciones, de las quales la mayor no pasaba de setenta toneladas, y estas fuéron todas las fuerzas que se le concediéron para una expedicion de tanta importancia. Con ellas habia de aventurarse otra vez á un mar desconocido, para descubrir un camino, por el qual se esperaban traer los inmensos tesoros de la India. ¡Qué medios tan limitados para una empresa de tanta consideracion!

A otro qualquiera habria espantado la dificultad de ponerla en execucion con tan cortos arbitrios; pero Colon, acordándose de su primer viage, no titubeó un instante en exponer tambien entonces su vida en unos navíos, tan malos como aquellos con que la vez primera atravesó el vasto Océano, que separa la Europa de las Indias occidentales. Embarcóse pues lleno de confianza, en compañía de su hermano el Adelantado y de su hijo el menor, D. Fernando, que era entonces de

trece años, y que luego fue el que escribió su vida.

A 9 de Mayo de 1502, esto es, diez años despues de su primer viage, se hizo á la vela en Cádiz, gobernando como siempre en derechura á Canarias. Logró esta vez una navegacion de las mas felices, sin otro contratiempo que el de ser el navío mayor tan poco velero, que costó mucho trabajo hacer que siguiese á los demas; por lo que tuvo necesidad de dirigirse desde luego á la Española, á fin de trocarle con otro.

Llegado á la altura de Santo Domingo, envió á informar al Gobernador Nicolas Ovando del motivo de su arribo, y pedirle el permiso para entrar en el puerto, no solo para cambiar el navío, sino para guarecerse de una gran tormenta, que tenia por cierto que presto habia de sobrevenir. Negóselo el Gobernador absolutamente; y estando para despachar á España una flota muy considerable, recibió nuevo recado de Colon, con el qual

le advertia que no la dexase salir en ocho dias, pues corria gran peligro de perderse, y le suplicaba de nuevo que le permitiese dar fondo en aquel surgidero. Inútiles fuéron sus instancias, y no solo no se le concedió lo que con tanta razon solicitaba, sino que tambien se despreció el consejo, haciendo burla del Almirante, y llamándole por escarnio profeta y falso adivino.

Pero el Cielo le vengó de un modo visible; pues sobrevinó con efecto la anunciada tormenta, y Colon en virtud de las sabias providencias que tomó de antemano, consiguió librar sus navíos; al contrario de la rica y numerosa flota que se habia hecho á la vela para España, la qual quedó reducida á dos ó tres embarcaciones, zozobrando todas las demas, sin que escapase un solo hombre. Allí hubiéron fin Francisco Bobadilla, Roldan y muchos de sus sequaces, á quienes tragó el mar con todas las riquezas que habian acumulado en la Española, recibiendo de esta manera el pago de sus maldades. Lo

que hay que admirar en este suceso es que de los pocos navíos que se salvá-ron, uno fué el nombrado la Aguja, que llevaba la hacienda del Almirante; y sin embargo de que era el peór de todos, no solo consiguió librarse de la furia del mar, sino que llegó felizmente á Castilla, al paso que los otros dos ó tres tuviéron que volver á Santo Domingo muy maltratados.

LA MADRE. Ved aquí otra vez, hijos mios, la mano de la divina Providencia, la qual dirigiéndolo todo, tarde ó temprano hace justicia á cada uno, y muchas veces tambien suele castigar, ó premiar en esta vida.

EL PADRE. Tan notable acontecimiento hizo en los ánimos incultos y supersticiosos de aquellos tiempos una impresion contraria á la que se debia esperar; porque lejos de adorar la justicia con que la mano del Todopoderoso gobierna el destino de los hombres, pensáron neciamente que Colon era un hechicero, que con el auxîlio de los espíritus malignos habia excita-

do aquella tormenta para vengarse de sus enemigos; pues á no ser así, ¿cómo hubiera sucedido, decian, que se librase justamente el navío que llevaba sus bienes?

Irritado Colon al ver tanta perfidia, dexó una isla, en donde siquiera se le quiso conceder un abrigo contra el furor de una tormenta deshecha, y con sus navíos bastante averiados dió la vela con direccion al oeste, hácia el continente.

Tambien en este viage pasó grandes peligros y trabajos inmensos; sin embargo, aportó por fin á una isla llamada Guanaja, inmediata á la costa de Honduras, que es parte de la tierra-firme. Observad, niños, el mapa, y ved allí la isla, y aquí la costa.

Así que tomáron tierra, envió el Almirante á su hermano D. Bartolomé con alguna gente á reconocer el pais. Al acercarse á la orilla encontráron una canoa de mucha mejor construccion, que todas las que habian visto hasta entonces. Era tan grande como una ga-

lera, y ancha cosa de ocho pies: tenia en el medio un toldo de esteras de palma, debaxo del qual iban varias mugeres y niños, y ademas llevaba veinte y cinco hombres.

Apresuráronse los nuestros por alcanzarla, y quando los Indios se los viéron encima, se entregáron sin hacer la menor resistencia. Registrada aquella especie de embarcacion, las mercaderias de que la halláron cargada fuéron mantas de algodon pintadas, camisas muy cortas, sin mangas ni cuello, tambien labradas de diversos colores, espadas de madera con corte de pedernal, hachas de cobre para cortar leña y otros varios utensilios del mismo metal. Sus alimentos no eran muy diferentes de los que usaban los habitantes de la Española, solo que los Guanajos gastaban una bebida sacada del maiz, muy parecida á la cerveza, y tenian una gran provision de almendras de cacao, que al parecer era para ellos comida de mucho regalo. Esta fue la primera vez que los Euro-

peos viéron semejante fruto.

Lo que mas admiracion causó á los Españoles, y que ciertamente merece referirse para vuestra satisfaccion, es que estos Indios conocian el pudor, especialmente las mugeres, que cubrian no solo las partes secretas como los hombres, sino tambien todo el cuerpo, y á veces el rostro, manifestando mucha honestidad y recato.

Gozoso el Almirante por haber dado con gente tan buena, y esperando sacar de ellos algunas luces, mandó tratarlos con mucho cariño. Tomóles de aquellas cosas vistosas para llevarlas por muestra, dándoles en recompensa buxerías europeas; y habiendo adquirido los informes que juzgó necesarios, los dexó ir á todos en sus canoas, excepto un anciano, que pareció persona de prudencia, á fin de que le diese nuevas instrucciones, y con ánimo de que le sirviese de medianero para tratar luego con los demas moradores de aquella tierra.

El anciano en efecto le indicó por

señas inteligibles, que á la parte de occidente habia una vasta extension de tierra, donde se hallaba oro en tanta abundancia, que los habitantes traian en la cabeza coronas, y en los brazos y las piernas manillas muy gruesas de este metal, con el qual igualmente adornaban sus mesas, sillas y arcas; y quando le mostraban corales en especie, y otras cosas preciosas, añadia que aquel pais abundaba de semejantes producciones, queriendo hablar con eso de México. Por grande que fuese el ansia de los compañeros de Colon por alcanzar tales riquezas, mucho mayor era la que él tenia de conseguir el fin de su viage, y encontrar el estrecho que suponia en aquellas inmediaciones; por lo qual despreciando sin titubear los inmensos tesoros que todos consideraban casi entre manos, y no haciendo caso de las murmuraciones de la tripulacion, gobernó al este, costeando la tierrafirme.

LA MADRE. Ved aquí en este proceder de Colon una nueva prueba de

su elevacion de ánimo; pues teniendo en la mano la ocasion de enriquecerse es necesario ser un hombre grande, tanto para no aprovecharla, prefiriendo poner en execucion sus determinaciones, aunque contrarias al logro de ella, quanto para anteponer la utilidad agena á la suya propia, y sufrir el enojo de los demas antes que faltar á su obligacion. ¡Oxalá, hijos mios, que vosotros tambien algun dia en qualquiera circunstancia de esta clase deis pruebas tan grandes de una virtud desinteresada, y de una noble abnegacion de vosotros mismos.

EL PADRE. No dudo que lo hagan: me atrevería á salir fiador de ello; pero en el caso de que supiera que habia de suceder lo contrario, pediria á Dios que nos quitase la vida, antes de permitir que fuéramos testigos de la primera accion deshonrosa que pudiese cometer alguno de vosotros. ¿Es así, hijos mios? ¿Puedo prometerme que jamas incurrais en semejante falta? ¿No querreis mas bien ser pobres y

despreciados toda la vida, que faltar un instante á vuestras obligaciones? Cada vez que el interes os estimule á cometer alguna accion baxa, decid en vuestro interior: Papá nos aconsejó que nos guardáramos de esto; papá sabia lo que le convenia al hombre, tanto en esta vida como en la otra, y él seguramente deseaba todo nuestro bien y nuestra verdadera felicidad. ¿Es verdad, queridos hijos, que siempre tendreis presentes estas máxîmas, y que en todas las ocasiones procedereis con desinteres y nobleza?

Echáronle los niños los brazos al cuello; y la sesion quedó concluida.

RELACION XVI.

EL PADRE. Colon pues, á consequencia de su plan, gobernó desde Honduras al levante, para buscar el estrecho, que segun la asercion de los Indios, existia por aquella parte.

FERNANDO. ¿Con que le dixéron una mentira tan grande?

EL PADRE. No, hijo, porque solo fue una mala inteligencia: Colon indicó por señas un estrecho, y ellos entendiéron un istmo, y en este supuesto tenian razon en dirigirle hácia el Darien.

Siguiendo los nuestros este rumbo lo largo de la costa, viéron hombres muy diferentes de los anteriores, tanto por su modo de vivir, quanto por ser mas incultos. Iban todos ellos en cueros, comian carnes y pescados crudos, sin género alguno de aliño, y marcaban el cuerpo con fuego, figurando en él leones, ciervos y otros animales. Los señores de mas distincion traian por bonetes paños de algodon blancos y colorados; y quando se ataviaban para sus fiestas, unos se teñian el rostro de negro, otros de colorado, otros con rayas de varios colores, y otros se pintaban solo los labios, la nariz ó los ojos. En otro parage hallárón gentes con las orejas horadadas, y tan largas que les llegaban hasta los hombros, pudiendo pasar cómoda-

mente por los agujeros un huevo de gallina; motivo para que Colon llamase aquella ribera la costa de las Orejas.

Desde allí continuó su derrota con mucho trabajo por serle contrarios los vientos y las corrientes, hasta que últimamente llegó á una punta donde la tierra volvia al sur; por cuya razon prosiguiendo en costear, halló favorables los mismos vientos que antes le habian sido contrarios: y como tenia la virtuosa costumbre de atribuir qualquiera suceso feliz al que es manantial y orígen de todo bien, denominó aquella punta el cabo de Gracias á Dios. Miradle aquí en el mapa.

Pocos dias despues dió fondo en otro parage, donde se presentáron infinitos Indios armados, que se mostraban resueltos á estorbar que los Españoles saliesen á tierra; mas así que se les hizo señal de paz, se acercáron, manifestando deseo de contratar. Traian vestidas xaquetas y mantas de algodon, y al cuello pedacitos de oro baxo. Mandóles dar el Almirante algunas

buxerías europeas, sin querer tomar nada en cambio; cosa que al parecer les desagradó infinito; y continuando los nuestros en no hacer caso de las instancias que hacian para que desembarcasen, miráron aquella resistencia como señal de desconfianza, y determináron desvanecerla.

Diputáron un Indio viejo muy respetable para que entregase á los Españoles, como en calidad de rehenes á dos muchachas con ciertas joyas de oro al cuello. Llevaba en la mano una especie de bandera, que sin duda sería algun símbolo de paz, con el qual acercándose á las barcas, hizo señal á los nuestros que baxasen; y habiéndolo executado para tomar agua, les entregó las muchachas, instándoles á que se las llevasen. Recibiólas el Almirante con su acostumbrada bondad, mandándolas vestir y dar de comer, y luego las despachó á tierra muy satisfechas por el buen acogimiento.

Al dia siguiente, saliendo á tierra el Adelantado, halló todo lo que su

hermano habia mandado dar á los Indios y á las muchachas, recogido y puesto un lio, sin que faltase cosa alguna, quizá porque la delicadeza de aquellos salvages no les permitiria recibir regalos sin que ellos tambien devolviesen algo en recompensa. Así que puso pie á tierra se le allegáron dos Indios de los principales, y tomándole de los brazos le convidáron á sentarse en la yerba. Condescendió D. Bartolomé en lo que pedian, y luego les hizo por señas varias preguntas, mandando al escribano que notase la respuesta.

Pero no bien viéron las plumas y el tintero, quando se asustáron sobremanera, y levantándose arrebatadamente, echáron á huir con todos los demas que habian concurrido.

El motivo de fuga tan precipitada fue el que aquellos infelices creyéron que el escribano era un encantador, las plumas y el tintero los instrumentos de su arte, y que iba á emplearla contra ellos para hacerles daño. Mucho costó persuadirles lo contrario, y no

obstante no se atreviéron á acercarse á los Españoles hasta haber tomado á su entender todas las precauciones necesarias contra la funesta bruxería del escribano ; lo que executáron, derramando hácia los Europeos ciertos polvos, con los quales hacian igualmente sahumerios, procurando que el humo, al qual atribuian la virtud de destruir el encanto, fuese hácia la persona que reputaban por hechicero.

Despues de esta ridícula ceremonia marchó el Adelantado con ellos á la poblacion, y lo que allí advirtió mas notable fue que en las casas, que eran de madera cubiertas de cañas, tenian sepulturas, donde estaban muchos cuerpos muertos, ya secos y embalsamados, sin hedor alguno, y envueltos en mantas de algodon. Sobre las sepulturas habia ciertas tablas, en que estaban esculpidas varias figuras de animales, y en algunas el retrato del que con sus joyas mas preciosas estaba encerrado en aquel sepulcro.

Otro dia como el Almirante detu-

viese á bordo á dos naturales para adquirir nuevas luces, pensáron los demas que lo hacia por codicia, á fin de que los rescatasen; y así enviáron á quatro embaxadores con dos puercos, ofreciendo ademas quanto quisiese; pero Colon les dió á entender que los dos Indios no eran prisioneros; que solo quedaban para guia, y que despues los dexaria en libertad, sin que fuese necesario ningun rescate. Con efecto, mandó pagar los puercos, y regaló algunas buxerías á los comisionados, que con esto volviéron contentos á tierra.

Despues de algunos dias de navegacion, surgió el Almirante cerca de la boca de un rio, y envió alguna gente á tierra. Presentóse una infinidad de Indios armados para impedir el desembarco; y mas de cien de ellos, metidos en el mar hasta la cintura, esgrimian sus espadas de madera con filos de pedernal, tocaban ciertas bocinas, y una especie de tambor, y echaban agua salada contra los Españoles,

escupiéndoles á la cara yerba mascada. Como los nuestros tenian orden de no ofenderlos, se estuviéron mirando á lo léjos con mucho sosiego aquellas bravatas, hasta que por fin los Indios se cansáron, y lejos de reñir las dos naciones, no tardáron en entablar un comercio que á los Españoles les valió diez y seis planchas de oro, del valor de 150 ducados, en trueque de unos pocos cascabeles. ¡Quántas pesadumbres y desgracias evitarian los hombres, si siempre procediesen como en esta ocasion lo hiciéron los Españoles!

Una que otra vez, y con especialidad quando hay que tratar con gente de cortos alcances, puede suceder muy bien, que la indulgencia y moderacion sean mal interpretadas, y no surtan su efecto. En este caso es permitido precaverse de la malignidad de personas tan irracionales, aunque sea valiéndose de medios violentos: solo es necesario entonces tener cuidado de que el derecho de repeler la fuerza con la fuerza no degenere en vengan-

za, y pase los límites de una justa defensa. Tambien en esto nos dió Colon un exemplo que puede servirnos de norma.

Los salvages comenzáron por mirar de un modo contrario á lo que debian la paciencia con que los nuestros aguantáron sus baladronadas. Graduáronla de cobardía y falta de vigor, y en este supuesto soltáron de tal suerte el freno á su insolencia, que quando se acercáron de nuevo á la orilla las lanchas, tiráron una infinidad de dardos contra los que iban en ellas. En vista de tanto atrevimiento, se juzgó conveniente darles á conocer, que no faltaba valor ni poder para castigarlos; y así mandó el Almirante disparar una pieza de artillería; y como al mismo tiempo uno de los Indios quedase herido de un ballestazo, huyéron los demas con la mayor precipitacion, contentándose los nuestros con baxar á tierra, sin tratar de hacer mas daño á los fugitivos.

Convidáronlos al contrario por se-

ñas á que volviesen, lo que executáron los Indios sin hacerse de rogar mucho, porque no obstante lo acaecido, estaban persuadidos á que los hombres blancos no tenian ánimo de ofenderlos, sin embargo de que podian hacerlo. Soltáron pues las armas, volviéron á la ribera, y prosiguiéron trocando en buena paz y amistad sus planchas de oro.

Ya enterado Colon, tanto de la calidad de aquel pais, como de la naturaleza de sus habitantes y producciones, se hizo á la vela, continuando en navegar lo largo de la costa, siempre con la esperanza de encontrar el estrecho que buscaba. Siguiendo este rumbo, llegó á una bahía, la qual formaba un puerto espacioso y seguro, cuyas cercanías estaban llenas de casas, y cultivadas con tanto primor, que ofrecian una perspectiva sumamente deliciosa; lo que dió motivo para que admirado de la hermosura de aquel parage, le llamase Porto-belo. Aquí le teneis en el mapa.

Los naturales eran muy pacíficos, y acudiéron con comida, frutas y ovillos de algodon, dándolo todo gustosos por alfileres, cabos de agujetas, y otras cosillas.

Quatro ó cinco leguas mas adelante se halló Colon en el mismo sitio que en el dia se llama *Nombre de Dios*. Obligáronle los temporales á que se detuviese allí algunos dias, cuyo tiempo empleó en componer los navíos: hízose luego á la mar; pero por los vientos contrarios y el mal tiempo tuvo que acogerse de nuevo á un puerto, al qual por su estrechez dió el nombre de *Retrete*.

Los habitantes de esta tierra se mostráron al principio muy mansos y pacíficos; pero la mala conducta de algunos marineros, que sin licencia del Almirante saliéron á tierra, los irrito de tal suerte, que confiados en su inmenso número, que se aumentaba continuamente, se atreviéron á dar un ataque general, esperando apoderarse de los navios. Empleó Colon al-

ternativamente halagos y amenazas para reducirlos á que desistiesen de su insensato designio ; pero viendo que ni aquellos ni estas surtian efecto alguno , mandó disparar la artillería sin mas que con pólvora , creyendo que el ruido bastaria para espantarlos. Engañóse no poco en su conjetura, porque advirtiendo los Indios que aquel trueno no llevaba rayo que les causase daño , se insolentáron mas, respondiendo con grandes gritos, dando con palos en las ramas de los árboles, y haciendo otros ademanes , con los quales manifestaban que no los amedrentaba el vano estruendo de la artillería. Viéndose el Almirante en la precision de darles á entender que aquello podia ser algo mas que ruido, mandó apuntar un cañon contra una quadrilla que estaba apiñada en un cerrillo, y dando la bala por medio de ellos , les hizo conocer de tal suerte que aquel trueno no dexaba de matar, que los pobres llenos de terror echáron á huir, corriendo precipitadamen-

te á ocultarse en los bosques.

De todos los Indios que hasta entonces se habian visto, estos eran los mas hermosos y bien hechos. En el puerto habia abundancia de grandísimos lagartos ó caimanes, que solian dormir en seco, y echaban de sí un olor muy fuerte como de almizcle. Aunque estos animales anfibios parecian cobardes quando eran acometidos, si encontraban á algun hombre durmiendo, se le llevaban arrastrando para comérsele.

Desconfiando ya el Almirante de hallar paso desde el Océano atlántico para el mar del Sur, y viéndose molestado continuamente de vientos contrarios, determinó volver atras, en demanda de una provincia llamada Veragua, con el fin de cerciorarse si era verdad que encerraba riquísimas minas de oro, como lo habian afirmado todos los salvages. Miradla aquí en el mapa.

Una tormenta furiosisima, que duró muchos dias, y una suma penuria de víveres se reuniéron, para que esta

navegacion fuese una de las mas penosas y de mayor peligro. Todos los bastimentos que les quedaban, al cabo de ocho meses de estar embarcados, se reducian á un poco de bizcocho tan podrido por las calores y la humedad de aquel clima, que nosotros mas bien sufriríamos el hambre tres dias enteros, que llegar á un alimento tan asqueroso, pues eran tantos los gusanos de que estaba lleno, que parecia vivo: sin embargo, se le tragaba la gente con muchísima ansia, sin tomar otra precaucion, que comerle de noche ó en parage obscuro, á fin de no ver lo que se ponia en la boca, porque de quitarle los insectos, se hubiera quedado en nada. Contemplad, hijos, á qué extremo puede reducir á los hombres el hambre, que vosotros por la misericordia de Dios solo conoceis de nombre.

En esta ocasion se allegó al rededor de los navíos una infinidad de tiburones.....

LUISITO. ¿Qué son tiburones?

ANTONIO. Unos peces marinos. ¿Pues

qué? ¿no te acuerdas ya de lo que nos contó el Señor Don Juan quando nos daba lecciones de Historia natural?

LUISITO. Como hace ya tanto tiempo, y era yo tan chiquito.....

EL PADRE. Pues dile tú lo que tienes presente acerca de eso.

ANTONIO. Con mucho gusto. El tiburon es un pez tan largo desde luego como este quarto, y á proporcion grueso: despues tiene una boca sumamente grande, guarnecida por arriba y abaxo de tres filas de dientes que se cruzan, y con los quales corta un brazo, una pierna ó la cabeza de un hombre como si fuera con una cuchilla. Ademas su cola es muy gruesa, y la menea continuamente con tanta violencia, que los golpes serian capaces, no solo de quebrar brazos y piernas al pobre á quien llegasen á coger, sino de dexarle frio.

CARLOTA. ¡Ola! ¿con que son unos animales tan feroces?

ANTONIO. Y muy voraces; tanto que se tragan todo lo que se les presenta, aunque sean ganchos de hierro

y hachas. Refiere un viagero en sus relaciones, que en una ocasion habiendo sido echado al mar el cadáver de un hombre, envuelto en un encerado, como se acostumbra en las embarcaciones, en donde no hay proporcion para enterrar los muertos, le halláron despues todo entero con su cubierta en el vientre de un tiburon que prendiéron el dia siguiente. La carne de este pez sabe á aceyte, y es comida desagrable; sin embargo, los Negros del Africa se regalan con ella; y para hacerla mas apetitosa la dexan ocho ó diez dias al sol, hasta que se corrompe y principia á heder.

CARLOTA. Puf: ¡qué porquería!

EL PADRE. Algunos marineros supersticiosos tomáron por mal agüero el aparecimiento de semejantes monstruos; no obstante, á pesar de su temor y de la repugnancia que tenian á la carne desapacible de los tiburones, matáron muchos de ellos, y se la engulléron con ansia, porque seguramente era menos mala que el bizcocho que tenian.

qué? ¿no te acuerdas ya de lo que nos contó el Señor Don Juan quando nos daba lecciones de Historia natural?

LUISITO. Como hace ya tanto tiempo, y era yo tan chiquito.....

EL PADRE. Pues dile tú lo que tienes presente acerca de eso.

ANTONIO. Con mucho gusto. El tiburon es un pez tan largo desde luego como este quarto, y á proporcion grueso: despues tiene una boca sumamente grande, guarnecida por arriba y abaxo de tres filas de dientes que se cruzan, y con los quales corta un brazo, una pierna ó la cabeza de un hombre como si fuera con una cuchilla. Ademas su cola es muy gruesa, y la menea continuamente con tanta violencia, que los golpes serian capaces, no solo de quebrar brazos y piernas al pobre á quien llegasen á coger, sino de dexarle frio.

CARLOTA. ¡Ola! ¿con que son unos animales tan feroces?

ANTONIO. Y muy voraces; tanto que se tragan todo lo que se les presenta, aunque sean ganchos de hierro

y hachas. Refiere un viagero en sus relaciones, que en una ocasion habiendo sido echado al mar el cadáver de un hombre, envuelto en un encerado, como se acostumbra en las embarcaciones, en donde no hay proporcion para enterrar los muertos, le halláron despues todo entero con su cubierta en el vientre de un tiburon que prendiéron el dia siguiente. La carne de este pez sabe á aceyte, y es comida desagrable; sin embargo, los Negros del Africa se regalan con ella; y para hacerla mas apetitosa la dexan ocho ó diez dias al sol, hasta que se corrompe y principia á heder.

CARLOTA. Puf: ¡qué porquería!

EL PADRE. Algunos marineros supersticiosos tomáron por mal agüero el aparecimiento de semejantes monstruos; no obstante, á pesar de su temor y de la repugnancia que tenian á la carne desapacible de los tiburones, matáron muchos de ellos, y se la engulléron con ansia, porque seguramente era menos mala que el bizcocho que tenian.

FERNANDO. ¿Y cómo podian pillarlos?

LA MADRE. No hay cosa mas fácil. No hay mas que aprovecharse de su misma glotonería, por la qual se pierden miserablemente, así como les sucede por sus pasiones á algunos hombres. Como se tragan todo lo que se les echa, ponian los marineros un pedazo de paño colorado en un garfio ó anzuelo, pendiente de una cadena de hierro, y le tiraban al mar. Inmediatamente corria el tiburon á hacer presa; quedaba agarrado, y los marineros por medio de la cadena le traian al navío. Uno pescáron que tenia en el cuerpo una tortuga, que echó á andar así que la sacáron; y en otro encontráron la cabeza de otro tiburon, que habian arrojado al mar poco antes; de lo que se coligió que no tenian escrúpulo en devorarse unos á otros. Pero ya basta de tiburones: mañana proseguirémos la historia de nuestro amigo el Almirante.

RELACION XVII.

EL PADRE. Antes de llegar á Veragua, tan ponderada por las minas de oro, se vió precisado Colon, por motivo de los temporales, á dar fondo en varios parages de la costa para dexar pasar las borrascas. En una de aquellas comarcas llamó su atencion una cosa muy particular. Los habitantes en vez de vivir en el suelo tenian sus casas en el ayre.

FEDERICO. ¿De qué modo podian hacer eso?

EL PADRE. Del mismo poco mas ó menos que se cuenta que en otro tiempo construyó Semíramis sus famosos jardines muy levantados del suelo. ¿Te acuerdas de ellos?

FEDERICO. Mucho, y sé igualmente que se llamaban pensiles, porque estaban en el ayre.

EL PADRE. Pues bien: así como entonces se fabricáron terrados y jardines sobre arcos y bóvedas de grande

elevacion, de la misma conformidad habian construido los salvages sus cabañas sobre las ramas de los árboles; de suerte que efectivamente no moraban en la tierra, sino en el ayre como los páxaros.

CARLOTA. ¿Y por qué lo harian?

EL PADRE. Porque quizá pensarian que en el suelo no estaban libres de las inundaciones, de las fieras, ni de sus enemigos.

HENRIQUE. ¿Cómo subian á ellas?

EL PADRE. Por medio de escaleras, que luego recogian, quedando seguros con eso de que entrase nadie á molestarlos.

MATIAS. Bastante penetracion tenian.

EL PADRE. Por fin aportáron los nuestros felizmente á Veragua, y con las riquezas que esperaban encontrar se les hacia la boca un agua. Diéron fondo en un rio, á quien el Almirante llamó Belen, por ser el dia en que la Iglesia hace comemoracion de la entrada de los Reyes Magos en aquel

santo lugar; y habiendo sabido por los naturales, con quienes desde luego principió á comerciar, que á poca distancia, subiendo por el rio, residia el Cacique ó Rey de aquella tierra, llamado Quibia, determinó ir á visitarle. A conseqüencia dispuso que se adelantase su hermano D. Bartolomé con las lanchas para cumplimentar á su Magestad, que noticioso del arribo de los blancos, se anticipó á recibir al Adelantado, y en la conferencia se obsequiáron recíprocamente.

El dia siguiente pasó el Cacique á visitar al Almirante, quien le recibió como era debido; y mediante algunos cortos regalos de buxerías europeas, consiguió toda su amistad.

Entre tanto habiendo tomado Don Bartolomé informes exâctos acerca de las minas, se encaminó con su tropa al sitio que le habian indicado. Halláron con efecto bastante oro entre las raices de los árboles, y no tuviéron necesidad de mas prueba para quedar persuadidos á que aquel terreno le

contenia en abundancia. Cogió cada uno lo que pudo, y todos volviéron contentos á los navíos, comunicando al Almirante tan agradable noticia.

Confirmándose con esto Colon en el designio que ya tenia formado de fundar allí una colonia, dió al punto órden de construir las casas correspondientes; y fue tanta la diligencia con que lo pusiéron por obra, que en poco tiempo todo quedó concluido: las casas eran de madera cubiertas de hojas de palma. Escogió el Almirante ochenta hombres para colonos, y nombró Gobernador á su hermano. Proveyólos de quanto pudiesen necesitar, tanto para su propia seguridad, quanto para vivir cómodamente, dexándoles sobre todo muchos instrumentos de pescar, porque en aquellas aguas habia infinidad de peces de diversas especies. Entre otros se distinguian unos como sardinas, que los salvages cogian de un modo particular. Quando estos peces se ven perseguidos tienen la costumbre de tirarse fuera del

agua, y echarse en seco: los Indios con esta observacion cubrian el medio de sus canoas con hojas de palma, y navegando por el rio hacian mucho ruido en el agua con los remos: engañados los peces por la apariencia, creyendo que las canoas eran la tierra, se arrojaban á ellas sin miedo, y de esta manera quedaban presos.

Todo estaba dispuesto ya, y el Almirante trataba de volver á España, quando supo que el Cacique Quibia, movido de zelos que le daba el establecimiento europeo, habia formado el designio de quemar las casas de la colonia. Consultó con su hermano acerca de los medios de precaver esta desgracia; y los dos conviniéron en que era necesario anticiparse, apoderándose de la persona del mismo Cacique: resolucion que tuvo las mas funestas conseqüencias.

Encargóse D. Bartolomé de ponerla en execucion; y con este fin pasó con setenta y quatro hombres al pueblo de Veragua, en cuyas inmediacio-

nes tenia el Cacique su casa, situada en un alto. Como Quibia supo que el Adelantado estaba cerca, le envió á decir que no prosiguiese adelante, que él saldria á recibirle. No hizo caso del mensage D. Bartolomé, sino que con solo cinco soldados se encaminó para la morada del Cacique, dexando ordenado á los demas, que con disimulo se fuesen acercando, y que quando oyesen un tiro de fusil hiciesen ala, y cercasen la casa, de modo que nadie se les escapase. Salió Quibia á la puerta, y aun no habia acabado de saludar á su huésped, quando se vió hecho prisionero. A la señal convenida acudiéron todos los emboscados, y la mayor parte de los que habia en la casa corriéron la misma suerte que el dueño de ella.

Esta accion, quizá demasiado precipitada, tuvo tan funestas resultas, que desde entonces principió para el Almirante una serie de males y desgracias, que solo se acabó con su vida. Veamos quales fuéron.

Atado el Cacique Quibia de pies y manos, habia de ser conducido á bordo de los navíos. Parte la lancha, sobreviene la noche, se queja el preso de las ataduras, y el piloto encargado de llevarle, movido á lástima de sus lamentos, le desata del banco donde iba amarrado, con la precaucion de no soltar de la mano la cuerda con que estaba sujeto. Mas á breve rato, viéndole Quibia descuidado, se arroja de repente al agua, y el piloto por no ir tras él, tiene que soltar la cuerda, y dexar que se escape. En vano intentan alcanzarle: con la obscuridad de la noche, su habilidad en nadar, y el ruido que hacian los demas presos, no pudiéron ver ni oir adonde fue á parar, y de este modo se libró, sin que por entonces llegasen á saber de él.

Pareciéndole al Adelantado que sería cosa de mucho trabajo seguir los huidos por tierras tan montuosas, acordó volver á los navíos con trescientos ducados de oro, que podia valer el despojo de la casa de Quibia; lo que

presentó al Almirante, y sacado el quinto para el Rey, se repartió lo demas entre los que concurriéron á la expedicion.

Quibia entretanto, irritado por los ultrajes recibidos, y la prision de sus mugeres é hijos, trató de vengarse de los Españoles. Aprovechó la ocasion en que el Almirante habia salido con los navíos para España, y quando menos lo pensaban, por haber caminado con mucho silencio por los bosques inmediatos al pueblo, dió sobre él con gritos espantosos, lanzando dardos escendidos, á fin de pegar fuego á los techos combustibles de las casas recien construidas. Pero la distancia era demasiado grande, para que pudiese conseguir lo que se habia propuesto; sin embargo, se empeñó un combate de los mas reñidos, y que sin duda hubiera causado la total destruccion de la colonia á no haber sido por el valor y la intrepidez de D. Bartolomé, el qual acompañado de algunos soldados, cargó sobre los enemigos con tal ímpetu,

que los dispersó enteramente. La batalla fue muy sangrienta por parte de los Indios; y los Españoles tuviéron tambien un muerto y varios heridos; entre los quales lo fue, aunque no gravemente, de un flechazo en el pecho el mismo Adelantado.

Esperaban los Españoles que esta victoria desalentaria al Cacique, tanto que no volveria á intentar nuevas hostilidades; pero se engañáron. Quibia mas furioso que nunca, no contento con haber dado muerte á todos los Castellanos que fuéron por agua en una lancha, buscaba continuamente los medios de vengarse; y la colonia, tarde que temprano, hubiera sido víctima de su enojo, si los nuestros, convencidos del peligro que los amenazaba, no hubiesen declarado unánimemente que mas bien querian entregarse al mar, por mas que estuviese inservible el navío que les quedaba, que verse expuestos de continuo á ser sacrificados por un enemigo irreconciliable. Noticioso el Almirante de lo que

pasaba, tuvo que enviar por ellos, valiéndose de una lancha y dos canoas unidas, porque el navío que tenian ya estaba reducido á un monton de tablas inútiles; de forma que hubo que dexarle perdido, y con los otros tres, que tambien estaban bastante averiados, diéron la vela.

Lo único á que aspiraba entonces Colon era poder llegar siquiera á la Española, pues conocia la imposibilidad de hacer el viage de Europa con aquellas embarcaciones; pero parecia que todos los elementos se conjuraban para perderle. Unas tormentas furiosísimas, acompañadas de violentos huracanes, muy freqüentes en aquellas partes, comenzáron á embravecer el mar de tal modo, y azotar con tanta furia los navios, que las tripulaciones quedáron casi sin sentido. Inútilmente daba Colon las disposiciones que le dictaba su experiencia, porque ó no le entendian, ó la confusion y el cansancio no permitian que se executasen sus órdenes. De esta manera una de las naves pere-

ció en la misma costa de tierrafirme, y las otras dos hacian tanta agua, que todos los esfuerzos de la gente y el exercicio continuo de las bombas apenas bastaban para que no se hundiesen.

El Almirante en tal conflicto mandó gobernar para la isla de Cuba, esperando que allí podria hacer á los navíos las reparaciones mas urgentes; pero tuvo que perder tambien esta esperanza, pues una nueva borrasca le arrojó léjos de la costa de aquella isla, que ya estaba á la vista; y con el ímpetu del viento y el embate de las olas chocáron los dos navíos con tanta violencia uno contra otro, que toda la gente se tuvo por perdida sin recurso alguno. No obstante, plugo á la divina Providencia alargar todavía la vida de Colon para exercitar su virtud, experimentándole con pruebas aun mas rigurosas.

La trabazon de los navíos se mantuvo firme; y como á la sazon alcanzasen la costa de la Jamayca, consiguió el Almirante hacerlos encallar lo mas

cerca de tierra que pudo antes que se fuesen á pique, librando con esta maniobra su vida y la de todos sus compañeros.

FEDERICO. ¡Válgame Dios! ¿y cómo podrá salir de allí si ya no tiene embarcaciones?

EL PADRE. Eso lo dexó á cargo de la Providencia, ciñéndose él á executar lo que entonces exîgia el peligro que tenia presente.

Ya no habia que pensar en componer los navíos, pues estaban arruinados enteramente: con todo, no convenia para las miras de nuestro amigo acabarlos de destruir, porque por dos razones contemplaba que era mejor permanecer sobre aquellos miserables residuos, que ir á acampar en la isla. Primeramente porque quedaba mas seguro contra qualquier acometimiento de los naturales; y en segundo lugar, porque de aquella manera podia evitar con mas facilidad, que su gente molestase á los habitantes, cuya amistad entonces le era sumamente necesa-

ria. Dispuso pues que se apuntalasen los dos navíos de un lado y de otro, lo mejor que fuese posible; y despues de haber mandado construir algunas barracas sobre cubierta, dió órden de que ninguno saliese á tierra.

Al punto acudiéron los Indios en sus canoas; y recibidos muy cortesmente, manifestáron ellos tambien franqueza y agrado, y lleváron víveres en abundancia con el fin de trocarlos por baratijas de Europa: de conformidad que daban gustosos dos utías ó conejos por un poco de hoja de lata, dos tortas de su pan de cazabe por dos cuentecillas de vidrio, y todo lo mas precioso que tenian por un cascabel.

Colon entre tanto consultó con sus amigos acerca de los medios de salir de aquella isla; y el único que les ocurrió fue, que se informase de la funesta situacion en que se hallaban al Gobernador de la Española, y se le pidiese un navío que los recogiese. La dificultad consistia en saber cómo enviarian semejante noticia; porque no

les habia quedado ni siquiera una lancha, y desde la Jamayca á la Española hay mas de treinta leguas, como podeis verlo aquí en la carta: era dificultoso pues encontrar un remedio para este inconveniente. Halláronle sin embargo; porque como Colon por su prudencia y dulzura se habia grangeado el cariño de los naturales, consintiéron en venderle diez canoas, y servirle con ellas. A la verdad estas eran unas embarcaciones bien miserables, pues ni merecian tan siquiera el nombre de lanchas, siendo solo unos troncos informes de árboles excavados, y de pésima construccion, propios lo mas para navegar cerca de la costa; de suerte que los volcaria qualquiera golpecillo de viento, y la ola mas pequeña era capaz de anegarlos.

No obstante, á pesar del riesgo de perderse, que con evidencia correria qualquiera que emprendiese un viage tan largo con aquellos tristes barquichuelos, hubo dos hombres intrépidos, que se determináron á aventurar sus

vidas para salvar al Almirante y sus compañeros. El uno era Español y el otro Genoves; el primero se llamaba Diego Mendez, y el segundo Bartolomé Fiesco. Tengo mucha complacencia, hijos, en manifestaros los nombres de estos dos hombres generosos, puesto que su valor y el afecto que profesaban á Colon los hace dignos de que su memoria llegue hasta la mas remota posteridad. Embarcóse cada uno en su canoa con seis Españoles, algunos Indios que trabajasen al remo, y la instruccion de que si tuviesen la felicidad de aportar á la Española, Diego Mendez pasaria desde allí á España con carta para los Reyes, y Fiesco volveria á la Jamayca para dar cuenta de lo que hubiese sucedido.

Partiéron por fin, llevando tras sí las fervorosas deprecaciones con que imploraban para ellos un feliz viage los que se quedaban. Y habiendo navegado ya quarenta y ocho horas con un calor insoportable, sin apartarse de la derrota que se les habia indicado,

principiáron á temer que habian errado el camino, metiéndose á la mar mucho mas allá de la Española. Es fácil imaginar quanto se acongojarian con esto, mayormente porque habiéndoseles acabado el agua, los atormentaba la sed, y se hallaban sin fuerzas para trabajar. Varios Indios muriéron ahogados de calor, y los demas, tendidos y desmayados, aguardaban igual suerte. El único refrigerio que tenian era tomar algunas bocanadas de agua salada para refrescarse; pero este momentaneo alivio irritaba mas la sed que los consumia.

En situacion tan terrible asomó de improviso un rayo de esperanza, con que alentáron algun tanto aquellos angustiados corazones. Era de noche, y al salir la luna advirtiéron por aquel lado una elevacion, que tapando una parte del disco, manifestaba ser tierra. Juzgáron desde luego que estaban cerca de alguna isla, y esta confianza les infundió aliento para intentar alcanzarla á fuerza de remos. Consiguié-

ronlo con efecto; mas ¡ay! ¿cómo quedarian al ver que era una roca escarpada y estéril, que nada absolutamente podia suministrarles? Saliéron no obstante de sus canoas, y recorriendo casi desesperados aquella isla, ó por mejor decir aquel peñasco, echáron de ver bien presto quan reprehensible es desconfiar de la Providencia, aun quando parece que todos los recursos estan agotados. ¿Quién hubiera pensado que Dios tenia dispuesto, que en aquella misma roca habian de encontrar el refrigerio de que necesitaban para evitar la muerte? Sin embargo sucedió así; pues en los huecos de las peñas halláron abundante provision de agua llovediza, tan fresca y clara como si fuera de algibe; aunque por desgracia en vista de aquel tesoro se olvidáron del sabio precepto de la moderacion, y bebiéron con tanto exceso, que algunos pagáron desde luego con la vida su intemperancia, y otros se grangeáron graves enfermedades: prueba evidente de que el exceso

convierte en veneno aun los alimentos mas sanos y sencillos, y la imprudencia de los hombres transforma á menudo en motivos de daño los mejores regalos del Cielo.

Con todo, ya satisfaciéron su mas urgente necesidad, y lo que entonces los proseguia acongojando era el no saber cómo se gobernarian en lo demas. Por fortuna cogiéron en la playa marisco; y contemplando los dos Capitanes que bastaria para saciar el hambre de la gente, dispusiéron que descansase en aquella soledad mientras durase el calor del dia, con ánimo de volverse á embarcar luego por la noche, aunque siempre con la incertidumbre de arribar á la tierra que era el objeto de sus anhelos. Dexémoslos pues que descansen; mañana veremos en lo que paráron.

ALGUNOS DE UNA VEZ. Papá, á lo menos diganos vmd. si llegáron ó no á ella.

OTROS. Sí, papá, se lo suplicamos á vmd.

EL PADRE. Vaya pues, será preciso interrumpir el descanso de esta pobre gente, y hacer que se embarque. Executáronlo al anochecer; y despues de haber remado toda la noche con la claridad de la luna, aportáron por fin, llenos de jubilo, á la costa occidental de la Isla Española.

LUISITO. ¿Y se acabó ya?

EL PADRE. Ya se acabó.

TODOS. ¡Paciencia!

RELACION XVIII.

Ea niños, dixo el padre el dia siguiente, prosiguiendo su narracion, volvamos desde la Española, en donde dexamos ayer á los valerosos Mendez y Fiesco, á la Jamayca, para ver lo que le sucedia al Almirante mientras estaba aguardando. Me da el corazon que dentro de poco le hemos de perder, y así aprovechemos los instantes, que aun nos quedan, para gozar de su compañía.

FERNANDO. Con todo, yo espero que no morirá tan presto.

CARLOTA. Por Dios, papá, que no se muera; á lo menos yo no quiero oirlo.

LUISITO. Yo tampoco.

LA MADRE. Es inútil, hijos mios, poner mal gesto quando perdemos alguna persona á quien amamos, porque no dexa por eso de suceder lo que está decretado por el Altísimo. En este supuesto, léjos de mostrar repugnancia en semejantes ocasiones, vale mas, quando no haya otro remedio, estar dispuestos á sufrir las desgracias con la mas perfecta resignacion.

No pasaba dia alguno en que la gente de Colon no clavase los ojos con inquietud y anhelo hácia aquella tierra de donde Fiesco, conforme á su promesa, habia de volver con la agradable noticia de que su compañero quedaba en la Española; pero Fiesco no parecia, é inútilmente se cansaban en mirar los impacientes Españoles.

HENRIQUE. ¿En qué consistiria que no llegaba?

EL PADRE. ¿Qué sé yo? Si ya hemos vuelto á la Jamayca, ¿cómo quieres que sepa qué era lo que se oponia en la Española á que el honrado Fiesco cumpliese con lo que habia prometido? En pocas palabras; él no volvia, y esto acongojaba sobremanera los nuestros; los quales ya tenian por cierto, que los dos comisionados hubiesen perecido en su arriesgada empresa, y que por consiguiente no habia probabilidad alguna de que ellos pudiesen salir de aquel destierro. Prorumpian por esto en continuas quejas, de las quales presto se originaron males de mucha consideracion. Sucediendo esta vez lo que la triste suerte de Colon le habia hecho experimentar otras varias, dió la gente en mirarle como la única causa de sus desastres, y todos maldecian del instante en que se habian fiado de un temerario aventurero, echado al mundo solo para traer la desgracia á los que andaban á su rededor. Por fin pasáron de las imprecaciones y quejas á una manifiesta sublevacion, desman-

dándose en tales términos, que sin duda habia que temer que el Almirante fuese víctima de la ira de sus subalternos.

A la sazon la gota le tenia postrado en la cama, y una gran parte de su gente estaba igualmente enferma: los demas se habian pasado casi todos á los amotinados, siendo promotores y caudillos del levantamiento dos hermanos llamados Porras.

El mayor de ellos, hombre inconsiderado y atrevido, entró donde estaba el Almirante, y le preguntó con insolencia; ¿qué por qué no pensaba en volver á España? Respondióle Colon con su acostumbrada blandura, que por mucho que lo desease no estaba en su mano poderlo executar; que si hubiese alguno que supiese indicar los medios oportunos para ello, los adoptaria muy gustoso, y que al punto juntaria los principales, como antes lo habia hecho, para que se tratase sobre el particular. Sin embargo de que la respuesta no podia ser mas justa, no cau-

só ningun efecto en el insolente rebelde, quien al contrario replicó con mas desacato; que ya no habia necesidad de tantas pláticas, sino que se embarcase luego ó se quedase con Dios, porque él se iba á España con los que le quisiesen seguir.

Entonces todos los conjurados, que ya estaban apercibidos, diéron voces diciendo: Yo con él, yo con él. Al oir el Almirante tal estrépito, aunque tullido de la gota, saltó de la cama para ir á ponerlos en razon; pero sus criados, temiendo algun escándalo mayor, le detuviéron, haciendo otro tanto con el Adelantado, que con una alabarda en la mano iba á echarse sobre los amotinados para castigarlos. Estos entretanto se apoderáron de diez canoas, que el Almirante habia comprado de los Indios, y se embarcáron; lo qual puso en tanta consternacion á los que se habian mantenido fieles, que entonces ellos tambien, aunque casi todos enfermos, se metiéron en las canoas, pidiendo á una voz correr la

misma suerte que los demas.

Colon, su hermano y su hijo tuviéron que presenciar, con harto sentimiento suyo, tan infame accion sin poder evitarla; y últimamente, se viéron abandonados de todos, á excepcion de algunos criados fieles, y de aquellos enfermos que no pudiéron dexar la cama. Hablóles el Almirante en esta ocasion de un modo enérgico y expresivo, dándoles gracias por aquella prueba de afecto: exhortolos á continuar en sus honrados pensamientos, infundiéndoles tambien esperanzas de que presto saldrian de tan penosa situacion; y les aconsejó que nunca se olvidasen de que Dios ha prometido remunerar la virtud y las buenas obras, así en esta vida como en la otra.

Entretanto dando voces de júbilo y alegria, bogaban los rebeldes hácia la punta oriental de la isla, para luego pasar desde allí á la Española. Siempre que salian á tierra robaban y maltrataban por puro antojo á los naturales, insinuándoles al mismo tiempo que re-

pitiesen contra el Almirante los daños, pues decian que él tenia la culpa de que se viesen precisados á causarlos. Añadian que si Colon no los indemnizaba como convenia, les era permitido asesinarle, tanto mas que sus designios solo se dirigian á destruirlos, como lo habia hecho con otros Indios, y que por consiguiente si ellos no eran insensatos, se darian priesa en adelantarse.

De esta manera exâsperaban los ánimos de los isleños contra su General, á quien habian desamparado; y cautivados luego varios Indios, los forzáron á embarcarse para remar, y sin mas dilacion emprendiéron su travesía.

Aun no habian andado quatro leguas, quando comenzó á alterarse el mar; y las olas agitaban con tal furia las canoas, que hubiéron de alijarlas, arrojando al agua quanto llevaban. Y creciendo con el viento el peligro, acordáron inhumanamente echar al mar tambien á los Indios que remaban, matándolos antes á cuchilladas. Muchos de ellos, viendo las armas y la obra

que pasaba, se lanzáron al mar, confiados en su ligereza; pero cansados por fin se allegaban á las canoas para descansar, asiéndose del borde, y entonces los perversos sublevados les cortaban las manos, y les daban otras muchas heridas; por manera que no pocos fuéron víctima de aquellos inhumanos; y ni uno siquiera se habria escapado, á no haber sido, que conociendo la gente que era imposible adelantar mas camino, determinó volver á la Jamayca, y emplear para el remo los pocos Indios que quedaban.

Borrad, hijos mios, de vuestra memoria esta horrible circunstancia, ó á lo menos cada vez que se os presente á la imaginacion, lléneos de amargura el considerar que ha habido monstruos, capaces de faltar en tanto grado á la compasion y á la caridad.

Tampoco en esta ocasion desmintió el Almirante la entereza y constancia de su carácter. Efectivamente sufrió con admirable firmeza tal contratiempo; y aunque él mismo estaba en-

fermo, cuidó con paternal ternura de que los demas fuesen asistidos del mejor modo posible: esmeros caritativos, que presto recompensó el Cielo, facilitándole el que en poco tiempo los viese á todos restablecidos.

Aguardábanle sin embargo otras dificultades. Los Indios, que hasta entonces habian suministrado víveres suficientes, principiáron á temer que los voraces extrangeros se estableciesen en la isla, y presto diesen fin de todos los bastimentos. Este rezelo, y las extorsiones cometidas por los rebeldes infundiéron en el ánimo de aquellos naturales tal miedo y aborrecimiento á los Europeos, que de improviso cesáron de llevar víveres á los navíos encallados.

A la verdad el conflicto era terrible; con todo, las luces de Colon le proporcionáron tambien esta vez los medios de salir de él con felicidad. Sus conocimientos astronómicos contribuyéron á ello. Sabia que dentro de tres dias habia de haber eclipse de la luna,

y se valió de este acaso para conseguir que los Indios prosiguiesen en sus antiguas demostraciones de liberalidad y respeto.

A este fin convocó los Caciques y personas principales de la comarca con un Indio de aquella isla, ya bastante instruido en la lengua castellana, previniéndoles que tenia que comunicarles un asunto de mucha importancia; y así que todos estuviéron juntos, les hizo por medio del mismo intérprete un discurso en que les dixo: que él y sus compañeros servian á un Dios único y verdadero, Señor y Hacedor de todas las cosas, y que moraba en el cielo: que este Dios, que premiaba á los buenos, y castigaba á los malos, los castigaria á ellos tambien, si continuaban en negarse á proveer á sus adoradores de lo que necesitaban para mantenerse; y que en prueba de su indignacion verian aquella noche salir la luna enojada y de color de sangre, de donde podrian inferir los males que lloverian sobre sus cabezas, si no se

apresuraban á surtirlos de bastimentos como antes.

Recibiéron los Indios casi generalmente esta prediccion como cosa de risa; pero quando al salir la luna reparáron que con efecto se ponia obscura, y que la obscuridad se aumentaba cada vez mas, sucediendo entonces á la mofa la mas grande consternacion, corriéron cargados de comida, y dando gritos á suplicar al Almirante, que se dignase rogar á su Dios, que se aplacase y no les hiciese daño, ofreciendo que en adelante suministrarian todos los víveres que fuesen necesarios.

Prometióles Colon que intercederia por ellos, y fue á encerrarse en la cámara, en donde se mantuvo hasta que conoció, que cumplida ya la creciente del eclipse habia de principiar á aclarar. Salió entonces con rostro risueño, y despues de haberlos animado, les dixo: que Dios habia visto con gusto que hubiesen mudado de dictámen; y que porque se habian arre-

pentido les perdonaba lo pasado; que en señal de ello desapareceria el enojo de la luna, la qual inmediatamente volveria á cobrar su acostumbrado resplandor.

Viendo los isleños que esta nueva prediccion se cumplia lo mismo que la primera, llenos de admiracion y júbilo alabáron al Dios de los cristianos, diéron gracias al Almirante, y continuáron llevando á los navíos víveres en abundancia. Ahora pues, hijos, ¿qué os parece de esto? ¿Fue bien hecho y cosa prudente el que Colon se aprovechase de este modo de la ignorancia de aquella pobre gente? (*Todos callan.*) Vaya tú, Nicolás, ¿qué dices?

NICOLAS. En quanto á ser cosa prudente pienso que sí, señor; pero en lo de bien hecho.....

EL PADRE. ¿Qué?

NICOLAS. No sé..... mas sin embargo me parece que no fue bien hecho.

EL PADRE. ¿Y por qué, hijo?

NICOLAS. Yo no puedo explicar bien mis ideas acerca de eso; no obs-

tante entiendo que jamas se deberian decir de Dios cosas que no fuesen ciertas.

EL PADRE. Yo tambien lo creo así; pero veamos si las razones de los dos son unas mismas. ¿Por qué juzgas tú que no se debe decir de Dios nada que no sea cierto?

NICOLAS. Porque haciéndolo somos causa de que otros no aprendan á conocerle bien.

EL PADRE. Bravo, hijo mio; esta es tambien mi razon. Vosotros ya sabeis quanto le importa al hombre tener ideas justas de Dios. Todo lo que la gente sencilla cree de él por error es supersticion: lo que Colon hizo creer á los Indios en aquella circunstancia, esto es, que Dios obscurecia la luna en su favor, merece igualmente este nombre, y fue motivo para que aquellos crédulos isleños tuviesen esta supersticion mas; y así no podemos de ninguna suerte aprobar semejante proceder de Colon. Sin embargo, si alguna vez hubo falta, que aunque re-

prehensible en sí, mereciese por las circunstancias disimularse, sin duda fue esta. Colon no hallaba absolutamente otro recurso; al mismo tiempo infundia con realidad en aquellos rudos salvages algun conocimiento del verdadero Dios, y los disponia por este medio á recibir luego otras instrucciones mejores; y esto es lo que en algun modo pudo disculparle.

Habian pasado ya ocho meses mortales desde la partida de Mendez y Fiesco, sin que hubiera la menor noticia de ellos. Todos estaban con gran pena; y persuadiéndose á que hubiesen tenido un fin desastrado, perdiéron enteramente la esperanza de ser socorridos. Desesperados entonces, concibiéron ellos tambien la idea de abandonar á su Xefe para juntarse con los demas rebeldes, que proseguian viviendo en la isla con el mayor desórden.

Pero en el momento mismo en que ya estaban para poner en execucion su perverso designio, los detuvo con agra-

dable sorpresa la llegada de una nave que dió fondo cerca de la costa. Inmediatamente salió á tierra el Capitan, y pasó á presentar al Almirante una carta del Gobernador de la Española con un barril de vino y un tocino. Hecho esto, se metió en la lancha, alcanzó al navío, y tomó al instante el camino por donde habia venido: la carta solo contenia algunas estériles expresiones de atencion.

Es regular que á vosotros os suceda lo que á los compañeros de Colon, que no pudiéron acertar el motivo de tan extraordinaria visita. Yo os lo explicaré, aunque en esto no convienen los historiadores. Pretenden unos que el Comendador Ovando, de quien ya tenemos noticia, anhelaba por la ruina de Colon, temiendo que si volviera á España solicitase que se le conservasen sus derechos, y se le restituyese á su dignidad de Virey de Indias, en cuyo caso él perderia su gobierno: que en este supuesto deseaba saber si era cierto su apuro, y si se

le lograrian sus deseos con tardar algun tiempo en socorrerle, y que por esta razon despachó aquel comisionado con órden de hacerse á la vela apenas averiguase la situacion del Almirante. Otros, suponiendo en el Comendador un motivo menos criminoso, dicen que rezelaba que Colon alegase por pretexto el naufragio de los navíos para volver á la Española, donde teniendo criados y amigos podia causar algun alboroto, y que así envió persona que indagase si su situacion era tal como él la pintaba. Ahora vosotros podeis inclinaros á la opinion que os parezca mas verosímil; sin embargo, veamos á qual dais la preferencia.

TODOS. A la postrera, á la postrera.

EL PADRE. ¿Y por qué?

HENRIQUE. Porque no pasa de conjetura el que Ovando fuese un hombre de tan mala intencion; y en caso de duda debemos inclinarnos mas á pensar bien del próximo que mal.

EL PADRE. Muy bien, hijo mio; gobiernate siempre por esta máxîma, y

nunca te arrepentirás de haberla seguido, aunque alguna vez te equivoques; pues mas vale equivocarse diez veces de este modo, que una del modo contrario.

Colon, á lo que se dice, sospechó en Ovando el primer motivo; pero era mucha la entereza de su alma para acobardarse por grandes que fuesen los obstáculos que se le presentasen. Ocultó á sus compañeros la pena que interiormente le consumia, y el triste conflicto en que él mismo se contemplaba; y afectando serenidad, les aseguró, que la causa de haber marchado tan presto el navío era porque siendo de poca capacidad, no bastaba para contenerlos á todos con sus efectos: que Mendez y Fiesco habian arribado felizmente á la Española, y que tenian órden de comprar por su cuenta una embarcacion mas capaz, la qual no tardaria en parecer para sacarlos á todos de aquel destierro.

El Almirante con efecto habia tenido noticia del paradero de aquellos

dos hombres valerosos. Ambos llegáron á buen puerto; y ahora ya puedo deciros por que Fiesco no regresó al instante, conforme se le habia mandado. El hecho es este.

No obstante haber desembarcado con calentura, que le cogió en el islote en que descansáron, quiso al punto volver atras para informar al Almirante del éxîto de su expedicion; pero no pudo conseguir que ninguno se determinase á emprender segunda vez un viage tan peligroso. Inútiles fuéron promesas y amenazas, y por último se vió precisado á pasar con los demas á Santo Domingo, donde juntando sus instancias con las de Mendez, no cesaba de pedir al Gobernador que le vendiese un navío para ir por su General; mas Ovando, qualesquiera que fuesen los motivos que tuviese, difirió siempre con pretextos frívolos complacerlos.

Colon entretanto habia procurado inútilmente reducir á los amotinados, quienes no solo persistian en su

desobediencia, sino que exîgian que el Almirante repartiese con ellos lo que tenia, amenazandole con que de lo contrario lo tomarian por fuerza; y desechada semejante solicitud, se dispusiéron para realizar sus amenazas.

Como Colon proseguia enfermo, envió contra ellos á su hermano con la poca gente que se hallaba en estado de tomar las armas, y órden expresa de valerse antes de la dulzura, no pasando á las hostilidades sino en el caso de que fuese necesario defenderse. Hízolo así D. Bartolomé; pero juzgando los rebeldes que el requerirlos con la paz era señal de flaqueza en los contrarios, se negáron absolutamente á tratar de concierto; y formados en esquadron, embistiéron sin otra respuesta alguna á la gente del Almirante, yendo seis juramentados para quitar la vida al Adelantado. Recibiólos este con la intrepidez que ya hemos notado en él, y ayudado perfectamente de su pequeño exército, se echó sobre los rebeldes con tanto valor, que muy

poco tardó en desbaratarlos, consiguiendo una completa victoria. Unos muriéron á sus manos, otros quedáron prisioneros, y los demas volviéron las espaldas. Entre los presos, que fuéron llevados á bordo, estaba el autor del motin, Francisco Porras, á quien prendió y desarmó el mismo D. Bartolomé, costándole el triunfo solo una leve herida en la mano izquierda.

El dia siguiente de la batalla enviáron los fugitivos á solicitar el perdon del Almirante, el qual, inclinándose siempre mas bien á la generosidad que á la venganza, condescendió con sus súplicas. De esta manera quedáron restablecidos contra toda esperanza la tranquilidad y el buen órden: todos volviéron á someterse, y todos fuéron perdonados, menos los promotores principales del levantamiento, los quales permaneciéron presos para pagar luego la pena de su delito.

Mientras esto sucedia en la Jamayca, no dexaban Mendez y Fiesco de importunar al Gobernador de la Es-

pañola á fin de que les permitiese comprar un navío para socorrer al Almirante. Pero el Gobernador los iba entreteniendo con vanos pretextos, hasta que por último, temiendo que la Corte llevase á mal su tardanza en favorecer al Almirante, les concedió lo que solicitaban. Ved aquí pues acabadas las miserias de Colon quando menos lo esperaba: nuevo suceso que nos enseña que no conviene desanimarse, aun quando nos parezcan agotados todos los recursos humanos; sino que confiando en el auxîlio poderoso de Dios, debemos proseguir cumpliendo con nuestras obligaciones hasta la muerte, sin perder jamas la esperanza. Así lo hacia Colon; y así, queridos hijos, lo hemos de hacer tambien nosotros, en caso que nos hallemos en algun grande apuro.

El navío llegó por fin á la Jamayca, donde Colon habia estado luchando un año entero con aflicciones y adversidades: en él se embarcáron todos con mucha alegría, y se hiciéron

á la vela para Santo Domingo.

Salió Ovando con toda la ciudad á recibir á Colon, haciéndole grandes obsequios; pero al mismo tiempo se propasó á ciertas cosas, que diéron motivo para sospechar que no le tenia muy buena voluntad. Entre otras mandó poner en libertad á Francisco Porras, capitan de los amotinados, y trató de querer hacer causa á los que habian tomado las armas en favor del Almirante.

Este, que ya habia sabido llevar con paciencia infinitos agravios, recibidos por hombres iniquos, tuvo bastante valor para disimular tambien los que se le hiciéron entonces. Sin embargo, aspirando á dexar presto un pais, que al parecer descubrió solo para su mal, se hizo á la vela para España, así que estuviéron en disposicion dos embarcaciones, que fletó á este efecto.

En este último viage experimentó la misma suerte que la que, segun los decretos imperscrutables de la Provi-

dencia, dió en perseguirle desde el principio de sus grandes empresas. Las furiosas tormentas que le acometiéron poco despues de su salida, destrozáron de tal manera el navío donde él iba, que se vió precisado á enviarle otra vez á la Española: el otro quedó igualmente tan maltratado, que fue necesario un valor increible para atreverse á continuar con él una navegacion tan dilatada. Sin contar otras averías, perdió el árbol mayor y la contramesana; no obstante, prosiguió Colon su derrota, andando con aquel triste casco de nave setecientas leguas; y finalmente despues de muchos trabajos y peligros entró en San Lúcar.

A vosotros sin duda se os figurará ver acabadas aquí, todas de una vez, sus desgracias; pero es inútil que lo espereis, pues apenas puso pie á tierra, traspasáron su corazon con la peor noticia que pudiesen darle. Supo que habia muerto la Reyna, su única protectora, en quien tenia puesta toda su confianza, y con quien contaba para

lograr que se le diese satisfaccion de los agravios que habia recibido; tanto mas que no podia esperarla del Rey, que, segun dice un historiador nuestro de fama, nunca le mostró obras ni señales de agradecimiento; antes le desfavoreció siempre, quizá por haber hecho en su ánimo mas impresion de lo que fuera justo las murmuraciones de sus enemigos.

Sin embargo, restablecido algun tanto de sus dolencias, partió á la Corte, que entonces se hallaba en Segovia, para informar al Rey de los descubrimientos hechos en aquel viage, y de todo lo demas que le habia sucedido. El recibimiento que tuvo no fue como sus largas navegaciones, peligros y trabajos pedian: poco caso hizo el Rey de las justas quejas que dió contra los que le habian agraviado, y eludió con frívolas excusas sus repetidas instancias de que se le cumpliesen sus privilegios, y se le pusiese en posesion de sus estados.

De esta suerte el inmortal Colon,

que por sus merecimientos era acreedor á los mayores premios, se vió reducido á tener que pasar los últimos períodos de su gloriosa vida, mendigando lo que por tantos títulos se le debia; hasta que el Cielo mismo se dignó de poner fin á sus largas penalidades. En efecto, consumido por los males, las pesadumbres y humillaciones padecidas, murió por fin en Valladolid el año de 1506, á los cincuenta y nueve de edad, ó segun otros á los sesenta.

Su muerte fue correspondiente á su vida. Conservó en aquel último trance la misma serenidad de espíritu, y los mismos estímulos de piedad cristiana que habia manifestado siempre aun en los lances mas apurados; y su alma acrisolada pareció desprenderse con júbilo de los despojos mortales, para encaminarse hácia aquel Ser inmenso, ante el qual tienen que presentarse los mismos Monarcas.

Aquí suspendió el padre la relacion, y despues de largo rato de si-

lencio, prosiguió en estos términos.

¿Quereis ahora que os dé una idea de la pintura, que los historiadores hacen de la persona y del carácter de este hombre célebre?

TODOS. Sí, señor.

FERNANDO. Se lo estimarémos á vmd. mucho.

EL PADRE. Fue Cristóbal Colon alto de cuerpo, el rostro largo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca, la barba y cabellos, siendo mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le volviéron canos. Era grave con moderacion, afable con los extraños, con los de su casa suave, y con los amigos placentero. Tenia presencia y aspecto de persona de gran estado y autoridad: era moderado en el comer, beber, vestir y calzar. Fue varon de grande ánimo, esforzado, y de altos pensamientos; paciente, perdonador de las injurias, constantísimo, y adornado de longanimidad en los trabajos y adversidades, teniendo siempre gran confianza

en la divina Providencia. Superó á todos sus contemporáneos en luces y conocimientos, que adquirió con su temprana aplicacion á las ciencias. Aunque inclinado á la ira, supo vencerse de tal modo, que jamas se propasó ni aun con sus enemigos: pero lo que mas le hace digno de nuestro aprecio y emulacion fue su piedad, y el zelo y respeto que conservó toda su vida á nuestra santa religion, en cuyos exercicios guardó constantemente la mas escrupulosa exâctitud.

Tal fue el hombre á quien no supiéron apreciar sus contemporáneos; pero cuyo nombre pasará de boca en boca hasta la mas remota posteridad, y excitará siempre el amor y la admiracion de los que conozcan el precio de unas virtudes como las que le caracterizáron.

Calló con esto el padre; y los niños, manifestando en sus rostros tristeza, estuviéron largo rato pensativos; hasta que deseando todos saber si la historia tendria continuacion, se lo

preguntáron al padre, el qual les respondió que lo verian el dia siguiente.

RELACION XIX.

Bien conociéron los niños, quando se acabó la relacion anterior, que el padre aun no habia llegado al término de su narracion; mas lo que ellos hallaban dificultoso era acertar con precision qué sería lo que le quedaba por contar. Vereis, decia uno, como papá nos ha vuelto á chasquear. Quando menos lo pensemos Colon resucitará, así como otra vez lo hizo Robinson: ¿os acordais?

No lo creo, respondió otro; ahora estaba muy serio.

Tambien lo estaba entonces, replicó otro, y con todo era una chanza.

Por último, llegó Carlota, y echándole los brazos al cuello, con halagos le dixo: Vaya, papá, díganos vmd. qué es lo que sigue, porque le aseguro que de otro modo no hemos de poder dormir en toda la noche.

EL PADRE. ¡Pobrecitos! sentiré mucho quitaros el sueño.

CARLOTA. Pues siendo así, es preciso que vmd. nos complazca.

EL PADRE. ¿Con que es preciso?

CARLOTA. Se entiende si vmd. quiere tener la bondad de hacerlo.

EL PADRE. Enhorabuena; ve pues á llamar á los demas.

CARLOTA. Hermanos, niños, amiguitos, venid, venid apriesa; papá tiene á bien continuar.

EL PADRE. Carlota supone que pasareis mala noche, si no os cuento lo que sucedió en continuacion de nuestra historia; y como yo deseo que despues de un dia en que hayais cumplido exâctamente con vuestras obligaciones, tengais tambien una noche sosegada, he resuelto daros gusto, y libraros de semejante inquietud.

TODOS. ¡Qué bueno!

FEDERICO. Lo que le queremos á vmd., papá.

LUISITO Y OTROS. Y le querremos siempre.

EL PADRE. Muy bien: escuchad pues. Colon, hijos mios, ha muerto positivamente; pero se presenta en la escena otro hombre, cuyo papel sin duda no es menos brillante.

ALGUNOS. ¿Quién es?

EL PADRE. Tened un poco de paciencia, y os lo diré. Ante todo es necesario que os entere de lo que sucedió desde la muerte de Colon hasta que el héroe, de quien determino hablaros, se dió á conocer; pues sin esta circunstancia no podriais comprehender bien su historia.

TODOS. Oigamos pues.

EL PADRE. Desde luego es preciso que volvamos nuevamente la vista hácia la Española, ó Santo Domingo, para saber lo que pasó en el gobierno de Nicolas de Ovando. Bastante disgusto me cuesta el hacerlo, y vosotros tambien lo experimentareis, quando tenga que referir de paso algunos desórdenes que sucediéron en aquella isla.

Ovando, á la verdad, no era un mal Gobernador para los Españoles. Dió

varias providencias sumamente acertadas; restableció la tranquilidad y el buen órden en la colonia; se enriqueció á sí mismo, y enriqueció al Rey y á los colonos, fomentando el beneficio de las minas; y sobre todo introduxo en las Indias occidentales el cultivo de las cañas de azúcar, cuyas primeras plantas mandó traer de Canarias: disposicion de que resultó luego infinita utilidad no menos á la isla que á toda la Europa.

Es de sentir que un hombre tan cuerdo y prudente no se conduxese del mismo modo con los habitantes del pais, á quienes trató con una crueldad, que seguramente obscurece todas las buenas calidades que tuvo.

No contento con haberlos reducido á vasallage, los cargó de contribuciones excesivas, los sujetó á los penosos trabajos de las minas, y los repartió entre sus parciales, para que se sirviesen de ellos en las labranzas, dando á uno veinte, á otro treinta, á otro ciento, y á cada uno conforme el favor

que tenia con él: abuso que aunque se habia principiado á introducir en tiempo de Colon, solo habia sido por pura necesidad, con mucha moderacion, y de distinto modo; y era tanta la severidad y dureza con que se les trataba, que una gran parte murió de miseria ú oprimida por los trabajos, y otros se quitáron ellos mismos la vida, ó huyéron á otras islas. Algunos suponen que quando Colon descubrió este pais ascendia su poblacion á mas de ochocientas mil almas, y que cosa de quince años despues llegaba apenas á sesenta mil.

Solo quedaba en la isla una provincia muy poblada y fértil, en que por muerte del Cacique Bohechio gobernaba una hermana suya, llamada Anacaona, muger prudente, amiga de los Españoles, y exâcta en pagar el tributo que se le habia impuesto. Por desgracia vivian allí varios de los que fuéron compañeros de Francisco Roldan; y aunque se les trataba del mejor modo posible, eran tantos y tales los

desórdenes que cometian, siguiendo la enseñanza de su antiguo capitan, que algunas veces los naturales tenian que llegar á las manos con ellos. Con este motivo informaban continuamente al Gobernador Ovando, que Anacaona y sus vasallos trataban de levantarse, y que era preciso tomar alguna providencia para evitar semejante daño.

No sabemos si Ovando creeria cierta la acusacion, ó si solo lo aparentaria; lo seguro es, que acordó proceder como si fuese real y verdadera. Pero siendo cosa expuesta y peligrosa emprender una guerra abierta en una provincia que distaba setenta leguas de Santo Domingo, y tan abundante de gente, que se asegura que llegaban á trescientos los Caciques vasallos de Anacaona, determinó valerse de industria, ó por mejor decir de una traicion abominable. Oid cómo cuenta el hecho uno de nuestros mejores historiadores. „Resolvió el Gobernador mar-„char á Xaragua (que así se llamaba „la provincia), y llevó consigo tres-

» cientos hombres de á pie y setenta
» caballos. Sabido por Anacaona que
» Ovando la iba á visitar, mandó lla-
» mar á todos los señores de su estado,
» que fuesen á Xaragua para obse-
» quiarle, y se llegó tanta gente, que
» era cosa admirable. Salióle Anacaona
» á recibir con trescientos señores, can-
» tando y baylando, porque así era su
» costumbre; y aposentado Nicolas de
» Ovando en una principal casa, y
» toda la demas gente en otras inme-
» diatas, se esmeraba Anacaona en dar-
» les gusto, buen tratamiento, y quan-
» tas diversiones sabia imaginar. Sin
» embargo, un Domingo despues de
» comer, mandó el Gobernador que
» todos los de á caballo estuviesen
» montados, so color que querian jugar
» cañas, y teniendo los infantes aperci-
» bidos, Anacaona le dixo que aquellos
» Caciques querian ver el juego. Mos-
» tró holgar de ello Nicolas de Ovan-
» do, y la respondió, que los juntase á
» todos, y que fuese con ellos á su po-
» sada, porque los queria hablar. Te-

„ nia ordenado que los de á caballo
„ cercasen la casa, y los infantes con
„ sus armas estuviesen en quadrillas
„ en ciertos puestos, y que quando
„ hablando con ellos pusiese la mano
„ en el hábito que tenia á los pechos,
„ comenzasen á atar á los Caciques y
„ á Anacaona, á la qual sacáron atada
„ sola de la casa; y salido el Goberna-
„ dor y los demas Españoles, se le pu-
„ so fuego, donde miserablemente pe-
„ reciéron con gravísimo dolor de sus
„ Indios, que los viéron arder; y á
„ Anacaona luego la ahorcáron."

No hay razones, hijos mios, que puedan justificar semejante atrocidad; y Ovando sin duda hubiera pagado esta y otras maldades, á no haber muerto tan presto la Reyna Doña Isabel: la qual sintió tanto este acto de inhumanidad, que á pesar de quanto alegó Ovando para disculparse, tuvo, segun dice el citado historiador, vivos deseos de hacer en él una gran demostracion; y hablando de esto con D. Alvaro de Portugal, que á la sazon era

Presidente del Real Consejo de Justicia, prorumpió en esta expresion: „Yo „ vos le haré tomar una residencia „ qual nunca fue tomada."

Desde estonces se apoderáron de los Indios el terror y el espanto, y ninguno ya se atrevia á hacer la menor resistencia. No obstante, mientras vivió la Reyna tuviéron en ella una protectora declarada, que puso especial cuidado en que no fuesen oprimidos; pero despues de su muerte principió á decaer el respeto con que se les trataba, por abusos que se introduxéron, y el extremado deseo de adquirir oro. Y aunque un Religioso, llamado Fray Bartolomé de las Casas, que luego fue Obispo de Chiapa, célebre tanto por su zelo en favor de los Indios, quanto por su acaloramiento en manifestarle, tomó á su cargo protegerlos, clamando no menos en España que en Indias, poco fruto produxéron sus trabajos, ó bien fuese por el modo arrebatado con que lo hizo, que le grangeó la opinion de fanático, ó bien por

el interes que muchas personas de suposicion tenian en que no se cumpliesen exâctamente las acertadas y benéficas providencias, que el gobierno habia dado y daba continuamente para el bien de aquellos naturales.

En conseqüencia, los pocos Indios que quedaban se fuéron disminuyendo tan visiblemente, que ya no bastaban para el beneficio de las minas. Ovando por este motivo propuso al Rey, que se llevase gente de las islas Lucayas..... Ya os acordareis que son las que descubrió Colon en su primer viage.

NICOLAS. Sí, señor; y la primera fue una que se llamaba Guanahaní, y él la denominó San Salvador. Aquí está en el mapa.

EL PADRE. Con efecto. Ovando pues representó, que convenia pasar á la Española á los Lucayos para que fuesen instruidos con mas comodidad, así en la religion católica, como en las costumbres políticas; y habiendo el Rey concedido licencia para ello, los

sacáron de su pais con el estratagema siguiente.

Llegados á las islas los navíos que se armáron para este fin, desembarcáron algunos que sabian el idioma, y les dixéron que iban de la Española, que era el pais de los bienaventurados, donde descansaban entre placeres y delicias las almas de sus antepasados; que si deseaban verlos, ellos se ofrecian á llevarlos en aquellos navíos. Con esta persuasion se embarcáron sin desconfianza alguna muchos isleños, alegrándose sobremanera de que se les presentase ocasion de poder volver á ver á unas personas á quienes habian amado en esta vida.

Pero apenas pusiéron pie en la Española, conociéron que habian sido torpemente engañados. Algunos muriéron de pesar, y otros hiciéron los mayores esfuerzos para librarse de las manos de sus robadores; por manera, que á uno le halláron en alta mar á cincuenta leguas de la Española, sentado en un tronco de árbol, sin mas provi-

sion de víveres que una calabaza de agua, esforzándose por alcanzar su tierra, donde quizá hubiera llegado, si con harto dolor suyo no le hubiesen vuelto á prender. Con este artificio, y luego con medios violentos, se lleváron en quatro ó cinco años mas de quarenta mil personas; de lo que resultó que en poco tiempo aquellas islas quedáron enteramente desiertas.

Viendo el Padre Casas que sus conceptos hallaban en todas partes dificultad, y que sus opiniones no podian tener efecto, alucinado de su mismo zelo, se volvió á otros expedientes, proponiendo que á los Españoles que vivian en las Indias se les concediese saca de Negros, como gente mas robusta, para que con ellos en las granjerias y en las minas fuesen los Indios mas aliviados. Admitióse el proyecto, y desde entonces tomó tal fomento el comercio de Negros, que aun en el dia cuesta anualmente la libertad y la vida á mas de quarenta mil de ellos, sin

que por eso dexasen los Indios de ser oprimidos.

Con esto ya basta, y aun sobra por esta tarde.

RELACION XX.

FERNANDO. Diga vmd., papá, ¿qué se ha hecho el hermano de Colon, D. Bartolomé?

EL PADRE. Me alegro que me le traigas á la memoria, pues ya es tiempo de que volvamos á la familia de nuestro difunto amigo.

El hijo mayor de Colon, que se llamaba D. Diego, insistia despues de la muerte de su padre, en que se cumpliese la contrata que este hizo con los Reyes, pidiendo ser puesto en posesion de Virey y Gobernador perpetuo de las Indias occidentales; pero viendo que todas sus instancias eran infructuosas, resolvió poner demanda contra el Rey en el Consejo de Indias; y los Ministros (digámoslo para eterna gloria de este tribunal) tuviéron

la franqueza de condenar al Rey á que cumpliese lo estipulado, declarando ser justas las pretensiones de Don Diego.

TODOS. Muy bien.

EL PADRE. El Rey quizá no se hubiera conformado con la sentencia del Consejo, si el hijo de Colon no hubiese buscado otro apoyo mas fuerte para sus legítimas pretensiones. Elevado por decision del Consejo á las mayores dignidades del Reyno, trató de casarse con Doña María de Toledo, hija de D. Fernando, Comendador mayor de Leon, y sobrina del Duque de Alba, el qual de todos los Grandes de Castilla era el que entonces tenia mas valimiento con el Rey, de quien era pariente muy cercano: y verificado el casamiento, fue tanto lo que el Duque insistió en que se pusiese á D. Diego en posesion de los empleos de su padre, que por fin, vencido el Rey de las instancias de tan alto personage, vino en concederle lo que con tanta justicia solicitaba. A Ovando se le

mandó que volviese á España, y toda la familia de Colon, triunfando de la envidia y de la maldad, se embarcó para la Española.

CARLOTA. ¡Qué lástima que no viviera todavía el pobre anciano!

EL PADRE. ¿Te parece por ventura, que el alma bienaventurada de los justos necesita de recompensa terrenal? Él sin duda desde la morada feliz, en que su Dios le premiaba con placeres puros é inexplicables, baxaria la vista para fixarla un instante en las frívolas ocupaciones de los mortales, y complacerse en sus aflicciones pasadas, porque sin duda veria desde luego con toda claridad quan útil le habia sido el haber padecido en este mundo.

Don Diego, acompañado de sus dos tios y de su esposa, partió con una magnífica comitiva para la Española, donde vivió con el lustre correspondiente á los méritos de su padre. Siguiéronle muchas personas de calidad, lo que contribuyó á que la colonia tomase otro aspecto; y varias fa-

milias ilustres, que exîsten en el dia en América, descienden de los que en aquella ocasion pasáron allá con el nuevo Almirante.

Veamos ahora cómo se fuéron aumentando nuestras posesiones en aquella parte del mundo.

Ya en el gobierno de Ovando un cierto Juan Ponce de Leon habia solicitado y conseguido licencia para poblar en la isla de Puerto-Rico, descubierta por Colon. Hízose á la vela para ella con varios compañeros que se le agregáron por deseo de enriquecerse, porque corria voz de que tambien allí habia abundancia de oro.

Los habitantes del pais, no menos blandos y humanos que los de la Española, recibiéron con mucho cariño á los blancos, á quienes reputaban por gente venida del cielo; y uno de sus principales Caciques, llamado Agueynabá, trocó, conforme la costumbre de los Indios, en señal de amistad y confederacion, su nombre con Juan Ponce. Pero no tardáron los seres celestiales

en desmentir la aventajada opinion que tenian de ellos los isleños, quienes, hostigados, tratáron de concierto de destruirlos: mas como pensaban que los Europeos eran inmortales, ninguno se atrevia á emprender el negocio hasta desengañarse; por cuyo motivo encargáron á un Cacique, llamado Broyoan, que hiciese la experiencia con uno, así que hubiese ocasion de executarlo sin que se trasluciese. Con efecto, pasando un dia por su tierra un mozo español, le obsequió mucho en su casa, dándole de comer y beber; y estando ya para marcharse, mandó que le acompañasen y le llevasen la ropa quince ó veinte Indios. Llegados á un rio, le preguntáron, conforme la órden secreta que tenian, si queria que le pasasen en hombros. Admitió el mozo el ofrecimiento como agasajo; y quando estuviéron en medio del agua, le dexáron caer, y se echáron sobre él hasta ahogarle. Sacáronle despues á la ribera; y era tan grande la preocupacion de aquella gente acerca de la inmor-

talidad de los nuestros, que puestos todos á su rededor, juzgando que aun estaba vivo, le pedian perdon, diciendo que habian caido involuntariamente. De esta manera le tuviéron tres dias, hasta que el cuerpo, principiando á corromperse, dió indicios de que tambien los Españoles eran mortales.

Ya no hubo menester mas. Al instante se divulgó la noticia entre los Caciques, y de resultas acordáron unánimemente no dexar un blanco á vida. Pero ¿qué suponia un pueblo desnudo y nada guerrero para unos soldados veteranos con espadas, arcabuces, y caballos? Así, aunque los naturales consiguiéron, antes que se llegase á entender su designio, matar á mas de cien Españoles que halláron dispersos por la isla, pagáron luego bien caro su atrevimiento; porque juntando Juan Ponce sus tropas, los persiguió con tanta porfia, que en poco tiempo los sujetó completamente, haciendo esclavos á los que escapáron del acero. Contribuyó mucho á esto el que ha-

biendo los nuestros recibido refuerzos de la Española, creyéron los Indios que aquellos soldados recien llegados eran los mismos que ellos habian muerto, que resucitaban entonces para vengarse; y con esta preocupacion, juzgando inútil pelear con hombres que no podian morir, cayéron de ánimo, y depusiéron las armas, sin atreverse á resistir mas tiempo á sus vencedores.

Prosigamos viendo lo que sucedió en otras partes. Aunque nuestros descubrimientos y conquistas se fuéron aumentando cada dia mas, me ceñiré á hablaros solamente de las mas notables.

Lo primero que hizo D. Diego Colon, para extender su autoridad y los dominios del Rey, fue enviar á la isla de Cubagua, descubierta por su padre, una colonia que entendiese en la pesca de las perlas. Observadla aquí en el mapa, al lado de otra isla mas grande, llamada la Margarita, y cerca de la costa de Cumaná.

FEDERICO. ¿Con que las perlas se pescan?

EL PADRE. Críanse en las conchas de las ostras, que se encuentran en el fondo del mar, ó de algun rio, de donde se sacan. Los naturalistas estan discordes acerca de su substancia y del modo de formarse; pero lo que no admite duda es, que la materia á quien deben su orígen es un xugo que sale de la misma ostra, y que con el tiempo se va endureciendo. Los pescadores de perlas, que por lo regular son esclavos, se tapan las narices y las orejas con algodon, se meten en la boca un pedacito de esponja, mojada en aceyte, y atados con una cuerda entran debaxo del agua, donde se mantienen todo el tiempo que pueden aguantar el aliento, arrancando las conchas de donde estan pegadas. Es fácil conocer que estos infelices exponen siempre su vida, y que es indispensable que algunos perezcan: sin embargo, nuestras damas, que se precian de mucha ternura, no tienen el menor reparo en adornarse el cuello y los brazos con el precio de la sangre de tantos desgraciados.

Juzgando D. Diego que los Indios, siendo muy diestros en nadar y caminar debaxo del agua, hallarian menos penoso este trabajo, que el de sacar tierra en las minas, envió muchos de ellos á Cubagua, baxo la direccion de algunos Europeos. Inmensa fue la utilidad que esta pesca produxo al Rey y á los demas interesados en ella; mas los Indios, ocupados en este exercicio, pereciéron casi todos; y luego á poco tiempo, por la esterilidad de la isla, tuvo la colonia que pasar á establecerse en la Margarita.

Casi al mismo tiempo dispuso Don Diego, que se tomase posesion de la Jamayca, donde se enviáron colonias; y sus antiguos moradores corriéron la misma suerte que los demas Indios.

Veamos ahora lo que fue de Cuba. Encargó D. Diego la conquista de esta otra isla á un Capitan, llamado Diego Velazquez, que viviendo Colon se habia distinguido en varias ocasiones. Muchos con la esperanza de hacer fortuna le acompañáron en esta

jornada, y Velazquez aportó con su gente á la punta oriental de la isla.

Mandaba en esta comarca un Cacique, llamado Hatuey, el qual para librarse del yugo europeo habia huido de la Española con todos los Indios que pudo llevar. Temiendo que los Castellanos pasasen algun dia á visitarle, tenia espías en aquella isla para saber lo que allí sucedia; y avisado de la resolucion del nuevo Almirante, juntó sus vasallos y aliados, y trayéndoles á la memoria los males padecidos, les dixo: que todas aquellas extorsiones las cometian los Christianos por un gran señor, á quien amaban en extremo. Vedle aquí (prosiguió descubriendo una cestilla de palma, en que habia oro): á este sirven, tras este andan, y como habeis oido quieren pasar acá solo para buscarle; por tanto hagamosle fiesta y bayles, porque quando vengan les diga, que no nos hagan mal. Inmediatamente comenzáron á baylar y cantar al rededor de la cestilla, y, segun su costumbre, duró la funcion hasta que ya

muy entrada la noche, cansados y rendidos, tuviéron que dexarse caer en el suelo.

Al dia siguiente juntó Hatuey de nuevo los Indios para decirles, que habiendo reflexîonado mas sobre el particular, advertia que á pesar de los honores tributados al señor de los blancos, no estaban todavía seguros mientras se quedase en la isla, porque aunque ellos le tragaran, se le sacarian de las entrañas; y que así lo mas acertado era arrojarle al mar. Adoptáron los Indios el consejo, y recogiendo todo el oro que pudiéron encontrar, pusiéron por obra lo que les insinuó el Cacique.

Sin embargo, no por esto dexáron de ver arribar á sus costas las naves españolas. Presentóse Hatuey con ánimo resuelto de impedirles el desembarco, por lo qual fue necesario venir á las manos. Los Indios fuéron derrotados en los varios reencuentros que hubo; y aunque Hatuey, contemplando inútil la defensa, acordase luego acogerse

á los montes y bosques, no tardó muchos dias en caer en poder de los nuestros, que lo lleváron á Velazquez; el qual, para escarmiento de los demas Caciques, tuvo la inhumanidad de mandarle quemar vivo.

TODOS. ¡Jesus! ¡qué rigor!

EL PADRE. Tal espanto causó en los Indios de Cuba este exemplo de severidad, que ninguno hubo ya que osase hacer la menor resistencia; de suerte, que en muy breve tiempo quedó sujeta una de las mejores islas del mundo, sin que nos costase siquiera un hombre.

Ya en esto se hiciéron diferentes viages al continente descubierto por Colon, principiando á establecer allí colonias, y á sujetar á los naturales; pero reservo para otra ocasion hablaros de estos sucesos. Solo he de añadir ahora á mi relacion otro acontecimiento notable, que hubo lugar en este mismo tiempo. Andaba muy valido entre los naturales de Cuba, y de otras islas un cuento, por el

qual creian que en cierto parage al norte se hallaba una isla, donde habia un rio y una fuente, cuyas aguas tenian la virtud de remozar á qualquiera que se bañase en ellas, y volverle el vigor y la robustez de la juventud. A pesar de toda la inverosimilitud de semejante absurdo, excitó la curiosidad de Juan Ponce, el Conquistador de la isla de Puerto-Rico, el qual, sin mas premeditacion, formó el designio de ir en busca de aquellas milagrosas aguas.

Con este objeto salió de Puerto Rico, gobernando al norte por el lado de las Lucayas hasta llegar á los veinte y seis grados de latitud septentrional. Aquí tomó la derrota al oeste, y navegando en esta direccion, dió por fin.....

CARLOTA. ¿Con la fuente?

FERNANDO. ¿Con el rio?

EL PADRE. Ni con una, ni con otro; pero sí con una tierra grande y hermosa, que en el dia sabemos ser una parte del continente del América septen-

trional. Llamóla la Florida, así por su frondosidad y belleza, como por haberla descubierto el dia de Pascua de Resurreccion, que comunmente decimos de flores, ó florida: de esta manera, un rancio cuento de viejas dió motivo á un descubrimiento de la mayor importancia.

Desde este instante principió á llamar la atencion de los Españoles otra parte del globo, que hasta entonces habia permanecido desconocida. Con fundada razon se sospechaba que en el sitio en que se halla el vasto reyno de México hubiese nuevas tierras; pero nadie aun habia intentado descubrirlas; y así que por fin se trató de esta ardua empresa, fue quando se presentó de improviso en la escena el hombre célebre, cuyo nombre os he ocultado hasta ahora.

ALGUNOS. Pero ya nos lo va vmd. á decir, ¿es verdad?

LUISITO. Vaya, papá, despénenos vmd. presto: díganos vmd. cómo se llamaba.

Hernan Cortés, respondió el padre, dando fin á su relacion, y con ella á la primera parte de esta historia.

Fomo 1.º

CARTA ESFERICA
DEL GOLFO DE MEXICO
É ISLAS ANTILLAS,
para inteligenc.ª de la Obra
intitulada:
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA
DE LA AMERICA, te
Construida segun las Cartas ultimam.te public.s por la Direccion de Hidrografia.
Año de 1802.

Horas al Oeste del Meridiano de Cadiz

VI V IV

Grados de Latitud Septentrional

Longitud Occidental de Cadiz.

LUISIANA
FLORIDA OCCIDENTAL
FLORIDA ORIENTAL
GOLFO Ó SENO MEXICANO
Trópico de Cáncer
OCEANO ATLANTICO Ó OCCIDENTAL
I.s LUCAYAS Ó BAHAMA
CANAL DE BAHAMA
BANCO DE BAHAMA
I.A DE CUBA
Canal Viejo
JAMAYCA
I.A HAYTI ESPAÑOLA Ó DE S.TO DOMINGO
I.s VIRGENES
I.s ANTILLAS Ó CARIBES
MAR DEL NORTE Ó CARIBE
MAR PACIFICO Ó DEL SUR
YUCATAN
TABASCO
CHIAPA
GUATIMALA
HONDURAS
MOSQUITOS
NICARAGUA
COSTA RICA
VERAGUA
DARIEN
CHOCO
CARTAGENA
CARACAS
CUMANA
GUAYANA
VENEZUELA
AMERICA MERIDIONAL
Golfo de Campeche
Bahia de Honduras
Golfo de Darien
Mar de las Antillas
Mar de Venezuela

Gonzalez la dd.º Cardano la grabó Morata la cor.º